J. DE LA ROSA
Serie
REGENCIA
CANALLA
3
Una
Dama
Inconveniente
se

Leonor de Mendoza, la segunda hija del marqués de las Eras, acaba de ser repudiada por su marido, lord Newry, lo que supondrá un escándalo de proporciones bíblicas en cuando salga a la luz, y la avocará a una vida de reclusión y oscuridad social.

Lord Darrell, duque de Lennox, necesita comprar una esposa con urgencia y abandonar Inglaterra para siempre, pues los cargos que pesan contra él pueden provocar que termine con los huesos en una celda de la Torre de Londres en el momento más inesperado.

Mientras don Íñigo intenta encontrar una solución que haga que su yerno reconsidere su firme idea de divorciarse, Leonor ve en Lennox una oportunidad para ganar la partida y salirse con la suya. Aunque algo importante le pasa por alto: que el corazón no sabe de reglas.

José de la Rosa

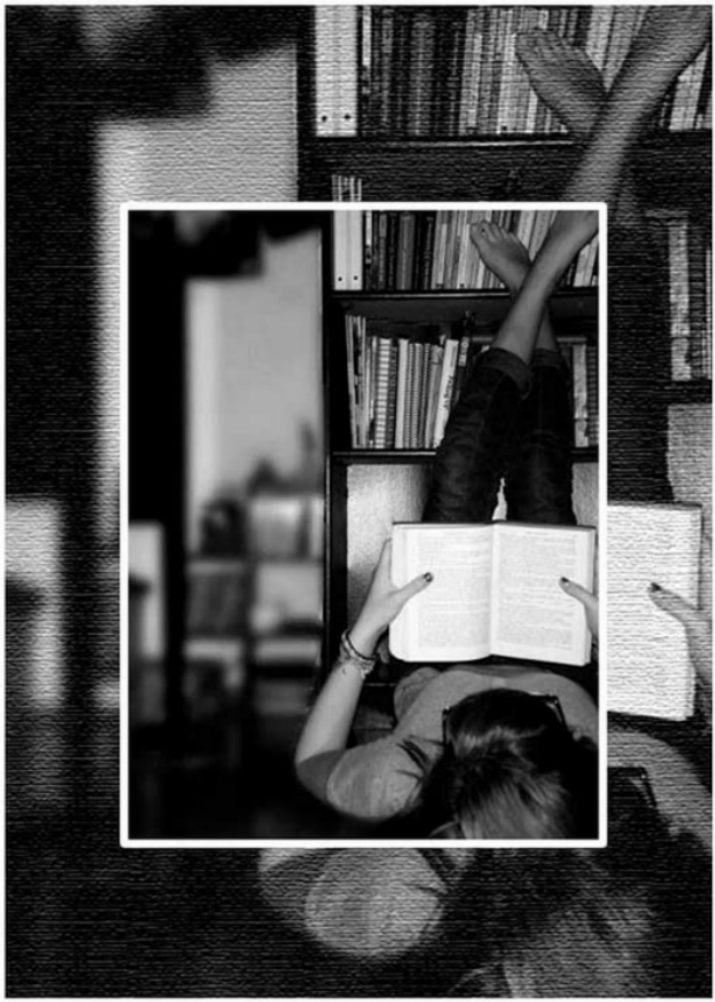
Una dama inconveniente

Regencia Canalla - 3

ePub r1.0
Titivillus 24-04-2023

Título original: *Una dama inconveniente*
José de la Rosa, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EPUBLIBRE
X ANIVERSARIO

—No solo es arriesgado y cruel. Es sumamente peligroso. —El rostro del joven lord mostraba una expresión ceñuda, quizá contrariada, aunque su apostura quería desmentirlo.

—No somos dueños de nuestro propio destino, querido. —Su interlocutor se ajustó el corbatín exquisitamente bordado—. Nuestra lucha ya dura generaciones y es a nosotros a quienes toca resolverla.

—¿Aunque ello suponga hacernos infelices?

—Aunque suponga perder la cabeza bajo el hacha del verdugo.

Y, sin más, se dio la vuelta, arrastrando sus orladas vestiduras, mientras milord intentaba digerir cuál sería el próximo paso.

Capítulo 1
Una noticia impactante

Londres, 1816. Un año después de los acontecimientos narrados en Lord Cheriton. *Napoleón ha sido derrotado definitivamente y las antiguas monarquías de nuevo instauradas*.

—¿Cómo que la ha repudiado? —se escandalizó María mientras el pequeño Ralffy jugaba entre sus faldas.

Don Íñigo le tendió la carta a su hija sin apartarse de la ventana, a pesar de que los visillos estaban echados. Ni siquiera la presencia de su nieto lograba arrancarle un ápice de buen humor aquella mañana.

—Si lo que dice esa nota es cierto, no le faltan razones —apuntilló.

María leyó la carta donde lord Newry exponía detalladamente los comportamientos de su esposa, sus continuas exigencias, renuncias y provocaciones. Todas y cada una de ellas encajaban con el temperamento de su hermana Leonor. Se la tendió a su marido, lord Torlundy, que intentaba mantenerse a prudente distancia de aquel asunto tan escabroso.

—¿Sabías algo de esto?

Él se encogió de hombros. Más bien levantó las manos, como si acabaran de acusarlo de un crimen nefando del que tuviera que defenderse.

—Solo había oído rumores.

El marqués de las Eras y su encantadora hija se volvieron hacia él con aquella expresión de cejas fruncidas que significaba «problemas». Tratar con los Mendoza requería mantener un delicado equilibrio entre el amor pasional que sentía por María y la especial relación que mantenían padre e hijas.

—¿Rumores? —le interrogó su esposa.

La forma en que se lo preguntó, alargando ligeramente las vocales y dejando entrever su casi imperceptible acento español, le indicó que entraba en terreno peligroso.

—Amor mío… —En casos así, ni su encantadora sonrisa solía funcionar—. Chismes de clubs de caballeros a los que no he creído oportuno dar importancia.

Los ojos de María se entrecerraron. A Ralf le encantaba cuando su precioso rostro adquiría aquella expresión, pero también era consciente de que, si no se andaba con tiento, terminaría como un duelo a espadas.

—¿Qué tipo de rumores? —volvió a preguntar ella, incólume ante su sonrisa.

Ralf miró a su suegro. Era un hombre afable y extremadamente juicioso, pero cuando se trataba de sus hijas, se volvía poco razonable.

El pequeño Ralffy seguía jugando sobre la alfombra, enredado entre los pliegues del vestido de su madre. Por las venas de su precioso niño también corría la sangre temperamental de los Mendoza. Se preguntó en qué problemas les metería en el futuro.

Una tosecilla de impaciencia proveniente de la garganta de don Íñigo le hizo volver a aquel instante. Sonrío aún más ampliamente.

—Solo he oído sandeces, como que tiene un carácter un tanto levantisco.

Una de las cejas de María volvió a alzarse.

—¿Solo eso?

Se removió inquieto donde estaba.

—Que tiene ideas… subversivas.

María arrugó los labios, formando un mohín tan encantador como peligroso.

—¿Qué más?

La carta que lord Newry les había enviado lo dejaba bien claro. ¿Por qué tenía él que repetirlo?

—Que no atiende… —tragó saliva— adecuadamente a su marido.

María cogió a su hijo en los brazos, que ni se inmutó, y cambió el juego del vestido por sus ondulados y rubios cabellos. Estaba endiabladamente hermosa y deseable cuando enfurecía.

—¿Y no has creído conveniente decírmelo?

Ralf sabía que no había nada que hacer. Cuando se trataba de su padre o de sus hermanas, intentar razonar con María era una tarea titánica. ¿Cómo le explicaba que todo Londres murmuraba que la segunda hija del marqués de las Eras era un engendro del diablo, que atormentaba a su arrobado marido hasta hacerle la vida imposible? Así que simplemente se lo había guardado para no tener que discutir con su preciosa esposa. Y llegados a ese punto…, lo mejor era cambiar de tema de conversación.

—Creo que el pequeño Ralffy se ha llevado algo a la boca.

Pero no coló, y fue el marqués quien salió en su ayuda.

—No la pagues con Torlundy, querida. Ha descrito a tu hermana mejor que el Génesis la creación divina. Lo que tenemos que averiguar es cómo proceder ante este escándalo.

—Negándolo todo, por supuesto. —A María no le quedaban dudas—. Diremos que Leonor es una dama de carácter dulce, apocada y hacendosa…

Un sonido extraño escapó de la nariz de lord Torlundy, que se llevó una mano a la boca para disimular.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó su esposa, molesta.

Él se aclaró la garganta. No, no quería meterse en aquellos asuntos, porque los Mendoza se volvían herméticos cuando se trataban cuestiones que concernieran a las hermanas, pero tampoco podía permitir que su mujer y su suegro fueran el hazmerreír de Londres.

—Sin intentar parecer ofensivo…

—Nunca pensaríamos algo así de ti —dijo su suegro de inmediato.

—Pero el carácter de Leonor encaja con cada una de las acusaciones que expone Newry en ese documento. Negarlo solo retrasará lo inevitable.

Su suegro tuvo que estar de acuerdo.

—Tienes razón.

María aún se resistió, pero debía convenir en que, por mucho que quisiera a su hermana, podía sacar de quicio hasta al papa de Roma. De repente, cayó en la cuenta de algo que les había pasado desapercibido.

—¿Y dónde está Leonor? —Se puso de pie, y el pequeño Ralffy

lo celebró con una carcajada—. En la nota da a entender que ha sido expulsada de Bray House.

Su padre se mostraba muy serio.

—He puesto a mis hombres en esa tarea —la tranquilizó—. Esté donde esté, la encontrarán y la traerán con nosotros.

María, con su bebé a horcajadas sobre la cintura, paseó arriba y abajo, tan preocupada que sus mejillas estaban sonrosadas, mientras su esposo pensaba que estaba tan deliciosa que, en cuanto llegaran a casa, entregaría su hijo a la niñera y se la llevaría a su dormitorio.

—¡Repudiada! —María miró a su padre—. ¿Puede hacerlo ese malnacido de Newry?

Don Íñigo, a pesar de estar acostumbrado al carácter especial de su progenie, parecía realmente preocupado.

—Según expone en la carta, el matrimonio no ha sido consumado, así que está en su derecho.

Se volvió hacia Torlundy.

—¿Qué vamos a hacer?

—O convencer a Newry de que dé marcha atrás, o buscarle otro marido —su esposo alzó ambas manos—. Pero aprecio demasiado a los caballeros solteros que conozco como para presentarles a Leonor.

—¡Ralf! —se escandalizó.

El marqués tomó las riendas del asunto.

—Lo primero, encontrarla. Quizá esté vagando por las calles, sola, asustada, avergonzada por las consecuencias de sus actos.

María estuvo de acuerdo.

—Eso es lo primero, por supuesto. Me siento responsable de ella. Quizá el embarazo y el parto de Ralffy me han mantenido apartada de su cuidado y…

Torlundy fue hasta ella y le estampó un beso en los labios. ¿Cómo podía gustarle tanto su mujer?

—No te culpes, amor. Tampoco es que Leonor se haya preocupado por otra cosa que no fuera ella misma y sus excentricidades.

—No son excentricidades. Mi hermana es como un halcón a quien encierran en una jaula. Su marido no ha sabido comprender sus necesidades.

Torlundy prefirió no contestar.

—Una vez la encontremos —continuó el marqués, dándole la razón a su yerno—, intentaremos hacerla entrar en razón, para convencer a Newry de que, a partir de ahora, se comportará como una esposa obediente. Estoy convencido de que reconsiderará su decisión y todo volverá a la normalidad.

Ralf carraspeó para sacar al marqués de sus ensoñaciones.

—Mi querido suegro, sabe que le aprecio y admiro, pero… ¿no cree que, visto el carácter de Leonor, podríamos obviar este paso?

Don Íñigo suspiró.

—Cómo odio que tengas razón.

Pero María no estaba dispuesta a dejarlo así como así.

—¿Significa esto que tendremos que aceptar el cruel destino de mi hermana?

Los labios de lord Torlundy se curvaron en una sonrisa pícara.

—Hay otra opción.

Padre e hija se volvieron hacia él. María lo conocía bien, muy bien. Era el hombre al que amaba y se había aprendido cada uno de sus gestos. Aquel que esbozaba su rostro era el que aparecía cuando una gran idea florecía en su mente. Lo amó aún más.

—Soy todo oídos, mi querido yerno —el marqués se frotó las manos.

Iba a responder cuando la puerta del salón se abrió y el impertérrito mayordomo, elegido personalmente por la señora Smith, se plantó ante ellos con una reverencia.

—Excelencia, los carruajes de *lady* Newry empiezan a agolparse en la entrada.

Todos se miraron sin comprender.

—¿Carruajes…? —murmuró María.

Por toda respuesta, el marqués volvió a la ventana para mirar al exterior, descorriendo los visillos.

Ante las puertas de Chesham Manor, se alineaban una hilera de carros cargados hasta arriba de muebles, baúles y fardos minuciosamente atados.

Iba a preguntar qué era aquello cuando la puerta se abrió de nuevo y ante ellos se plantó una mujer preciosa, de oscuros y ondulados cabellos y los mismos ojos verdosos que su hermana.

—No pienso volver —dijo Leonor—. Oswald tiene la verga pequeña. —Y, sin más, fue a tomar entre sus brazos a su sobrino.

Capítulo 2
Un argumento insostenible

—¡Te prohíbo que hables así en mi casa! —exclamó el marqués, francamente indignado.

—Nos enseñaste a decir la verdad a toda costa, padre —se excusó Leonor—. Solo he constatado un hecho.

Torlundy simuló que tosía para que su suegro no viera la sonrisa que marcaba su boca.

—Tú y tu pésimo sentido del humor, Leonor. —Parecía que su hija no era consciente de la gravedad de los hechos—. ¿Sabes a qué tipo de escándalo te has expuesto? Al del ostracismo social. Con tu carácter, lord Newry era tu única oportunidad y solo tenías que comportarte civilizadamente hasta que consumaras el matrimonio.

—Gracias, padre, por preocuparte por mí cuando me han arrojado a la calle sin motivo alguno.

Don Íñigo arrugó la nariz.

—La carta de lord Newry expone una larga lista.

Leonor, a pesar de la gravedad de la situación y de la tibia defensa sobre su posición, no parecía especialmente preocupada. Había arrancado al pequeño Ralffy de brazos de su madre y jugaba con él, lanzándolo por los aires ante los gritos entusiasmados de su sobrino. María, que había permanecido callada, se lo quitó de las manos y lo dejó a salvo en brazos de Torlundy, que suspiró aliviado. Solo el pequeño Ralffy parecía decepcionado al haberle privado de aquella diversión.

—Padre habla en serio —la encaró María—. Si lo que ha sucedido entre tu marido y tú puede ser reparado, debemos de actuar de inmediato.

—No entra en razones y esgrime argumentos… anticuados.

—¿Has intentado hablar con él? ¿Reconocer alguno de tus

errores? Por lo que sabemos, Newry te adoraba, quizá sea posible hacerlo recapacitar —tuvo que exponer su hermana.

—¿Errores? —Parecía muy molesta—. Mi sola presencia le enerva, a pesar de los enormes esfuerzos que he hecho para complacerlo.

El marqués dio un paso en su dirección. Su bonachón aspecto de panadero rural escondía una de las mentes más analíticas de Europa.

—Querida, te conozco y sé lo que pretendes. Si no arreglas tus asuntos con Newry de inmediato, antes de que este desastre se haga público, volverás a España en el próximo barco.

Leonor soltó un suspiro y se arrojó sobre el diván de cualquier manera.

—¡Eso sería terrible! —Era evidente que fingía—. Pero si tus órdenes son que vuelva a Madrid, como hija obediente, no tengo más remedio que acatarlo.

—Al convento de las Salesas, por supuesto —aclaró don Íñigo, no exento de satisfacción—, donde la madre superiora me debe un par de favores que exigiré pagar con una vigilancia extrema y constante de tu persona.

Ella se incorporó, con ojos tan abiertos como furiosos.

—No te atreverás.

—He hecho cosas peores, créeme —la desafió el marqués.

Discutir con su progenitor no era una buena idea. Ahora que su esposo la había repudiado, su padre volvía a ser el dueño de su destino y, a menos que se escapara disfrazada de criada, no le quedaba más remedio que obedecer. Pero incluso aquello, lo de escapar, era una mala idea, porque el marqués era el antiguo responsable del Servicio Secreto de Su Majestad Católica, y nada escapaba a su vigilancia… Menos su fallido matrimonio.

Así que decidió volverse hacia su hermana, que siempre estaba de su parte, incluso en las situaciones difícilmente defendibles.

—¿Y tú no vas a decir nada?

El rostro de María mostraba lo preocupada que estaba. Fue hasta ella y se sentó a su lado, tomándola de una mano.

—Leonor, sabes que te he apoyado en todas tus decisiones, pero padre tiene razón. Newry es un excelente partido. Lleváis casados cerca de un año. Ser repudiada es una mancha irreparable para tu

reputación, tanto en Inglaterra como en España. Nadie va a volver a saludarte en sociedad, y mucho menos a presentar una propuesta matrimonial.

Su padre volvió a dar un paso al frente.

—Y la alternativa, y quiero que quede claro, es una celda oscura y fría en las Salesas.

El bello rostro de Leonor se deformó en un mohín de disgusto mientras se cruzaba de brazos, visiblemente, enfadada.

—Ha sido a mí a quien han arrojado a la calle —se defendió—. Yo no tengo responsabilidad alguna en los hechos que expone Oswald de manera tergiversada. Esperaba que mi familia sintiera la misma indignación que yo.

Torlundy, que hasta ese instante parecía cómodamente ajeno a la disputa familiar mientras intentaba entretener a su inquieto Ralffy, decidió intervenir.

—¿Quizá Newry ha conocido a otra dama? Eso sería muy beneficioso para nuestra causa.

—Es tan rígido que no miraría a ninguna con quien no tuviera un vínculo matrimonial.

La siguiente pregunta la hizo con cuidado.

—¿Quizá tú hayas sentido ternura por un caballero que se ha aprovechado de tu inocencia?

Don Íñigo y María lo miraron con una ceja alzada. Estaba claro que no conocía a su hermana.

—¿Un caballero? —exclamó la aludida—. Estos ingleses son blancos como la leche y edulcorados como la miel. Nada en ellos me resulta atractivo.

Ahora fue Torlundy quien arrugó la frente.

—Debo protestar.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Tú te libras porque eres escocés, y porque las aventuras de Lobo nos enamoraron a todas, pero solo por eso.

Su padre volvió a sentirse escandalizado.

—Leonor, te prohíbo que hables así a lord Torlundy.

—Ralf, papá, mi cuñado se llama Ralf.

Efectivamente, intentar mantener una conversación civilizada con los Mendoza era uno de esos imposibles que podría hacer perder la paciencia hasta a los venerables Padres de la Iglesia.

—Excelencia —Ralf intentó cambiar de tercio—, mejor que nos centremos en lo importante.

María estuvo de acuerdo.

—Intentemos serenarnos. —De nuevo, se volvió hacia su hermana—. Aparte de que pueda ser algo rígido, ¿qué otras inconveniencias puede tener lord Newry?

—Papá me ha prohibido hablar de su verga.

—¡Leonor! —¿Dónde había aprendido esos modales su hija?

Ella volvió a recostarse en el diván, como si se tratara de una criada o de una mujer desmayada.

—No soy responsable de nada. Me he comportado dignamente. Y tampoco he sido yo quien ha rehuido la consumación de nuestro matrimonio. Ha sido esa cosa… pequeña y arrugada —exclamó muy indignada—. No hay motivo alguno por el que pueda despreciarme así.

La discusión estaba en un callejón sin salida.

Lo poco que Torlundy conocía de lord Newry le decía que era un caballero respetable, generoso y paciente. Si había tomado la decisión de repudiar a su esposa, era por dos razones. La primera, porque no la soportaba, y eso casaba de maravilla con el carácter de su cuñada. La segunda, porque podía hacerlo, y la única razón que validaba la Iglesia Anglicana para un divorcio era un matrimonio no consumado o incapaz de engendrar herederos. Aunque Leonor tuviera razón y los atributos amatorios de milord fueran escasos, sabía que aquello no era un impedimento para depositar su semilla allí donde era necesario. Si el matrimonio no se había hecho efectivo, Newry argumentaría que Leonor se las habría aviado para esquivarlo. Todo la llevaba a ella a la ruina.

¿Por qué lord Newry no había hablado de eso con su suegro antes de tomar una decisión tan drástica? Sospechaba que también tenía la respuesta: don Íñigo, a quien admiraba de verdad, esquivaba cualquier conversación escabrosa que tuviera como origen a sus adoradas hijas, y él podía dar fe de ello.

Solo quedaba una solución, y Torlundy sabía cuál era, pero Leonor no debía enterarse.

Consiguió que Ralffy se entretuviera con uno de sus botones, y dio un paso en dirección a donde se arremolinaban, en torno a su cuñada.

—Creo que lo más prudente será que Leonor suba a sus habitaciones a descansar mientras el servicio desembala su generoso equipaje.

Don Íñigo protestó de inmediato. No iba a dejar que su hija se marchara sin que aquello quedara resuelto.

—Me niego a…

Pero Torlundy supo guiñarle disimuladamente un ojo.

—Querido suegro, mientras, usted y yo tomaremos un cordial. Ese que oportunamente esconde tras las obras de Homero.

María conocía bien a su esposo, y no le pasó desapercibida aquella estratagema. Comprendió que necesitaba hablarles a solas, y que era necesario sacar a Leonor de aquel salón.

—Ralf tiene razón. Descansa un poco —le puso una mano en la frente, como si tuviera fiebre—. Subiré dentro de un rato y charlaremos como hacíamos antes.

—Si vas a volver a reñirme… —advirtió.

—No lo haré. Solo quiero saber cómo te encuentras.

Ella los miró a cada uno, directamente, a los ojos. Solo entonces se puso de pie, tambaleándose ligeramente. Era evidente que estaba cansada, y muy posible que afectada por los acontecimientos que había vivido, aunque como buena Mendoza, no lo declararía ni bajo tortura.

Se despidió con una reverencia, y los dejó solos al fin.

Aún sonaba el eco del portazo cuando su suegro revoloteaba a su alrededor.

—¿Qué trama, mi querido Torlundy?

Él se volvió hacia María.

—Amor, ¿desde cuándo no ves a *lady* Cheriton?

La pregunta le resultó a María de lo más extraña.

—¿A Serena? —Tuvo que pensarlo—. Desde su boda, aunque nos hemos escrito a su regreso a Inglaterra.

—¿Qué tiene que ver la sobrina de nuestra querida Wildflowers en todo esto? —inquirió el marqués.

Lord Lobo chasqueó los dedos en el aire, a la par que esbozaba una sonrisa triunfante.

—He tenido una idea, y creo que la veréis acertada.

María arrugo la frente.

—No me gusta cómo te brillan los ojos.

Él le dio un ligero beso en los labios y su hijo le pegó un tirón de pelo.

—A grandes males, grandes sacrificios —exclamó Torlundy teatralmente—, ¿verdad, Ralffy?

Capítulo 3
Una conversación entre hermanas

La idea que había expuesto su marido no era que la convenciera, pero había tenido que convenir, como su padre, que no les quedaban muchas posibilidades para solucionar el futuro de su hermana. Habían mandado misivas por medio de lacayos a lord Newry y a *lady* Cheriton, y estaban a la espera de respuesta.

María ascendió por las majestuosas escaleras centrales de Chesham Manor, hasta cruzarse con el ama de llaves, que apretaba nerviosamente su delantal.

—¿Puedo hablar con usted, señora? —Había mirado a ambos lados antes de preguntar.

—Por supuesto. La veo un tanto indispuesta. ¿Se encuentra bien?

La señora Smith volvió a asegurarse de que nadie las oía antes de comenzar.

—¿Doña Leonor permanecerá por mucho tiempo en la casa?

María supo de inmediato qué pasaba.

—Aún no es seguro, pero quizá pase una temporada.

Vio cómo se opacaban los ojos de la mujer.

—No sé si podré soportarlo, señora. La otra vez fue tan… agotador.

Leonor solo había pasado un par de meses en Chesham Manor, a su llegada de España, antes de partir hacia Bray House, la mansión campestre de su flamante marido, pero aquellos pocos días habían sido como una losa mortal para el ama de llaves.

—La oferta de que se ocupe de nuestra casa de Bloomsbury sigue en pie, señora Smith —le recordó María.

Se lo había ofrecido varias veces, pero siempre había rechazado su propuesta, ya que estaba muy vinculada a aquella noble

mansión.

—De ninguna manera abandonaría a su padre en situación tan extrema.

María no podía dejar que las sensaciones que su hermana dejaba a su paso fueran a más.

—Quizá estamos exagerando.

—Por supuesto —se apresuró a decir el ama de llaves—. No quiero que piense que siento la más mínima aversión por *lady* Newry.

—Claro que no. Sé que la aprecia tanto como a mí.

Un rictus se escapó de los labios de la señora Smith.

—Pero he de reconocer, señora, que mis nervios son delicados, y el temperamento de su hermana les afecta sobremanera.

Apreciaba enormemente al ama de llaves. Se desvivía por atender a su padre y era la responsable de que aquella casa luciera espléndida. Sintió compasión por ella.

—Lo tendremos en cuenta. Hablaré con papá para que disponga de más doncellas a su servicio, de manera que se encarguen de atender a doña Leonor.

—No sabe cómo se lo agradezco —le pareció escuchar unos gritos provenientes de la planta inferior—. ¿El pequeño lord está en el gabinete?

Su hijo sentía por la criada la misma pasión que ella por él.

—Le ruego que vaya a verlo. Mi padre y mi marido tienen asuntos que tratar y Ralffy puede llegar a ser fatigoso.

Se despidieron, y María ascendió hasta llegar ante la habitación donde se alojaba su hermana. Llamó con los nudillos.

—Adelante, siempre que no seas lord Newry.

Tuvo que sonreír antes de entrar. Leonor era incorregible.

Una primera impresión al ver a las dos hermanas juntas podría indicar que tenían el mismo parecido que una piedra y un árbol. Donde María era rubia, Leonor era morena. Donde una se mostraba exquisita y delicada, la otra era salvaje e indómita. Donde una era juiciosa, la otra…

Sin embargo, una mirada más detenida dejaba ver que ambas eran dignas descendientes de los Mendoza, y no solo por los inconfundibles ojos verdes, sino por la determinación ante cualquier circunstancia, por el absoluto dominio de sí mismas y por algo muy

sutil y desmayado que se materializaba en una forma única de enfrentarse a los acontecimientos sin temor, sin corazas, sin miedo.

Leonor estaba tumbada sobre la cama, con el vestido arremolinado y los brazos en alto, una postura nada indicada para una señora que debía guardar las apariencias, incluso estando sola.

María se sentó en la cama, a su lado, sin decir nada.

—¿Te vas a quedar ahí callada? —dijo su hermana al cabo de un rato.

—Me vas a reprender diga lo que diga.

—¿Me haces responsable de lo que ha sucedido?

—Claro que no. —Era una verdad a medias—. Pero papá y yo nos preocupamos por ti y me temo que todo esto te pone en una situación muy delicada.

Lo sabía. En cuanto se hiciera público, todos la acusarían, la señalarían con el dedo y se convertiría en una apestada. En cierto modo, había una parte dulce en el ostracismo. No soportaba el interminable suspirar de damas aburridas, desesperadas, que solo encontraban consuelo afilando el ojo ante las equivocaciones de sus iguales. Pero hablar de aquello con su hermana era muy complicado. María siempre había sido obediente, incluso en las especiales circunstancias en las que se había criado. Ella y su padre habían recorrido las cortes extranjeras en un papel más que delicado, pues Leonor sabía de la existencia de Ponzoña y la había visto actuar.

Sí, la vida de su hermana había sido mucho más complicada que la suya, y solo podía estarle agradecida.

—No hay nada que arreglar con Oswald. Está decidido —fue lo que dijo.

—¿Porque su verga es pequeña?

Miró a María. Le encantaba aquella complicidad entre las dos cuando estaban a solas. Soltó una carcajada que fue acompañada por la de su hermana, que se arrojó a su lado, hasta que al fin pudieron calmarse.

—¿Crees que he escandalizado lo suficiente a nuestro padre?

—Tiene siete hijas indómitas. Es difícil sorprenderlo.

Leonor suspiró.

—Ignoro cómo será una verga normal, pero las novelas hablan de «miembros flamantes y erguidos», y el de Oswald es una masa

arrugada y rodeada de pellejos un tanto desagradables. ¿Cómo has podido acostumbrarte a eso?

María se mordió el labio inferior sin darse cuenta. Llegaría el momento en que su hermana comprobaría en sus propias carnes lo reconfortante que podía llegar a ser aquella parte de la anatomía masculina si su poseedor sabía qué hacer con ella. Ralf era un experto, pero no le tocaba a ella explicárselo. Su padre había sido claro a ese respecto: si a Leonor se la instruía en las artes amatorias, con la pasión que ponía en todo…, ¿quién se creería que iba pura al matrimonio?

—Prefiero mantener mi vida con lord Torlundy en privado —fue lo que contestó—. ¿Me dirás por qué no se ha consumado tu matrimonio?

Leonor la abrazó de una forma muy parecida a como hacía Ralffy cuando tenía sueño, completamente adherida a ella.

—Lo intenté, debes creerme. Puse todo mi empeño. Pero Oswald era incapaz de conseguir que su…

—Su verga —terminó su hermana.

—Siempre se mostraba retraída y arrugada. Seguí todos tus consejos sin éxito. No he sido feliz con él. Pretende que sea alguien que no soy, que me comporte como una mujer que no me gusta. Llegó un momento en que pensé que aquello estaba bien. Él ya no acudía a mi dormitorio y yo podía hacer lo que quisiera. Hasta que me echó a la calle. Sin más.

—¡Desalmado!

Leonor suspiró mirando al techo. El fresco representaba a Venus visitando la fragua de Vulcano. También habían sido un matrimonio desafortunado.

—Quizá sea lo mejor. Vivir allí encerrada, sin otra cosa que hacer que bordar, era peor que esa celda conventual con la que me amenaza nuestro padre.

—¿Qué otro destino pretendes? —le preguntó María—. ¿Vivir bajo el techo de nuestro padre hasta que nos falte? ¿Qué harás entonces? Porque en cuanto se haga público que te han repudiado, dejarás de ser recibida en sociedad, por muchos títulos y fortuna que posea papá.

Su hermana se apretó aún más contra ella.

—Tú pudiste elegir con quién querías casarte.

—Siempre supe que era mi obligación. Que, pese a todo, cuando llegara el momento, sería mi única salida. Papá jamás ha puesto impedimento en con quién nos casaríamos mientras cumpliéramos con ese deber. —¿Cómo se lo explicaba?—. Pero tú nos has dejado claro desde que eras una niña que jamás tendrías un esposo. Nuestro padre te ha presentado una larga lista de pretendientes y los has rechazado a todos, uno por uno. Te ha pedido que le expongas alguno, y también te has negado. Nuestra situación en España es delicada en este momento, Leonor, y lo más conveniente era buscar un marido británico que nos diera la seguridad necesaria. Papá no encontró otra opción que esta. Y has de convenir en que lord Newry no solo es educado y encantador, también es muy atractivo.

Su hermana se separó de ella, colocándose bocarriba, con las manos bajo la cabeza.

—Detesto a los hombres.

La señora Smith tenía razón en que se avecinaban tiempos difíciles con una Leonor levantisca en uno de los momentos más delicados de su existencia, aunque ella parecía no darse cuenta.

—Papá ha escrito a tu marido —prefirió informarla—. Partirá mañana para Bray House con la intención de entrevistarse con él. Pretende arreglar este entuerto.

—¿Cómo voy a volver? Si prueba que nuestro matrimonio no ha sido consumado, ni la verborrea de papá me salvará del escándalo.

—¿Qué solución propones entonces?

María se sentó en la cama. Se le partía el corazón. Leonor era de carácter indómito, pero si decía que era Newry el responsable, debía creerla.

Leonor también se incorporó para cruzarse de brazos y esbozar un mohín de disgusto.

—Si mi destino es ser una vieja pobre y desahuciada, lo abrazo.

María sabía que no podían permitirlo. Tendrían que hacer lo que fuera para solucionar aquello. Se puso de pie y se alisó el precioso vestido de tarde, de algodón estampado con ligeras flores.

—Newry ha aceptado no hacer pública vuestra separación hasta no haber hablado con papá —lo que venía a continuación lo dijo con cuidado—. ¿Te parece que, mientras tanto, hagamos una vida normal? Cualquier sospecha de vuestra separación puede ser un

desastre.

—¿«Aburrida» vida normal? —apuntilló.

—Solo tienes que decirnos qué deseas, y si es razonable, nuestro padre te lo concederá.

—Volver a Madrid, vivir de mis rentas y olvidarme de los hombres.

Cuando Leonor se empecinaba, lo mejor era dejarla a solas. Pocas veces cambiaba de opinión. Ninguna, según recordaba. Pero insistirle no las llevaría a ningún lado.

Le dio un ligero beso en la frente fruncida.

—Es tarde. Será mejor que descanses. —Fue hasta la puerta, pero se detuvo antes de salir—. Me gustaría que mañana me acompañaras a casa de *lady* Cheriton. Sé que Serena te gusta, y es posible que Shara también asista.

No obtuvo respuesta. Leonor miraba fijamente al frente, preocupada y enfadada.

Iba a salir cuando la voz de su hermana la detuvo.

—María.

Ella se volvió. Los ojos de Leonor estaban brillantes y había un deje de desamparo. Sintió una enorme ternura hacia ella, hacia la muchacha frágil que se parapetaba bajo la fiera.

—Yo solo quiero… sentir algo.

María asintió y le dedicó una sonrisa.

—Duerme un poco, y no olvides que siempre estaré de tu parte.

Capítulo 4
Una visita muy normal

La había convencido a regañadientes, pero a la hora convenida, el carruaje de los Torlundy recogía a Leonor de Mendoza de casa de su padre.

—¿Sabías que papá ha desaparecido? No ha querido compartir conmigo el desayuno, y la señora Smith ignora dónde puede estar —dijo nada más subirse en la berlina, cuya única ocupante era su hermana María.

—Te lo dije ayer. —Dio indicaciones al cochero de adónde debía llevarlas—. Ralf y papá han ido a hablar con Newry, aunque estarán de vuelta esta noche. Pero este asunto no debe preocuparnos hasta su regreso.

Leonor permaneció muda y hierática, casi indiferente. Conocía a su padre y era capaz de convencer al papa de que no existía la Trinidad. Pero… ¿lograría una «segunda oportunidad»? De eso no estaba tan segura.

—Te sienta muy bien ese vestido —dijo su hermana para aliviarle el mal humor.

Era una pieza de seda roja, quizá un tanto excesiva para la mañana, pero… ¿qué no era excesivo en Leonor? Lo cierto era que resaltaba los reflejos caoba de su oscuro cabello y la palidez ligeramente dorada de su piel.

Leonor era, quizá, la más exótica de las hermanas Mendoza, y su carácter fiero e indómito la hacían muy atractiva a los caballeros. Hasta que la conocían de cerca, claro.

—Solo voy a visitar a Serena porque te has empeñado.

—Sé que lo dudas, pero te aseguro que lo hago por tu bien. Todo Londres debe de saber ya que estás en la ciudad, y no habrá pasado desapercibida tu discreta entrada seguida por cuatro carros

cargados hasta arriba, así que no nos queda más remedio que disimular que no ha sucedido nada entre Oswald y tú.

—De ninguna manera le hubiera dejado a ese malnacido mis muebles y enseres. Han sido costeados con mi dote. Pero veo que crees que cometeré la torpeza de delatarme.

María alzó una ceja.

—Creo que harás lo que te venga en gana, aunque debes prometerme que serás discreta en lo concerniente a tu matrimonio hasta que papá esté de regreso.

—¿Y si Newry no permite que regrese con él?

—Te apoyaré, y encontraremos la manera de salir de esta, pero deja que nuestro padre intente arreglar las cosas, porque nunca nos ha decepcionado.

No es que estuviera de acuerdo, pero sabía que María jamás daría un paso en contra de sus intereses y que era cierto lo que acababa de decir.

Permaneció callada hasta que el carruaje se detuvo delante de una de las elegantes mansiones de Mayfair. Mientras un lacayo las ayudaba a descender, el eficiente mayordomo de los Cheriton ya daba instrucciones para que las estolas de las damas fueran recogidas y se avisara a la señora de la anunciada visita.

Serena Bailey, ahora *lady* Cheriton, estaba deslumbrante, como siempre. Hermosa, delicada y educada desde niña para ser la mejor anfitriona, fue al encuentro de ambas hasta la misma puerta, contradiciendo la etiqueta que indicaba que debía esperarlas en el gabinete.

—¡Qué alegría veros! —Dio un tierno abrazo a María, con quien había congeniado desde la primera vez que se vieron, de eso hacía ya dos años—. Y te agradezco que te hayas apartado por unos días de tu adorado Oswald —se dirigió a Leonor—. Londres te echaba de menos.

María pisó disimuladamente a su hermana, que pudo transformar a tiempo el rictus de disgusto por una artificial sonrisa de apego.

—Solo serán unos días, por supuesto —se apresuró a mentir—. No puedo imaginarme estar tanto tiempo sin la arrugada presencia de milord siguiéndome por los pasillos.

Serena no terminó de entender a qué se refería, pero debía

convenir que doña Leonor, a veces, era un tanto enigmática.

Se la notaba realmente encantada con la visita, y las acompañó hasta su gabinete, en la planta baja, donde las esperaba Shara, su cuñada, casada recientemente con George Bailey.

—¿No has traído a Ralffy? —le dijo en cuanto las vio aparecer.

María se excusó.

—No hubiéramos podido hacer otra cosa que adorarlo. Se parece a su padre, porque sabe instintivamente cómo atraer la atención de las damas.

Un lacayo sirvió un cordial ligero y algunos bocaditos que empezaban a estar de moda a aquella hora en que la mañana quedaba lejos, pero aún no llegaba el mediodía.

La conversación era fluida, alegre, a veces fascinante, y Leonor empezó a relajarse, a sentirse en un ambiente menos acartonado del que vivía en el campo, donde la etiqueta era tan rígida y formal que la asfixiaba.

En algún momento, el mayordomo pidió permiso para hablarle a su señora.

—Adelante, James.

El sirviente se inclinó, aunque todas pudieron oírlo nítidamente.

—Hay una inconveniencia, *milady*.

Serena lo miró, extrañada.

—Su tía, *lady* Wildflowers, está en el recibidor. Insiste en que se la reciba.

La anfitriona miró a sus amigas. Todas conocían a tía Rose y eran sabedoras del torbellino de mujer que era. La incomodidad de Serena parecía evidente. Una vez que su tía, a la que adoraba, estuviera entre ellas, aquella deliciosa reunión habría terminado para convertirse en una sarta de indiscreciones sobre lo que se rumoreaba en la Corte.

—Nos encantaría saludarla —salió María en su ayuda—. ¿Verdad, Leonor?

—Por supuesto, que me golpeen con un abanico es una de mis cinco grandes pasiones.

Ninguna pareció reparar en el comentario porque la puerta ya se abría y una exuberante duquesa hacía acto de presencia sin esperar a que el mayordomo la anunciara.

—¡Tienes visita! —*Lady* Wildflowers se llevó las manos al

pecho—. Y se trata de mis queridas amigas. Qué deliciosa coincidencia.

Todas se levantaron para saludarla. Leonor a regañadientes. María sentía un afecto especial por aquella dama un tanto intensa en sus emociones, y que era de las pocas que sabían de su doble identidad.

—Y está aquí *lady* Newry. ¿No te parece, querido, que es exquisita? —Se volvió para recibir la respuesta de quien debía de estar donde no estaba, porque allí no había nadie—. ¿Dónde está Darrell?

Todas se miraron entre sí, sin comprender a qué se refería.

—Tenía que tratar un asunto con Cheriton, madre, pero me indican que ha salido.

Se volvieron hacia la puerta, por donde acababa de aparecer un caballero que no podía pasar desapercibido.

Darrell Lennox, único hijo de *milady*, de su segundo matrimonio y actual duque del mismo nombre, era un hombre al que había que tener en cuenta. A pesar de ser un Bailey, no se parecía en nada a ellos. Alto, espigado, de anchas espaldas y muslos muy bien formados, encajaba el frac con una elegancia desmayada que le aportaba un aire casi informal. Llevaba el cabello corto, oscuro, con una ligera barba que no estaba de moda, pero que le sentaba de maravilla. Ojos negros, grandes y bordeados por pestañas espesas que le aportaban un aire soñador. Boca correcta que llamaba la atención por una ligera sonrisa, de inmaculados dientes muy blancos. Piel tostada por sus muchos viajes y aventuras, y una actitud demasiado cómoda, como si tuviera la absoluta certeza de que había nacido para ser adorado.

—¡Primo Darrell! —Serena se tiró a sus brazos—. Zack está en el campo, pero volverá hoy mismo. No te esperábamos. ¿No partías para la India? Al menos, eso me aseguró mi madre.

—Hay que pertrechar el barco y esperar vientos benignos, pero en cuanto todo esté listo, nada me retendrá en Londres.

Se dirigió a las damas, que permanecían convenientemente de pie ante la presencia de un duque.

—Mi querida Shara, he quedado para comer con primo George y no esperaba verte, así que es una alegría encontrarte aquí. Pero veo que tenéis visita.

Darrell estaba mirando a Leonor mientras lo decía, una mujer a la que estaba seguro de no haber visto antes. ¿Cómo era eso posible? Creía haber cortejado, antes del desgraciado incidente, a todas las damas hermosas de Inglaterra, y aquella lo era, y mucho.

Llevaba un vestido de un rojo muy vivo, quizá un tanto inconveniente para aquella hora, pero que la volvía irresistiblemente seductora. Escote amplio que dejaba ver el nacimiento de un pecho abundante y muy apetecible. Brazos largos y deliciosos que no se tocaban con joya alguna, lo que permitía verlos en su totalidad. Aquel cuerpo altanero, que había adquirido una postura arrogante nada más verlo, hablaba de pasión y de pecado, o, al menos, esas ideas acudieron a su mente.

También era muy hermosa. El abundante cabello ondulado era oscuro, aunque un rayo de sol que entraba por la ventana le arrancaba un destello rojizo. Lo llevaba recogido en la nuca, como marcaba la moda, lo que la convertía en una diosa griega del pecado. Boca carnosa que no necesitaba rubor para mostrarse tentadora. Pómulos altos, orgullosos, y unos ojos de un color indefinible que igual podían ser verdes que caramelo.

Pero eso no era lo realmente atrayente, sino su forma de mirar, su actitud, la manera desinhibida, descarada de mostrarse, sin el obligado recato que debía guardar una mujer en presencia de un caballero.

—Creo que conoces a *lady* Torlundy —dijo Serena, presentándole a María—. Estuvo en mi boda, y en la de Shara. —Después se volvió hacia Leonor—. Ella es *lady* Newry, una de sus hermanas.

—¿Newry? —Arrugó la frente—. Conozco a un Newry. Estuvimos juntos en el ejército.

—Su marido, querido —le aclaró Wildflowers—. Un caballero encantador. ¿Ha venido a Londres con usted? Me han dicho que ha traído tanto equipaje que es posible que no vuelvan a la confortable vida campestre.

—Se lo han impedido algunos asuntos —respondió escuetamente. Y su hermana se lo agradeció.

—Qué lamentable inconveniente —se quejó *milady*—. Me hubiera encantado invitarles esta noche a una velada que pretendo dar en casa.

María lo cogió al vuelo.

—Lord Torlundy tiene reunión en el club, así que mi hermana y yo pasaremos juntas esta noche, recordando otros momentos, cuando aún vivía nuestra madre.

Las facciones de *lady* Wildflowers se arrugaron en un rictus de horror.

—Qué cosa tan poco divertida, querida —le golpeó el brazo con el abanico—. Vengan las dos. Será algo íntimo. Solo unos amigos. La melancolía puede hacer estragos en damas tan jóvenes que aún deben criar muchos hijos.

Todas convinieron en que era una idea excelente, aunque Leonor no estaba tan segura de ello.

La conversación se distendió, aunque *milady* aportó su particular punto de vista sobre lo que debía hacer o no una dama de buena posición.

Durante aquel tiempo, Leonor se sintió realmente incómoda, aunque no sabía por qué. Cuando una de las veces giró la cabeza y se cruzó con los ojos de lord Lennox, una corriente extraña la penetró, como una marea desbocada, algo sin sentido que nunca antes había notado. Se quedó perpleja, incluso asustada.

Él se puso de pie, se ajustó el elegante frac e hizo una reverencia.

—Señoras, me reclaman algunos asuntos. Espero que me disculpen.

Todas le dieron la venia para que se marchara.

—Madre, la veré esta noche —le besó la mano.

Después, se dirigió a Leonor, con una inocencia, una casualidad, que no podía ser malinterpretada.

—*Lady* Newry, espero verla en casa de mi madre.

—Po-por supuesto —tartamudeó.

Y, en ese instante, tuvo la absoluta certeza de que algo le estaba sucediendo.

Capítulo 5
Un trato complicado

La propiedad patrimonial de los Newry, Bray House, estaba cerca de Reading. Se trataba de una finca prodigiosa que había pertenecido a la Casa Real hasta que Jorge II la regaló a una de sus sobrinas preferidas, la tía abuela del actual lord.

La berlina de don Íñigo, marqués de las Eras y Grande de España por derecho propio, se detuvo a la entrada, siendo inmediatamente atendida por una legión de lacayos.

Lord Newry aguardaba en la puerta, circunspecto, con las manos a la espalda. Era un hombre atractivo, muy correcto y exquisitamente educado. El yerno perfecto para cualquier padre, y el marido ideal para cualquier dama que ansiara un futuro exquisito. Incluso a María le había gustado cuando don Íñigo lo designó como su prometido, aunque por entonces ella ya estaba perdidamente enamorada de Ralf.

Torlundy fue el primero en descender. Su suegro lo hizo ayudado por uno de los criados, mostrando una evidente molestia en las rodillas, como le pasaba siempre que emprendía un largo viaje.

—Estos caminos ingleses son de lo más inconvenientes —se quejó—. Alguien debería hablarles de las ventajas de retirar los pedruscos que los pueblan.

Oswald descendió la breve escalera que franqueaba la entrada para saludar a los recién llegados.

—Excelencia —le hizo una reverencia a su suegro—, Ralf. Les agradezco esta visita, aunque dudo que cambie de opinión sobre ese asunto tan delicado. Mi decisión es firme.

—Por supuesto, querido. —Don Íñigo le palmeó la espalda—. Y nada más lejos de mi intención que convencerte de algo que ya está

decidido. Pero sería impropio de caballeros no intentar aclararlo.

Newry se lo agradeció. Cuando había recibido la carta diciendo que debían hablar antes de hacer pública sus intenciones, temió que su suegro se mostrada agraviado, y conocía la capacidad de convicción que tenía el viejo embajador.

Señaló hacia el interior de la casa.

—¿Pasamos?

Los invitados asintieron, y fueron acompañados hacia una de las estancias que se abría a un espléndido parque a la francesa, con estanque incluido. Era un salón de juego para caballeros, con mesa de billar y de cartas, y ajedrez dispuesto para una partida. Un lacayo sirvió jerez y se retiró discretamente, dejándolos a solas.

—¿Y bien? —preguntó don Íñigo, prescindiendo de introducción alguna.

Newry carraspeó. No estaba acostumbrado a formas tan directas. Quizá esa era una de las cosas que le había alejado de su esposa, a la que había amado desde el instante mismo en que la vio.

—Todo está expuesto en la carta que le envié ayer.

—¿Cree que es propio de un caballero arrojar a una dama de su hogar?

Newry se veía visiblemente molesto.

—Si me conoce, sabrá que es lo último que haría, pero la situación se había vuelto insoportable y su hija no facilitaba la tarea de que nos entendiéramos. La invité amablemente a que abandonara la mansión, que se aposentara, si así lo deseaba, en nuestra casa de Londres. Pero me respondió de una manera que mi calidad de cristiano me impide repetir, y desvalijó media casa.

—Los nervios ante un proceder tan cruel —la defendió don Íñigo.

—¿Le ha contado Leonor su versión?

—Me gustaría oírla de sus labios —dijo el marqués.

—Sin ánimo de ofenderle, excelencia —le hizo una reverencia a su suegro—, pero tengo la impresión de que no fue del todo sincero conmigo sobre el particular carácter de su hija cuando arreglamos este matrimonio.

El marqués mostró una cara de perplejidad muy bien interpretada.

—No sé a qué se refiere.

Newry alzó una ceja.

—¿Pretende decirme que Leonor es… una dama al uso?

Aquello pareció escandalizar a don Íñigo.

—Qué palabra tan terrible. «Al uso». El objeto de un aristócrata es distinguirse, huir de la monotonía, y estará de acuerdo conmigo en que mi hija cumple ese sagrado deber.

Su yerno parecía del todo contrariado.

—Monta a caballo desnuda y de noche, a horcajadas, bajo el influjo de la luna. ¿Pretende decirme que eso es propio de una dama?

El marqués le quitó importancia con una mano al viento.

—Costumbres españolas que no se entienden en Gran Bretaña.

—¿Pretende convencerme de que las españolas hacen… eso?

Torlundy decidió acudir en ayuda de su suegro.

—¿Qué otra queja puedes tener de doña Leonor, querido amigo?

—¿Quieres una lista, o prefieres una descripción minuciosa?

—No es necesario ser cínico —se quejó don Íñigo.

Newry paseó por la habitación con las manos en la espalda. No era propio de caballeros hablar de una dama, y menos de su esposa. Pero ellos debían conocer el peculiar carácter de Leonor y sus aberrantes costumbres.

Se plantó en medio, muy serio, y miró primero a uno y después a otro antes de continuar.

—Se baña a diario sin el menor pudor —empezó—. Detesta cualquier afición propia de una dama, como hacer labores, tocar el pianoforte o visitar a otras mujeres de su misma posición. Ha llenado la biblioteca de Bray House de libros prohibidos, muchos de ellos obscenos, tanto que el párroco de la localidad se desmayó cuando ojeó uno de ellos. Rechaza cualquier formalismo inherente a su condición de dueña de esta casa. Toma el té con los criados y ha pedido que le den lecciones de cocina. Ha plantado un huerto que cuida ella misma, sin importarle llenarse de barro hasta las cejas. Habla de política delante de caballeros, a quienes no tiene el menor pudor en llevar la contraria. Tiene ideas subversivas sobre ciertos derechos femeninos que escandalizan a cuantos se las expone y que, además, hace sin el menor pudor. Se burla de las precedencias, haciendo caso omiso a la etiqueta. Pone motes a todos mis amigos y se niega a llamarlos por sus títulos. Motes muy ofensivos como

Culogordo, *Cornudo*, *Carabobo* o *Señorita Penny*. Señorita Penny es un caballero, antes de que lo pregunten, sí. Y lleva la iniciativa en asuntos que deben ser abanderados por el marido…

—Querido Oswald —lo cortó Torlundy, que había tenido que hacer un enorme esfuerzo para no soltar una carcajada—, don Íñigo y yo nos hacemos una idea de tu incomodidad, no es necesario que sigas.

Newry se lo agradeció con una inclinación de cabeza. Aquello no estaba siéndole nada fácil.

—De acuerdo —dijo—, porque la lista es interminable.

Ralf, que intentaba mantener cierto aire conciliador, dio un par de pasos en su dirección y le puso una paternal mano sobre el hombro.

—Veo que te sientes muy afectado.

—Desesperado sería la palabra exacta. —Sus ojos así lo demostraban—. Me sentí el hombre más dichoso del mundo cuando vi por primera vez a Leonor, después de la decepción de que no podría casarme con María. Para mí, todo esto no deja de ser algo terrible. Sobre todo, porque se ha negado a consumar el matrimonio, lo que va en contra de las leyes de la Iglesia de Inglaterra.

Don Íñigo, que hasta entonces parecía desvalido, escuchando la larga lista de inconveniencias de Leonor, levantó un dedo, como si pidiera permiso para hablar.

—Mi querido Newry —dijo con cuidado—, tengo entendido que esa negativa no proviene de ella, sino de cierta… timidez de su virilidad en cumplir su cometido.

El rostro del aludido se volvió carmín, adquiriendo el color de las amapolas en mayo.

—¡Me niego a escuchar eso en mi propia casa! —su voz sonó más aguda de lo que pretendía.

Torlundy dio una palmada en el aire, conciliador.

—Oswald, querido, todos hemos sentido esa… escasa dureza cuando la dama en cuestión tiene una personalidad arrolladora.

La mirada ofendida de lord Newry era todo un poema.

—He cortejado a muchas señoritas y ninguna ha tenido quejas de mi dureza.

Ahora fue don Íñigo quien se acercó para darle una palmada en

el otro hombro.

—Por supuesto, por supuesto, querido. —Una sonrisa paternal en los labios—. Lo último que ha pretendido lord Torlundy es dudar de su virilidad. Pero todos entenderíamos que una mujer arrolladora, como es el caso de mi decidida hija, pueda causar cierto… ¿Cómo lo diría? Desvanecimiento, en nuestra habitualmente exuberante potencia.

Newry se apartó, y las manos de los dos hombres quedaron prendidas en el aire.

—Mi virilidad sigue siendo pétrea, milord —parecía muy enfadado—. Como cuando era un adolescente.

Torlundy volvió a la carga.

—Lo que nuestro suegro quiere decir es que una dama que toma la iniciativa, que duerme desnuda…

—¿Cómo sabes que duerme desnuda? —preguntó de repente.

Torlundy lanzó una mirada al cielo.

—Su hermana también lo hace —y pidió disculpas a su suegro con un mohín—. Que exige que se la satisfaga —continuó—, y que en ningún momento se muestra recatada, puede provocar en un caballero que lo que deberían ser airadas columnas salomónicas se conviertan en arrugadas pilastras.

—Detesto cuando usamos la poesía para hablar entre hombres —exclamó don Íñigo.

Newry pareció venirse abajo. De repente, se mostraba muy cansado. Incluso sus arrogantes hombros, siempre rectos, se veían abatidos.

—No quiero mentirles —confesó—. Quizá en alguna ocasión me he sentido intimidado por mi esposa. Sobre todo, cuando se ha sorprendido de… de ciertos atributos que necesitan de estímulo para alcanzar su exuberante lozanía.

Don Íñigo y Ralf se miraron disimuladamente: «la verga pequeña».

—¿Ve? —El marqués parecía de repente henchido de alegría—. Es posible que mi hija tenga un carácter particular y aficiones que son mal entendidas en Inglaterra, pero usted también tiene parte de culpa en la no consumación del matrimonio.

Newry lo miró con la frente arrugada.

—Me niego a aceptarlo.

Don Íñigo suspiró.

—Creo que no vamos a llegar a un acuerdo, así que he venido hasta aquí, acompañado por lord Torlundy, para anunciarle que solicitaremos la anulación del matrimonio entre usted y mi hija por falta de consumación.

Newry abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir. El color escarlata de su rostro se encendió de nuevo, aunque parecía del todo perplejo.

—¡He sido yo quien lo ha expuesto! —exclamó.

El marqués le lanzó una mirada de condescendencia.

—Pero la afectada es mi hija, que, aun cumpliendo con su obligación de esposa, no ha podido ser satisfecha a causa de cierta… debilidad en su miembro.

—¡Protesto! —Aún más encendido, casi fuego puro.

Newry estaba al punto del paroxismo, lo que dio a entender a sus invitados que debían llegar a un acuerdo.

—Un asunto así no debe crear un cisma entre nosotros, ¿verdad, Torlundy?

Su yerno, algo preocupado por el aspecto de su anfitrión, se apresuró a responder.

—Por supuesto. Buscaremos una excusa. —Otra vez le colocó a Oswald la mano sobre el hombro—. Nadie tiene por qué enterarse de su incapacidad.

—No padezco incapacidad alguna —protestó Newry.

Y volvió a suspirar don Íñigo.

—He remitido carta al arzobispo de Canterbury explicándole todos estos detalles delicados —expuso, dando a entender que no le había quedado otro remedio—. Somos conocidos desde hace años, buenos amigos me atrevería a decir, y le he pedido encarecidamente que guarde el secreto de su flacidez. Diremos que unas fiebres le han provocado un temporal desmayo, nada más.

Aquella revelación le arrancó un brillo extraño en los ojos a Newry.

—Jamás he padecido de fiebres.

—Una enfermedad asiática —Torlundy se lo dijo a su suegro, como si aquella idea fuera todo un acierto—. Creo que estuviste en la China. Eso es. Una rara enfermedad oriental.

Lord Newry se sentó en una butaca, porque parecía faltarle las

fuerzas.

—¿Ha mandado entonces carta al arzobispo?

—Pero aun así, podría arreglarse —empezó a decir Ralf—. Siempre y cuando…

—Siempre y cuando lo reconsidere, lo de repudiar a Leonor —terminó su suegro cuando lo tenía en el lugar adecuado—, pida perdón a mi hija, y retomen su vida marital. Eso sí, cumpliendo con su deber de esposo.

Lord Newry hundió el mentón en el pecho, como si se hubiera quedado dormido. El marqués y Torlundy se miraron, seguros de haber logrado su objetivo. Pero cuando el anfitrión alzó la cabeza, había un brillo extraño en sus ojos. Desconocido.

Se puso de pie y tocó la campanilla. Al instante, apareció su mayordomo, atento a cualquier orden.

—Cuento con que se quedarán a pasar la noche en Bray House. —Les sonrió a uno y después a otro. ¿Por qué parecía haberse repuesto? ¿Qué estaba pasando?—. Sus habitaciones están preparadas. Deben estar cansados del viaje…

—Nuestra intención es… —intentó decir don Íñigo, que contaba con dormir en su cama de Londres con el asunto resuelto.

—Esta noche vienen unos amigos —le cortó lord Newry—, y sería muy oportuno que pudiera presentárselos. Les contarán cosas apasionantes.

Parecía que las tornas habían cambiado. También que habían subestimado a su «víctima», y quizá le habían dado fuerzas para combatir.

—Torlundy —dijo el marqués a la desesperada—, no sé si es oportuno abusar de la hospitalidad de milord.

Ahora fue su anfitrión quien esbozó una sonrisa, y pasó una mano por el hombro de cada uno de ellos.

—Somos una familia. —¿Aquella sonrisa parecía la de una hiena?—. ¿Qué mejor que pasar unas horas entre caballeros?

Dio indicaciones de que los acompañaran arriba, y los dejó en manos del mayordomo.

La casa era espléndida, y enorme. Cualquier dama daría lo que fuese por ser dueña de una mansión como aquella… Menos Leonor.

En un momento, mientras ascendían por la escalera imperial, don Íñigo consiguió la suficiente intimidad como para hablar con su

yerno sin ser escuchado por el servicio.

—¿Qué ha pasado? Lo teníamos en el bote.

Torlundy miró a ambos lados antes de contestar. Había sido espía la mitad de su vida y sabía cuándo había que andarse con cuidado. El marqués también.

—Es más listo de lo que esperábamos —le confesó en voz baja—. Ojo avizor. Quizá esta noche haya alguna sorpresa.

Capítulo 6
Una sana curiosidad

—¿Qué te pondrás para la cena? —preguntó María.

Leonor la miró como si acabara de reparar en que su hermana iba a su lado en el carruaje camino de la modista, donde harían una parada antes de volver a casa.

—Solo te acompaño para no tener que soportar tus sermones, así que elígelo tú misma.

María no entró al trapo porque, desde que habían salido de casa de Serena, su hermana estaba un tanto ensimismada, como si su cabeza se encontrara en otro lugar.

—*Madame* Lanchester suele tener algunos vestidos ya confeccionados —prosiguió—. Quizá te guste alguno. Todo Londres está entusiasmado con sus diseños, pero ella solo atiende a un grupo muy escogido de damas.

Leonor hizo un mohín que parecía significar que aquel asunto le aburría.

—Tengo demasiados y la mayoría nunca me los he puesto. Lo último que necesito es otro vestido, y lo que menos me apetece es parecer una coliflor pomposa.

—Nada de eso —la defendió su hermana—. Verás cómo te entusiasmas con alguno.

¿Quizá Leonor empezaba a darse cuenta de la difícil situación en la que se encontraba? Porque era necesario que tomara conciencia de ello para poder solucionarlo de una manera cabal. Las agradables veladas en casa de amigos, los paseos campestres, las jornadas de caza, las fiestas de temporada, los bailes, las representaciones de ópera, de todo aquello sería excluida si Newry llevaba a cabo su intención de repudiarla.

—Por cierto, debo advertirte con respecto a lord Lennox —había

querido decírselo desde que abandonaron la casa de su amiga.

Leonor la miró no exenta de curiosidad, como si fuera el primer asunto interesante del que hablaban desde que habían salido de casa de Serena.

—Supongo que será un desalmado. —Cualquier dama parecería aterrada ante semejante perspectiva. Ella, por supuesto, no—. Todos los caballeros atractivos lo son.

—Este lo es especialmente y, en tu situación, un exceso de cortesía será interpretado muy desfavorablemente.

—¿Aunque tenga una conversación interesante? La mayoría de los caballeros que me han presentado son casi tan aburridos como sus esposas.

María tuvo que convenir en que era cierto, pero no lo manifestó en voz alta para no dar pábulo a su hermana.

—Es una de las personas más inconvenientes de Londres, así que será mejor que no digamos delante de nuestro padre que nos ha sido presentado.

Entonces, Leonor sí que se mostró del todo interesada.

—¿Inconveniente? ¿Por qué motivo?

María parecía muy misteriosa.

—Cuanto menos sepas, más segura estarás.

Las cejas de su hermana se fruncieron. Daba la impresión de que, de repente, le interesaba lo que pudieran contarle de aquel caballero.

—Pero coincidiremos con él esta noche en casa de su madre —le recordó—. Al menos, así lo ha indicado él mismo.

María miró por la ventana. Ya estaban cerca de la casa de su modista.

—Será una velada íntima, familiar, donde no nos comprometerá su presencia. Además, dudo que se quede mucho tiempo —concordó para, a continuación, darle a su hermana las instrucciones pertinentes—: Seremos corteses y distantes. Lo justo para no desairar a *lady* Wildflowers ni hacer pensar a lord Lennox que tenemos interés por entablar una amistad.

Leonor le mantuvo la mirada, pero pareció perder el interés de repente, lo que era un signo inequívoco de que algo tramaba.

—Me parece bien.

El asunto se dio por zanjado. Solo hablar del duque ya podría

manchar gravemente una reputación. Ser vistas en público en su compañía era algo que ni siquiera a las Mendoza, cuya extravagancia española empezaba a admitirse en la capital, les estaba permitido.

María quería recoger el vestido para el baile anual que daba Su Majestad. Lo habitual era que se lo hicieran llegar a casa con un lacayo, pero la nueva costurera de moda era tan demandada que solo admitiría tener a Leonor como cliente si iba bien recomendada, y aquella era la oportunidad perfecta.

Con respecto a su hermana, solo había una opción: que su padre convenciera a Newry de que reconsiderara su decisión de repudiarla, y que Leonor acogiera este cambio con entusiasmo, y para eso debía conocer los fastos que se perdería si insistía en comportarse como una niña mal criada. Bueno, eso no era del todo cierto. Estaba «la otra opción», pero María albergaba serias dudas de que fuera a funcionar.

—Es extraño que no hayamos sido presentados con anterioridad —escuchó decir a Leonor un rato después—, siendo primo de los Bailey…

María la observó un tanto desconcertada porque, al parecer, seguían hablando de lord Lennox.

—Digamos que milord ha estado… —¿Cómo lo explicaba?—. Ocupado.

—¿Ocupado?

Su hermana parecía incómoda, algo del todo inusual en María, a quien era raro ver en una situación así.

—Ha sido desafortunado encontrarnos con lord Lennox. Lo único que debes saber es que partirá en breve al confín del mundo, y eso será un alivio para todos.

—¿Por qué te muestras tan misteriosa?

María suspiró.

—Hazme caso por una vez y prométeme que esta noche, aunque serás cortés con el duque, declinarás cualquier conversación, y, por supuesto, evitarás tratar de asuntos personales.

—Quien te escuche hablar así de un caballero pensará que se trata del mismísimo Satanás —contestó un tanto molesta.

María la tomó de la mano y le habló de aquella manera que solo usaba cuando lo que iba a decir no admitía réplica.

—Tu futuro está en juego, Leonor. La presencia de Lennox, la forma en que le he visto mirarte…

—Apenas se ha fijado en mí —se defendió.

—Sé de lo que hablo. Muéstrate correcta para no ofender a un par del reino, pero distante para no darle pie a cometer ninguna indiscreción. ¿Lo has entendido?

—A veces me tratas como si fuera una niña, y apenas nos llevamos un año de edad.

—Te quiero y me preocupo por ti y por tu futuro. Solo es eso —miró por la ventanilla—. Hemos llegado.

Los caballos se detuvieron delante del elegante establecimiento de *madame* Lanchester. Estaba en uno de los mejores edificios del Strand, un espacio adecuado para recibir dignamente a su acaudalada clientela. Lanchester decía proceder de París, donde, en tiempos anteriores a la Revolución, había cosido para lo más granado de la aristocracia, incluida la reina María Antonieta. Aunque un ligero acento de Bristol hacía creer a María que quizá la historia que contaba no fuera del todo cierta.

Lo que era innegable era su buen gusto y un olfato natural para saber qué hechuras encajaban mejor en una dama que en otra y qué colores eran los que más la favorecían.

Las hermanas Mendoza descendieron, y el lacayo que iba en el pescante se apresuró a abrirles la puerta del establecimiento. Había un ligero ajetreo de damas que elegían sedas y gasas o discutían sobre la combinación de ciertas cintas y encajes. Pero *madame* Lanchester fue a su encuentro en cuanto las vio aparecer.

—*Lady* Torlundy, qué placer recibirla —le hizo una reverencia para dirigirse, a continuación, a Leonor—. Y qué grato que le acompañe su hermana. ¿Pasará una larga temporada en Londres?

Que hubiera adivinado de quién se trataba les indicó que *madame* estaba muy bien informada. Ninguna de las dos tuvo dudas de que la noticia de los carros cargados de baúles y muebles que la habían acompañado desde Bray House ya era conocida por todos.

—Es nuestra intención —contestó escuetamente para no decir nada.

María fue rauda en su ayuda.

—¿Ya está listo mi vestido?

El rostro de *madame* Lanchester pareció rebosar de alegría. Unió ambas palmas de las manos e hizo un afectado gesto en dirección al interior de la tienda. Ambas la acompañaron, bajo las miradas curiosas de algunas clientas que sabían perfectamente quiénes eran aquellas dos bellas damas.

La salita interior era el reino privado de la modista, y a donde solo accedían sus clientas más exclusivas. Un par de ayudantas ya sujetaban el vestido como si se tratara de algo tan frágil que pudiera deshacerse con solo respirarse demasiado cerca.

Ambas hermanas reconocieron que era una labor exquisita. Confeccionado en seda de un gris muy pálido, estaba bordado en hilo de plata en bajos y escote, dándole un aire majestuoso.

—¿Desea probárselo antes de que lo empaquetemos?

María desistió.

—No es necesario, pero sí nos gustaría ver algunas prendas para mi hermana.

—Habíamos quedado en que… —intentó protestar Leonor.

Pero *madame* Lanchester parecía encantada de poder vestir a una dama tan hermosa y distinguida. Porque así era la joven Mendoza, una mezcla de serena belleza morena por cuyos ojos se escapaba un fuego evidente y que afectaba a quienes se encontraban cerca.

La modista la estudió detenidamente, casi como si se tratara de una yegua costosa en la que quisiera invertir. Solo le faltó mirarle el estado de la dentadura, pero al final tuvo claro lo que necesitaba.

—Verde, sin duda —dio un par de palmadas, y las dos muchachas que la ayudaban salieron de inmediato en busca del vestido—. Resaltará el tono de esos deslumbrantes ojos.

Hubo un instante de tenso silencio, donde Leonor quería protestar mientras *madame* explicaba a cuántas damas había rechazado ofrecer sus servicios por no ser suficientemente distinguidas.

Las dos ayudantas aparecieron de nuevo, portando un vestido de la misma forma delicada que habían hecho con el otro. Cuando Leonor lo vio, tuvo que reconocer que era una de las prendas más hermosas que había contemplado nunca.

—Es una creación nueva —empezó a explicar la famosa modista—. Otomán de seda con una caída portentosa. Líneas muy

sencillas para que el busto resalte y los hombros parezcan livianos. Una larga cola para ceremonias, pero que también puede usarse de tarde. El único detalle, la pareja de cupidos entrelazados que se ha bordado en hilo rojo bajo el escote, una picardía de amor que hará las delicias de lord Newry.

Fue María quien contestó, y sin dudarlo.

—Nos lo llevamos.

—Pero no necesito… —intentó explicarle su hermana.

—Y un par de guantes a juego —añadió la modista, que tomó la mano de su nueva clienta para calcular la talla.

Al girar la palma de la mano, las líneas de la quiromancia quedaron expuestas y *madame* Lanchester las miró con detenimiento.

Leonor creyó ver que la mujer se ponía muy pálida, a la vez que abría mucho los ojos, como si estuviera delante de un prodigio o de un mal agüero.

—¿Ha conocido usted hoy a alguien que la haya desconcertado? —preguntó la modista.

Leonor miró a su hermana, a quien nada de aquello pasó desapercibido.

—No lo creo —contestó en voz baja.

—Es alguien de imperiosa presencia y debe alejarse de su persona cuanto antes, pues le acecha una enorme desgracia.

Se quedó mirando su propia mano, como si la viera por primera vez.

—¿Hay algo más? —atinó a preguntar.

La cuestión sacó a *madame* Lanchester de una especie de trance. Recuperó el color de las mejillas y sus labios esbozaron una sonrisa que parecía forzada.

—Ante usted se abre una época de bienaventuranza, no debe preocuparse por nada.

De nuevo, ambas hermanas se miraron, extrañadas, y fue María quien decidió acabar con aquello.

—Mejor mande los vestidos a mi casa, y los complementos que crea necesarios. ¿Nos vamos, querida?

Salieron de prisa, correspondiendo a los saludos de las clientas con una inclinación de cabeza. Ya en el carruaje, Leonor parecía molesta.

—¿Cuándo podré ponerme un vestido así? —protestó—. Como esposa repudiada, nadie me invitará jamás.

—Quizá la cena de esta noche sea la última, así que debes lucir preciosa —sentenció su hermana.

—¿Para que nadie sospeche lo que ha sucedido entre Oswald y yo?

—Para que todos sepan que eres una Mendoza, y que nosotras jamás nos rendimos.

Permaneció pensativa mientras la carroza empezaba a transitar las ruidosas calles de la ciudad.

—¿Crees que lo que ha leído en mi mano…?

—Pamplinas. —María no la dejó terminar—. Son técnicas de comerciante, nada más. Ahora solo debes pensar en disfrutar mientras papá nos trae las mejores noticias.

Capítulo 7
Una cena entre caballeros

Cuando don Íñigo, acompañado por lord Torlundy, entraron en la biblioteca, los otros invitados ya estaban allí.

—Caballeros —los atendió de inmediato Newry—. Permítanme que les presente.

Los recién llegados esbozaron una sonrisa cortés ante los cuatro hombres que los miraban con curiosidad y, quizá, cierta altanería.

El más cercano era un joven rubicundo, muy bien vestido, aunque el pantalón le quedaba algo estrecho. Ralf tuvo la certeza de que se trataba de *Culogordo*, y cuando dio un par de pasos para estrecharles la mano, esta impresión quedó confirmada.

—Sir Edward —lo presentó Newry—. Uno de mis más apreciados amigos. Su padre forma parte del Consejo Real.

Hubo el adecuado intercambio de cumplidos, y su anfitrión procedió a presentar al segundo invitado.

—Él es lord August. —El caballero en cuestión dio un par de paso y les hizo una reverencia muy adornada—. Somos primos lejanos y amigos desde la infancia.

Don Íñigo miró a su yerno y, con un gesto cómplice, ambos convinieron en que este era la Señorita Penny, mote muy acertado cuando uno apreciaba la cantidad de rubor que poblaba sus mejillas y el exceso de encajes de su camisa. Torlundy sintió cierta ternura por él, porque le recordó a su personaje antes de conocer a María.

Sobre *Carabobo* no tuvieron dudas.

—El marqués de Keaton —lo presentó Oswald.

Más reverencias y manos tendidas. Keaton tenía una de esas caras a las que costaba trabajo mantener la boca cerrada, lo que provocaba cierta tendencia a las babas. Todo eso lo acompañaba una mirada de sorpresa que podía ser fascinante si no fuera

perenne. Un ligero tartamudeo remataba el cuadro. Torlundy tuvo que convenir que su cuñada había clavado la definición.

El último de los caballeros era aguerrido, de rostro viril y un tanto hosco, que acompañaba de maneras, quizá, rudas en su clase.

—El barón de Tunstall —lo presentó su anfitrión.

Su manera de estrechar la mano era tan sólida que don Íñigo arrugó la nariz cuando sus dedos fueron estrujados.

—¿Qué tal se encuentra la baronesa, milord? —preguntó.

El hombre arrugó la frente.

—Mi esposa y yo tenemos cierta desafección desde hace años.

No podía ser otro que Cornudo, convino don Íñigo, y la mirada divertida de Ralf se lo confirmó.

Así que lord Newry había decidido invitar a la cena a los caballeros que había desairado Leonor. Estaba claro que no iba a ser fácil convencerlo de que cambiara de opinión, pero había que intentarlo.

—Mi querido suegro, estimado cuñado —dijo su anfitrión, bastante grave—, sé que no les gusta andarse por las ramas, así que he invitado a estos caballeros, muy cercanos a mí, para que oigan de sus propias bocas las razones que me han llevado a tomar una decisión tan drástica.

Don Íñigo esbozó una mirada de disgusto.

—Decisión que espero que podamos razonar.

Newry no contestó. Era difícil saber qué pensaba, aunque parecía haber traído toda su artillería para defender su decisión.

La Señorita Penny dio un paso en su dirección, y se secó el sudor de su frente perlada.

—Si me lo permite, milord —se refirió al marqués—, he de decirle que su hija es una de las criaturas más hermosas que haya contemplado.

—Es la que más se parece a su madre —contestó con agrado—. Mi difunta esposa fue famosa por su belleza.

—Sin embargo…

Don Íñigo suspiró. Ya suponía aquello.

—Hable sin temor —lo animó—. Somos una familia.

Lord August se aclaró la garganta. Su voz era extremadamente aguda.

—*Lady* Newry llegó a hacerme insinuaciones muy poco

delicadas, que encerraban una intención maligna.

El padre de la acusada no tuvo más remedio que defenderla.

—Puedo aceptar que Leonor, a veces, sea excesivamente espontanea, pero le aseguro que no hay maldad en ella como sugiere.

Lord August miró a sus amigos para tomar fuerzas. Estos lo animaron a que prosiguiera. No era una situación agradable, desde luego.

—Me dijo que la acompañara su habitación. —Había cierto toque dramático en su voz—. Yo me negué, pero ella insistió. Lo hice únicamente porque quería comprobar hasta dónde podía llegar la dama, bien lo sabe Oswald, que me conoce.

Don Íñigo y Torlundy se miraron, extrañados. ¿Era posible que Leonor se le hubiera insinuado? Su hija podía ser una salvaje, pero no era propio de ella ese tipo de comportamientos. Los hombres le eran bastante indiferentes, y los ingleses, más.

—¿Sucedió algo… —lo expresó con cautela— inconveniente?

—De lo más inconveniente —se apresuró a responder—. Una vez en sus aposentos, los dos solos, *lady* Newry abrió uno de los cajones de su cómoda y me ofreció un vestido. Uno muy hermoso, negro, ribeteado en azabache. Me dijo que me lo probara y que le encantaría que, de vez en cuando, tomáramos juntos el té ataviado de aquella manera.

Torlundy parpadeó.

—¿Y le quedaba bien?

—Salí despavorido, por supuesto —se escandalizó el aludido—. Creo que fue una forma retorcida de ofenderme, de insultarme. Se lo conté de inmediato a Oswald, que tuvo que coincidir conmigo.

Eso sí era propio de Leonor. Pero no con la intención que aquel caballero esgrimía. Si ella había supuesto que lord August encerraba el oculto deseo de vestirse con uno de sus trajes, encajaba con el carácter de su hija facilitárselo.

—Seguro que usted lo malinterpretó —tuvo que decir, porque lo que realmente pensaba no podía ser expuesto.

—Me dijo que me compraría una peluca de bucles.

Sí, muy propio de ella.

—¿Un regalo para su madre, quizá? —intentó Ralf remediarlo.

—Y me regaló sus pendientes de azabache.

—Entiendo que no aceptó ninguno de sus regalos —añadió don Íñigo.

Lord August pareció contrariado. Miró a ambos lados antes de contestar.

—No tuve más remedio que aceptarlos. Soy un caballero y jamás desairaría a una dama.

Los demás estuvieron de acuerdo, asintiendo y murmurando. Don Íñigo se volvió hacia otro de los presentes. El que su hija se había empeñado en llamar Cornudo.

—¿También lo molestó a usted, milord?

—Más bien me insultó.

—Es una acusación muy grave.

El barón de Tunstall convino en que era cierta.

—Me dijo que las mujeres deben tener derecho a tomar sus propias decisiones —expuso, serio, ofendido—, y ya que mi esposa ha decidido entretenerse con ese mequetrefe del que no quiero hablar, yo debería aceptarlo, bendecirlo y tomar una amante.

Don Íñigo y Torlundy volvieron a mirarse, contrariados.

—Entonces, a quien ofendió fue a su esposa insinuando que puede serle infiel —dijo Ralf.

Lord Newry tuvo que salir en ayuda de su amigo.

—Es posible que la esposa de lord Tunstall sea un tanto… ligera —carraspeó—. Pero en la buena sociedad jamás se hablaría de ello con tanta impunidad.

De nuevo, don Íñigo tuvo que pensar que las intenciones de Leonor habían sido nobles. Si su esposa amaba a otro hombre, ¿por qué no dejarla y rehacer él su propia vida? Pero explicarles a aquellos caballeros ese tipo de razonamientos solo le llevaría a que lo repudiaran como habían hecho con Leonor.

Se volvió hacia *Culogordo*, que parecía deseoso de protestar.

—Y supongo que con usted hablaría de su peso.

Sir Edward lo miró sin comprender.

—¿De mi peso? ¿Por qué de mi peso? Hablamos de política.

Torlundy tosió para disimular su risa, y su suegro intentó arreglarlo.

—Disculpe, me he desorientado.

Contrariado, sir Edward explicó su situación.

—Doña Leonor tiene aberrantes ideas sobre lo que ella dice que

son derechos inalienables de las mujeres —parecía tremendamente enfadado—, como heredar a la par que el varón, poseer propiedades independientemente de las de su marido, tener fortuna propia, decidir con quién casarse y otras tantas barbaridades. Cuando le expuse que si eso se hubiera llevado a cabo yo no tendría nada porque todo lo habría heredado mi hermana, dijo que eso hubiera sido lo justo. Y llegó a ponerse muy agresiva conmigo.

—Creo que está exagerando —dijo don Íñigo, sabiendo que Leonor podía extralimitarse con facilidad.

Sir Edward se levantó el flequillo para que los presentes pudieran verlo.

—Esta herida la causó una figura de porcelana que me arrojó desde lejos.

Torlundy abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Le arrojó una figura de porcelana?

—Me dio con ella —aclaró—. Antes ya me había tirado un tintero, una lámpara, un pisapapeles y las obras completas de Shakespeare, pero pude esquivarlas.

Don Íñigo suspiró. La afición a arrojar cosas era muy de Leonor. Dio las gracias porque no hubiera encontrado a mano una daga o una espada.

—Me sorprende sobremanera lo que me cuenta —se hizo el escandalizado—. Mi hija es la persona menos violenta que he conocido. ¿A usted también le ofendió?

—Me llamó *Carabobo*. —Al menos, con este, había acertado.

—Vaya. —La cara de póker de don Íñigo valía un potosí—. ¿Por algún motivo? Me parece una ofensa descabellada.

El aludido, el marqués de Keaton, boqueó un par de veces antes de hablar.

—Fue cuando esquivé el volumen de *Romeo y Julieta* que acababa de lanzar a August, y le hice ver que con la literatura no se jugaba.

Newry ya tenía lo que quería: la prueba irrefutable de que Leonor se había comportado de manera muy reprobable. Y no solo lo decía él, sino que tenía testigos que lo confirmaban.

—Mi querido suegro —le dijo con cierto afecto—, solo he querido que vea cómo de imposible me resulta cambiar de opinión. Leonor es una mujer salvaje, incapaz de contener sus instintos,

incluso peligrosa, aparte del… asunto que tratamos esta mañana.

Don Íñigo parecía bastante sereno, tuvo que apreciar Newry. Había esperado una defensa pétrea de su hija, argumentos épicos, o, al menos, una disculpa. Pero estaba allí, con las manos a la espalda, aberrantemente tranquilo.

—Ya veo —dijo el marqués—. Ha tomado una decisión.

Newry levantó la cabeza, revestido de dignidad.

—Irreductible.

Don Íñigo asintió.

—Repudiará a Leonor y, por consiguiente, provocará su ostracismo social.

—Con todo el dolor de mi corazón.

—Y, evidentemente —seguía completamente inexpresivo—, ni siquiera una generosa donación le hará cambiar de opinión.

La frente de lord Newry se arrugó, como si acabaran de insultarlo.

—No intente ofenderme, milord.

Don Íñigo pareció pensativo por unos segundos. Después, dio una palmada en el aire.

—Bien, pues no hablemos más. Tengo apetito —se dirigió a su yerno—. ¿Usted no, Torlundy?

—Me comería un ciervo —se acarició la barriga.

Newry miró a sus amigos, que parecían tan desconcertados como él.

—¿Ya está? —preguntó.

Don Íñigo parecía encantado.

—Sí, lo tiene claro. Proceda cuando quiera. —Arrugó la frente—. ¿Hay algún plato típico de esta región? Pero no muy graso, mis rodillas se quejan con ella.

Lord Newry no lograba comprenderlo.

—Cuando se haga público que he repudiado a su hija, caerá en desgracia.

—Sí, sí. Será lamentable. ¿Es bueno su cocinero con los postres?

¿Cómo podía un padre ser tan inconsciente como su hija?

—¿Y le da igual? —se escandalizó.

Don Íñigo sonrió. Su aspecto de panadero parecía haberse acrecentado. Un panadero bonachón que intenta que la vida no le afecte.

—Por supuesto que no me da igual —dijo con una sonrisa amable—. Pero no puedo contradecir a un caballero que ha decidido asumir el riesgo.

Aquella forma de decirlo llenó a lord Newry de suspicacia.

—¿Qué riesgo?

La sonrisa del marqués se ensanchó.

—¿Pensaba que me quedaría con los brazos cruzados? Ya lo verá, mi querido yerno, ya lo verá. —De nuevo se dirigió a Ralf—: Vamos a comer, Torlundy. Necesitamos reponer energía para lo que nos espera.

Capítulo 8
La mejor anfitriona

Cuando *lady* Wildflowers vio aparecer a las Mendoza, tuvo que convenir en que, desde que aquellas damas adornaban la más exclusiva sociedad londinense, la ciudad brillaba con más luz.

María estaba preciosa, como desde que se había producido la sorprendente metamorfosis que los dejó a todos boquiabiertos, pero de eso hacía ya dos años. Un vestido sencillo en color rosa pálido acompañado con guantes a juego, aunque quien de verdad la sorprendió fue doña Leonor.

Lady Newry había elegido un vestido que podría ser desacertado para una simple cena entre amigos, pero que a ella la convertía en toda una beldad. De un tono verde intenso que la seda acentuaba, se ajustaba a su busto resaltando cada curva, cayendo a lo largo de su cuerpo con una ligereza tal que a cada paso este se vislumbraba como si estuviera desnuda. La tonalidad subrayaba el sorprendente color de sus ojos, y un peinado en nada rígido hacía destacar la lozanía de su oscuro cabello. El detalle bordado en el escote de un color rojo muy vivo, a juego con los largos guantes, la hacía destacar sobre el resto de asistentes, que las recibieron con un delicioso alboroto.

—*Mis querides señoras* —dijo lord Carlton, almirante de la flota, en un deficiente español, de quien se rumoreaba que era más que amigo de la anfitriona—. *Qué deleicia poder contar con la sua presencia. ¿No vendrá su papá? Hace tiempo que está lejos de mí.*

—Está de viaje —contestó María en inglés, para evitar que milord siguiera haciendo el ridículo en un idioma que no dominaba—. Lo esperamos de regreso de un día a otro.

Lo cierto era que la misteriosa misiva que habían recibido desde Bray House las había llenado de inquietud, ya que, en un simple

mensaje, el marqués les decía a sus hijas: «Asuntos imprevistos nos retendrán cerca de lord Newry». Habían intentado adivinar si eso eran buenas o malas noticias, y ambas habían concluido que no podían ser alentadoras.

Tras los saludos iniciales, Leonor se descubrió buscando la presencia de lord Lennox.

Una idea arriesgada y escandalosa le rondaba la cabeza, a pesar de haber sido claramente advertida en su contra, y quería saber si podía llevarla a cabo.

Su anfitriona los pasó directamente a la mesa, magníficamente dispuesta, con una superficie circular que permitía que la conversación discurriera entre todos.

Debía reconocer que no podía estar en mejor compañía. Serena estaba preciosa, como siempre, y su esposo, lord Cheriton, tan atractivo y ocurrente como la vez que se lo presentaron. Hacían una pareja hermosa y elegante, que se replicaba con agudeza y se miraba con una ternura envidiable.

También estaba Shara, junto a quien se había empeñado en sentarse su marido, George Bailey. Verlos juntos era casi una experiencia, porque pocas veces había visto una mirada de adoración como la que mostraba él cuando se le dirigía.

La señorita Wootton, Jane, había caído muy cerca de Leonor. Era alegre, y a la vez muy tranquila y juiciosa. Había oído muchos rumores sobre ella, como que su procedencia era incierta y que mantenía una relación oculta con el duque de Oldbury, otro de los invitados. Esto último podía ser cierto, porque la forma en que su gracia la miraba estaba llena de adoración.

Lord Carlton y *lady* Wildflowers eran los últimos invitados, menos la silla vacía que había a su lado y que supuso que era la destinada al ausente duque de Lennox. Supo de inmediato que aquello era una estrategia de su anfitriona, tan aficionada a los escándalos. Cuando miró a María, vio en sus ojos que ella había llegado a su misma conclusión.

—Disculpen el retraso.

Quien acababa de aparecer era Darrell Lennox, que lanzó una segura mirada a los comensales. Pero no solo eso, también apareció ese molesto cosquilleo en el estómago de Leonor, algo muy sutil que parecía expandirse por toda su piel como una brisa fresca de

verano. ¿Se habría enfriado, quizá? ¿O estaba expuesta a una corriente sin darse cuenta?

Lord Lennox paseó su arrolladora fisonomía por el comedor hasta llegar a su silla, mientras Leonor intentaba aparentar que su presencia le era indiferente, pues así era como debía comportarse una dama ante un caballero de pésima reputación. Pero lo cierto era que estaba llena de curiosidad, tanto que había tenido que hacer un esfuerzo casi titánico para dejar de mirarlo.

—Parece que nos toca estar juntos.

Ella hizo lo que se esperaba, interpretar una inocente sorpresa. Pero cuando se cruzó con la mirada de Darrell, con aquellos ojos negros y penetrantes clavados en los suyos, que la analizaban con una expresión muy parecida al hambre, una especie de corriente marina empezó convertirse en una tormenta sobre su piel. Indudablemente, había cogido frío.

—No sabía quién se sentaría a mi lado. —Mentir descaradamente estaba bien visto si era en pos de la virtud.

El duque tomó asiento y se colocó la servilleta sobre la rodilla. Cuando volvió a mirarla, ella se sintió de nuevo atravesada por aquella sensación desconocida.

—Espero que no se haya llevado una decepción.

En cualquier otra circunstancia, Leonor hubiera rehusado emprender una de esas conversaciones que no llegaban a nada y que detestaba con todas sus fuerzas. Pero la idea que empezaba a rondar su cabeza exigía tener una relación cordial con el duque.

—Es usted un caballero. Con eso es suficiente.

María, que no había perdido detalle de la breve conversación, acudió en su búsqueda, pidiéndole su parecer sobre el asunto que ella y Serena intentaban discernir. Eso la apartó del arrollador magnetismo de Lennox, algo que casi agradeció.

La cena era fluida, las charlas alegres y chispeantes, y María supo apartar a su hermana de cualquier intento de entablar una conversación que propiciara el duque.

Cuando al final de la cena, y ayudado por el vino, lord Carlton reclamó la atención de la audiencia para contar sus anécdotas marineras, Lennox aprovechó la oportunidad y se acercó a su compañera de mesa, hablándole en voz baja.

—Quizá deberíamos conocernos un poco mejor —murmuró—,

así podrá escapar de los aburridos cuentos de milord.

Aquel susurro, el impacto de su voz sobre la piel de su cuello, hizo que se erizara de una manera deliciosa. «Qué cosa tan extraña», pensó. Porque ni siquiera caminando descalza sobre la nieve habría conseguido constiparse.

—Entendí el otro día que se marcha usted de Londres. —Aquel podía ser un buen comienzo.

—Es lo que más deseo del mundo.

—¿Tanto detesta esta ciudad?

Él se limpió los labios con la servilleta, sin dejar de observarla.

—¿Ha viajado usted? Porque sé que su hermana ha recorrido medio mundo acompañando a su padre.

Leonor estaba muy extrañada. ¿Por qué le era tan difícil comportarse con normalidad? Nunca antes le había sucedido algo así.

—No he tenido esa suerte —atinó a decir—. Alguien tenía que ocuparse de mis hermanas pequeñas.

Lennox se recostó en la silla mientras su lengua jugueteaba con la comisura de sus labios. La sensación de que se trataba de un felino que jugaba con su presa antes de zampársela se acentuó.

—Así que ha pasado de la más inocente infancia a manos de Newry.

Aquella forma de decirlo le molestó. En primer lugar, porque la situaban como un objeto que pudiera ser vendido y comprado; en segundo, porque él se arrobaba cierta superioridad vital, ubicándola a ella como alguien que debiera ser socorrida.

—¿Inocente? —respondió, intentando no parecer altanera—. Da por hecho que solo he bordado y leído libros piadosos.

—¿Me dirá que ha cazado leones o asaltado navíos?

Cuando María vio cómo su hermana se giraba en el asiento, encarándose con lord Lennox, supo que se avecinaban problemas. Le tiró disimuladamente de la falda, pero no le prestó atención.

Por su parte, cuando Lennox la encaró, tuvo que tragar saliva involuntariamente, sintiendo sobre su piel otro escalofrío extraño.

—Podría ganarle en un duelo a espadas —dijo ella sin apartar la mirada—, yo evitaría que se perdiera en medio del mar si tengo a mi disposición un astrolabio y le puedo asegurar que le ganaría en una carrera a caballo. ¿Cree que eso es inocente?

Tuvo que alzar las cejas, sorprendido.

—Se vuelve usted interesante por segundos.

Lady Wildflowers, que como el resto de la mesa se había percatado de la intensa conversación de su hijo con la joven española, decidió que aquella intimidad podía írsele de las manos.

—Querido —le gritó desde el otro lado—, creo que necesitabas hablar con lord Cheriton.

Darrell tardó en contestar. Lo cierto era que tardó en poder salir del embrujo de aquellos ojos verdes que lo tenían atrapado. Cuando miró a su madre, parecía que acababa de despertar de un sueño. Inmediatamente, se giró hacia su amigo.

—Nada que no podamos tratar en otro momento, ¿verdad, Zack?

Cheriton estuvo de acuerdo, ajeno a lo que estaba aconteciendo. Varias miradas femeninas se cruzaron en la mesa, pues parecía que solo ellas eran conscientes de los acontecimientos.

María había aprovechado para hablar con su hermana de cualquier tontería que la apartara de su compañero de silla, pero Leonor no colaboraba y parecía distraída.

—¿Por dónde íbamos? —le susurró él, otra vez al oído.

Leonor se volvió. Por momentos, tenía claro que aquel caballero era la persona perfecta para lograr sus propósitos.

—No íbamos a ningún sitio —lo iluminó.

—¡Ah! —pareció recordarlo de repente—. Usted me iba a retar a un duelo.

—Nada más lejos de mi intención.

—Hágalo. —Volvió a recostarse seductoramente en la silla—. Aceptaría el reto.

Leonor daría en aquel momento cualquier cosa por un abanico como el que lucía *lady* Wildflowers, porque misteriosamente se sentía acalorada. ¡Qué extraño resfriado!

—Esta conversación empieza a ser tediosa —contestó, aparentando aburrimiento.

—¿Qué sabe de la India?

La pregunta la cogió desprevenida. Lo observó con curiosidad. El brillo de sus ojos negros era inteligente, lleno de matices.

—Que está lejos —contestó—, que es calurosa, que posee mil dioses fabulosos y que de allí provienen los mejores perfumes.

Él sonrió.

—Déjeme que se la muestre.

Tuvo que enarcar una ceja.

—¿Me está invitando a que embarque con usted? Porque, de ser así, creo que debemos abandonar esta conversación.

Él volvió a acercársele peligrosamente. ¿El olor a lavanda y tabaco provenía de su piel? Porque era delicioso.

—La estoy invitando a que venga a ver mi goleta —dijo en voz baja, para que nadie más se enterara—. Está amarrada en el puerto. Allí atesoro mercancías que le van a resultar fascinantes.

—¿Cree que soy tan imprudente? —Eso era exactamente lo que quería.

—Me sorprende que una mujer con su arrojo tenga miedo.

Sabía darle en los resortes que la hacían saltar, y eso lo volvía extremadamente peligroso.

—¿Qué le hace pensar que lo tengo?

Él se encogió de hombros.

—Los convencionalismos que la han hecho creer que estará en peligro si se cita a solas conmigo, aunque sea por algo tan interesante como mostrarle mi… mercancía.

El rostro de Leonor se encendió, pero no era por pudor, más bien porque la idea absurda que había anidado en su cabeza cuando conoció la lamentable reputación del Lennox empezaba a ser posible.

—Sé defenderme, y dónde golpear a un hombre que confunde los límites.

Hubo un instante de silencio donde ambos se miraron y el comedor y los comensales desaparecieron. Las sensaciones físicas de Leonor se intensificaron, como aquel cosquilleo estomacal y la impresión de que toda su piel se erizaba. Estaba segura de que al día siguiente amanecería con fiebre.

—Acepte entonces mi invitación —susurró él, muy cerca—. Mañana, a mediodía. Mi goleta se distingue por ondear un gallardete del mismo color que sus ojos.

Ella tuvo que soltar el aire contenido en sus pulmones, porque aquella idea que era incapaz de convertir en palabras podía salvarla. Una idea arriesgada y peligrosa, pero que le daría ventaja. Tragó saliva para que Lennox no se percatara de su ofuscación, e intentó que su voz sonara firme.

—Allí estaré —se puso de pie, sujetándose el vestido—. Y ahora, si me disculpa, deseo hablar con la señorita Wootton.

Capítulo 9
Un propósito de decencia

La cena había terminado de manera cordial y Lennox no encontró otra oportunidad para poder charlar con aquella fascinante mujer.

¿Cómo era posible que no hubiera reparado antes en ella? Desde que los Mendoza se asentaran en la capital, dos años atrás, eran habituales en los eventos más exclusivos de la temporada, lo que incluía su presencia incluso en los bailes de los miércoles en Almack's, círculo donde de verdad se visualizaba si alguien pertenecía a la sociedad o a la auténtica sociedad. Y eso no tenía que ver con el dinero ni la sangre aristocrática, aunque se excluía a los nuevos ricos. Tenía más que ver con el refinamiento, la distinción y ese toque tan británico cercano al esnobismo.

Sabía muy poco de ella: que su círculo más cercano era el de sus primos Bailey, que era decidida, y que estaba casada con Newry. Esto último era aceptable, ya que su viejo conocido tenía en sus venas sangre real, se sabía poseedor de una respetable fortuna y, debía reconocer, era todo un caballero, aunque un tanto pusilánime. Lástima que la decisión firme que le rondaba la cabeza no la hubiera tomado antes de que su compañero de armas se le hubiera adelantado.

Sin embargo, ese tono salvaje que palpitaba bajo la piel de Leonor, que para él era tan visible como la luz del sol, la hacía tan ajena a la aburrida flema de lord Newry que de ninguna manera podía tratarse de un matrimonio bien avenido.

Tras la cena, las damas se habían retirado a la salita de música mientras los caballeros se reunieron en la de juegos, donde se sirvieron licores y su madre le dejó a cargo de repartir unos cigarros cubanos que empezaban a estar de moda.

Sentados en los cómodos sofás de piel, alrededor de la chimenea, los caballeros charlaban sobre política, juego y las expectativas que empezaba a generar el comercio en tiempos de paz.

—Darrell, estás muy callado esta noche.

Tuvo que sacudir la cabeza para salir de sus pensamientos y corresponder a lord Oldbury, que era quien le había interpelado.

—Creo que Lennox ya nos ha abandonado y está en la India, aunque haya olvidado su cuerpo en el salón de juego de nuestra anfitriona —se burló Cheriton.

Todos rieron la ocurrencia, incluido él.

—Bien sabes que esta ciudad ya no la siento como mía.

—Cualquier parte del mundo es adecuada para meterse en problemas —convino su primo George.

—Y tú sabes de eso —señaló lord Carlton.

Ninguno de los presentes podía considerarse un caballero al uso. Cheriton y Oldbury eran dos de los crápulas más reputados de Inglaterra antes de caer rendidos ante su prima Serena y la señorita Wootton. George era el buen hijo que toda suegra desearía como yerno, pero se había enamorado de la única hija de un simple profesor de Oxford, lo que había supuesto todo un escándalo para la rancia sociedad londinense, que apenas se había recuperado de aquella boda desigual. Y con respecto a lord Carlton, todos sabían que mantenía un tórrido romance con su propia madre, *lady* Wildflowers, incluso se insinuaba que este había comenzado antes de que el almirante alcanzase el estado de viudedad.

Si todos ellos, rodeados de escándalos, habían logrado reconducir sus vidas tras el matrimonio, ¿por qué no él?

Decidió compartir con sus amigos lo que le había llevado a pasar unas semanas en Londres y que, hasta ese momento, había ocultado.

—He decidido sentar la cabeza.

Hubo un revuelo de sorpresa. Todos habían dado por hecho que su aventurero amigo terminaría sus días en un lugar apartado de Nepal sin más compañía que una cabra montesa.

—¿Por qué una noticia tan triste en una noche tan encantadora? —preguntó Oldbury.

—Solo constato un hecho —dijo con sobriedad—. Y es que abandonaré Londres con una esposa a mi lado.

Lord Carlton, que creía conocer todos los secretos de Inglaterra, se acercó al filo del asiento, lleno de curiosidad.

—¿Una dama que quiera vivir al otro lado del mundo? —se extrañó—. ¿Para cuándo tenías pensado partir?

—No más allá de un mes.

Cheriton soltó una exclamación.

—Encontrar una dama dispuesta en tan poco tiempo lo veo más difícil que las hazañas de Hércules, querido mío.

Su amigo podía tener razón, pero se negaba a dársela.

—Poseo título y fortuna, siempre son un buen aliciente.

—Y, si me lo permites —fue su primo George quien intervino—, una reputación que echará para atrás a todas las matronas de Londres.

Empezaba a enfadarse. No esperaba que aquellos, sus mejores amigos, lo entendieran. Al parecer, todos ellos no habían tenido más remedio que caer rendidos ante en embate del amor. Como si enfrentarse a aquel sentimiento dejara a un caballero incapacitado para tomar una decisión cabal. Decidió defenderse.

—Zack arrastraba una fama peor aún que la mía, y ahí está, casado con Serena. Y a Peter le precedía un aura casi tan nefasta como el de nuestro amigo…

—Te recuerdo que sigo soltero —intervino el último aludido.

—Solo nominalmente, querido —le aclaró Cheriton, ya que la relación entre Jane Wootton y él en nada difería de un matrimonio enamorado.

El plan de Darrell era sencillo: encontrar una esposa que no molestara y tuviera el talante de querer viajar, engendrar algunos vástagos y dejarles a ellos la responsabilidad de cuidar de su linaje mientras él se interesaba por descubrir mundo y culturas perdidas. Era un plan perfecto. Nada podía salir mal.

—Darrell. —Lord Carlton lo quería como a un hijo, eso era cierto, pero a veces podía ser demasiado protector—. Las bazas que juegan a tu favor, estoy de acuerdo, son tu alcurnia y tu fortuna. Pero las que juegan en contra pueden ser más poderosas. Pocas madres pondrán a sus tiernas hijas en manos de un hombre condenado por la justicia, excluido de la buena sociedad, y aficionado a vivir de manera poco ordenada. Lamento tener que decírtelo, pero eres para mí más que un amigo y no quiero que

albergues vanas esperanzas.

El humor de Lennox se agriaba por momentos. Ya se había arrepentido de contarlo.

—Os noto muy pesimistas —tuvo que decir.

Cheriton se encogió de hombros.

—Tu única solución es que una dama acceda a casarse por amor y desoiga el buen consejo de su familia y de la cordura.

«Por amor». Eso implicaría que se convertiría en un ser sin cerebro como les sucedía ahora a sus amigos, que habían pasado de ser los mejores compañeros de borrachera a taciturnos caballeros que babeaban ante la presencia de sus damas.

—Eso suena bastante gris —fue lo que dijo.

—Los que estamos aquí podemos desmentir esa teoría de que el amor es algo aterrador —intervino su primo—, pero es como el café, incomprensiblemente amargo hasta que no puedes prescindir de él.

No. No quería ser como ellos. Necesitaba a una mujer que se conformara con una vida cómoda, vestidos, joyas, incluso cierta independencia mientras no se metiera en sus cosas. Que fuera bonita o inteligente casi no le importaba. Con que mantuviera la boca cerrada y no usara demasiado perfume, era suficiente.

Decidió exponer otra de las grandes ideas que había tenido.

—También puedo comprarla.

Cheriton alzó una ceja, sin moverse de donde estaba.

—¿A una dama?

¿Por qué le parecía absurdo?

—Solo tengo que buscar una familia de calidad y con escasos recursos económicos —le explicó—. Esa es mi intención. Renegaré de la dote, les donaré una generosa cantidad y su hija será duquesa. Ya tengo elaborada una lista.

La perplejidad de Cheriton era cada vez más evidente.

—¿Una lista de candidatas a las que comprar?

Suspiró. No, no había sido una buena idea contarlo delante de aquella pandilla de enamoradizos.

—Tengo un mes. Mañana mismo empiezo.

Oldbury, que estaba tan anonadado como su amigo, sintió curiosidad.

—¿Puedo preguntar con quién vas a comenzar?

Darrell sonrió.

—La encantadora hija de *lady* Rubens. Creo que es buena amiga tuya, Peter.

—Y una arpía —sentenció—. Jane no la soporta.

Se había equivocado comentándolo y debía arreglarlo cuanto antes.

—Amigos, amigos —llamó al consenso—. Os noto melancólicos. Y si el bueno de Newry ha conseguido casarse con alguien como doña Leonor, yo no puedo tenerlo más difícil.

—Cierto —tuvo que convenir el almirante—. La dama posee alcurnia, fortuna y belleza. Es un hombre con suerte.

Lo era, porque desde el mismo instante en que la vio en casa de su prima Serena, no conseguía sacársela de la cabeza.

—¿Cómo es que no la conocía? —casi preguntó al aire.

Lord Carlton se recostó contra el respaldo del cómodo sofá.

—Se casó por poderes cuando aún vivía en Madrid, y Newry se la llevó de Londres al poco tiempo. Apenas ha frecuentado la sociedad.

Su amigo sabía lo que tenía y era lógico que intentara mantenerla apartada de chacales como él.

—Parece agradable —murmuró.

—Y casada —dijo Cheriton.

Cuando Darrell se volvió hacia él, su antiguo amigo de tropelías lo miraba de una manera socarrona.

—¿Qué insinúas?

—Querido, todos hemos cometido locuras. —Alzó la copa—. Yo el que más. Pero meterse con los Mendoza no es buena cosa.

—¿Piensas que su padre mandará a que me den una paliza?

Cheriton sonrió, alzando una ceja. Un gesto que todos conocían bien, y que hablaba de suspicacia.

—En absoluto —le dijo—. Don Íñigo es un caballero respetable. Me refiero a que estas damas españolas nos sacan ventaja y acabarás más perdido que ahora. Recuérdalo.

Todos estuvieron de acuerdo, pero Darrell se sintió incapaz durante el resto de la noche de borrar el color de los ojos de Leonor de su cabeza.

Capítulo 10
Un plan arriesgado

Durante el trayecto de regreso a casa, Leonor volvía a estar taciturna y ni las continuas interpelaciones de María conseguían sacarla de aquel estado de preocupación.

Tenía el mejor plan. Uno que la sacaría de la incómoda situación en la que se encontraba, que, posiblemente, ella había propiciado, pero de la que Newry tenía mucha responsabilidad.

También tenía al candidato perfecto, lord Lennox: pésima reputación, jactancioso, arrojado y, lo más importante, desaparecería de su vista en unas semanas, en cuanto embarcara para la India, por lo que no podía ser más adecuado.

De nuevo, sintió aquel escalofrío: Londres hacía que su salud se resintiera, eso debía ser.

Pero lo realmente preocupante era si sería capaz de llevar a cabo su plan. La decisión no era suficiente. Cuando se encontrara ante la necesidad de actuar…, ¿sabría qué debía hacer?

—Estás muy callada desde que hemos salido de la casa de *milady* —le comentó su hermana.

Tardó unos segundos en responder, en abandonar aquel estado de preocupación y aparentar que todo estaba bien, todo lo bien que pertenecía a una mujer que sería repudiada públicamente.

—Ya no estoy acostumbrada a estar rodeada de tanta gente —se excusó—. La vida en Bray House se parecía mucho a las de las monjas carmelitas.

María le tomó una mano, como hacía cuando eran niñas y asemejaban dos gotas de agua, una rubia y otra morena.

—Quizá puedas hablar con Newry —la animó—. Utilizar aquella casa solo cuando acabe la temporada y pasar el resto del tiempo en Londres.

—Das por hecho que papá lo arreglará.

—Nunca nos ha fallado.

Era cierto. Su padre siempre había sabido dar la respuesta adecuada en cada situación. De hecho, ahora podrían estar viviendo cómodamente en el palacete de Madrid donde se había criado, y, sin embargo, su padre había desafiado al Rey a causa de una de sus hijas, lo que le había costado aquella especie de destierro al que todos estaban sometidos.

Miró a su hermana con ternura. Era fuerte y decidida, pero la maternidad la había ablandado. Lord Newry jamás daría marcha atrás, por muy convincente que fuera su padre.

—Oswald no es un mal hombre. —Lo pensaba de verdad—. Testarudo y aburrido, muy apegado las tradiciones, y con una malsana afición a la vida monótona. Pero si he llegado a conocerlo como creo, no cambiará de parecer. Soy para él la antítesis de lo que debería ser su esposa, el ejemplo de mujer que lo aleja de todo lo que cree que es correcto, pero me ama.

María parecía indignada.

—¿Y te va a abocar a la ruina porque no eres perfecta aunque te ame? Para mí, esa es la definición de desalmado.

—Hay algo que se me escapa, porque sé que no quiere el mal para mí —insistió para tranquilizarla—. Pero tampoco se va a conformar con una separación formal, donde cada uno llevemos nuestra vida a nuestro antojo y aparentemos que no sucede nada. Eso iría contra sus principios y los de su familia.

Su hermana soltó un bufido que casi la hizo sonreír.

—Eso es lo que hace toda la sociedad, querida.

—Él no. —De eso estaba segura—. Oswald quiere una esposa que borde mientras él pasea, que toque el pianoforte a sus amigos, que permanezca callada y sumisa, que la acompañe a misa y que prefiera la vida tranquila del campo a la agitada convivencia de la ciudad.

María tenía la frente crispada. Newry se había casado por conveniencia, como todo el mundo en la buena sociedad, menos los pocos afortunados que habían sabido encontrar el amor y este no contradecía el interés. ¿Cómo podía pretender a la mujer perfecta?

—Pues no ha tenido la suerte de encontrar a alguien así —insistió—, y está unido a ti por el matrimonio.

—Por eso hará lo imposible por disolverlo, y la única forma de conseguirlo es repudiándome, a pesar de que sé que no le es fácil.

Su hermana apartó la mirada. Era tan consciente del papel que le tocaría vivir a Leonor si su cuñado llevaba a cabo su amenaza. Y lo peor de todo, precisamente ella era un espíritu libre, que llevaría muy mal la reclusión a la que sería condenada. Respiró hondo para tranquilizarse, esbozó una sonrisa y palmeó la mano de Leonor.

—Papá lo arreglará, te lo prometo.

—Seguro que sí.

Ambas eran sabedoras de que aquello era bastante improbable. Si su padre y Ralf no habían regresado, era porque Newry se resistía, y cada día que pasara jugaba en su contra.

¿Cuánto tiempo tardaría en correrse la voz? ¿Cuánto en que las matronas ataran cabos e hicieran las preguntas pertinentes allá donde estaban los testigos? ¿Cuánto hasta que el futuro de su hermana estuviera arruinado para siempre?

Estaban cerca de Chesham Manor, la casa de los Mendoza donde se quedaba Leonor, cuando su hermana se atrevió a hacer el comentario que le rondaba la mente desde que abandonaron la casa de *lady* Wildflowers.

—Espero que lord Lennox no haya llegado a molestarte. Ha sido desafortunado que su silla estuviera junto a la tuya.

Leonor la miró con una curiosidad mal disimulada.

—Su madre quería diversión.

María tomó aire. Conocía a su hermana y debía andarse con cuidado.

—Y tú, ¿te has divertido?

Leonor era consciente de lo peligroso que era aquel terreno. Si en algo destacaba María era en su astucia. Era capaz de reconstruir una situación a partir del mínimo detalle, y que estuviera hablando del duque de Lennox no era casual.

—Al menos es uno de esos caballeros que tiene una conversación más allá de comentar los bailes y las sesiones de la Cámara —le quitó importancia.

Su hermana estuvo de acuerdo, esbozando una sonrisa muy bien fingida.

—Esperemos que se marche de Londres cuanto antes.

—Tengo entendido que en cuanto cambien los vientos.

Ambas asintieron, sonrieron y apartaron la mirada para centrarla en el exterior. Pero María tenía que preguntarlo, porque si no, se volvería loca.

—No habrás aceptado, ¿verdad?

El rostro de Leonor era la más viva imagen de la inocencia.

—No sé a qué te refieres.

Esa vez, su hermana sí se puso seria.

—Oí la inconveniencia de invitar a una mujer casada a visitar su goleta. Espero que lo pusieras en su sitio.

Podía mentirle. Podía decirle que se había escandalizado y alzado el más alto muro entre su decencia y aquel crápula. Pero ella era una Mendoza y, entre ellos, jamás usaban esas argucias. La miró a los ojos, de frente, tan seria como ya lo estaba María.

—Iré mañana, antes del almuerzo.

El rostro de su hermana apenas se inmutó. Estaba entrenada en aparentar que un volcán no le estaba estallando por dentro.

—No soy quién para prohibírtelo, pero sabes que esa idea es muy desafortunada.

Se encogió de hombros y volvió la vista a la calle.

—Seré discreta. Nadie se enterará.

—Siempre hay alguien que se entera, y si llegara a oídos de lord Newry…

Leonor soltó el aire contenido en los pulmones, y de nuevo la miró a la cara.

—Precisamente por eso lo hago.

—¿Para darle celos? —María no daba crédito—. Eso es absurdo. Tu marido no tiene la suficiente sangre en las venas como para alterarse por algo así, pero sí el sentido de la dignidad para convencerse de que repudiarte es el único camino.

Leonor estaba exasperada. Había decidido llevar su plan en secreto. ¿Por qué sería su hermana tan perspicaz?

—María, no me pidas que te lo explique —le suplicó—. No quiero comprometerte más de lo que ya estás.

Decirle aquello fue la peor opción, porque su actitud de hermana mayor salió a flote, y no pararía hasta enterarse de todos los detalles.

—¿Qué estás pensando?

—Si no lo sabes, no tendrás que ofenderte —insistió.

—Leonor de Mendoza y Pérez de Vargas —cuando la llamaba así, se vaticinaban problemas—, te conozco tan bien que antes de que se te ocurra una idea, ya sé por dónde vas, y por mucho que disimules, esa cabeza no encierra ningún secreto para mí.

Ella suspiró. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

—No tengo otra solución.

—Siempre hay otra solución.

¿Cómo se lo explicaba sin que pensara que era una locura?

—Cuando Oswald exponga ante la Iglesia las razones por las que me repudia —intentó hablar con cautela—, será encargada una investigación. Lo sé. En esa casa llena de libros piadosos también hay tratados eclesiásticos.

La mirada de María se heló en su rostro porque acababa de comprender lo que pretendía su hermana. No solo era una pésima idea, sino que podía salir aún más cara que el destino que empezaba a tejerse en torno a Leonor.

—Te perderás si lo haces. —Esa vez, su voz era serena, como si intentara convencerla de otra manera.

Su hermana permanecía hierática, como una mártir a los pies del suplicio.

—Y si no lo hago, me pudriré en casa de nuestro padre, sin otra cosa que hacer que lo que siempre he odiado.

María la tomó también de la otra mano. Sabía lo difícil que era convencerla, pero debía entender que aquello era una locura.

—Lord Lennox es la persona menos indicada para…

—Es el único y es perfecto. —Estaba convencida—. En menos de un mes, estará al otro lado del planeta y jamás volveremos a verlo.

—Las cosas no son tan sencillas.

Los ojos de Leonor brillaban. Aquello no era fácil para ella. Ni siquiera una Mendoza estaba preparada para aquel sacrificio.

—Cuando vengan a reconocerme los doctores para ver si las acusaciones de mi marido son ciertas, no pueden encontrarse con que soy virgen.

También brillaron los de María.

—Así que te entregarás a Lennox, sin más.

Leonor intentó sonreír, hacerle ver a su hermana que estaría bien.

—Solo será un momento incómodo, humillante quizá, pero

impedirá que Oswald logre su propósito. ¿No es eso lo que todos queréis?

María no apartaba los ojos de los suyos.

—Y todo se cimentará sobre una mentira.

—¿Te recuerdo que durante toda tu vida has sido otra persona?

María tuvo que convenir en que tenía razón. No era nadie para censurar algo que quizá ella misma se hubiera atrevido a hacer.

—Espero que tengas razón y que ese maldito plan funcione —le dijo con ternura y con dureza—, porque, de lo contrario, estarás aún más perdida de lo que estás ahora.

Capítulo 11
Un arzobispo acalorado

—El reverendísimo pastor les recibirá enseguida.

El secretario de la más alta dignidad eclesiástica anglicana les hizo una ligerísima reverencia, tan breve que casi podría considerarse una falta de cortesía, y volvió a dejarles solos en el salón de nobles.

Don Íñigo dio otro paseo arriba y abajo, con las manos a la espalda y la mirada perdida en el entarimado.

—No dejo de pensar en qué habrá querido decir Newry con aquello —comentó Torlundy, que no paraba de darle vueltas.

El marqués se encogió de hombros.

—«Cueste lo que cueste» es una declaración de intenciones que pone en evidencia que no tendrá escrúpulos para conseguir su objetivo, aunque con ello deje a Leonor en el peor de los lugares. Me temo que va a ser un hueso duro de roer.

Lord Newry había dicho aquello cuando ya les despedía al pie de la escalera de su residencia campestre, pues la cena del día anterior había transcurrido con una calma tensa donde ninguno de los invitados, y ellos tampoco, insistieron sobre las supuestas tropelías de su hija.

Sin embargo, tras una noche repleta de sueños turbulentos, el marqués de las Eras estaba decidido a marcharse de Bray House, si no con una solución, sí con la visión clara de lo que pretendía hacer su yerno.

—¿Debo entender que no hay marcha atrás en sus intenciones? —le había preguntado.

Lord Newry parecía descompuesto, pero firme.

—Su hija no me ha dejado otra solución.

—Las segundas oportunidades revisten de dignidad a un

caballero.

—Esa segunda oportunidad, excelencia —se defendió—, quedó atrás hace meses, cuando le pedí que se comportara conforme a su posición social.

El marqués alzó una ceja, intentando parecer amenazador, aunque su aire bonachón lo volvía difícil.

—Enemistarse con mi familia puede resultarle incómodo —sentenció.

Newry no pareció acusar el golpe.

—Lo sé, pero repudiaré a Leonor cueste lo que cueste.

Ahí es donde lo había dicho. Después había interpretado una profunda reverencia y se había marchado, dejándolos al pie de la berlina que los llevaría de regreso a Londres.

Las indicaciones que don Íñigo había dado a su cochero extrañaron a Torlundy.

—Antes de llegar a casa, pararemos en el Palacio de Lambeth —había ordenado, golpeando el techo del carruaje con su bastón—. Todo lo deprisa que permitan los caballos.

Y así habían atravesado caminos polvorientos como alma que lleva el diablo.

El viejo palacio, en la orilla opuesta del Támesis, era la residencia del arzobispo de Canterbury, John Moore. Pero como el marqués había caído en un extraño mutismo, Ralf prefirió no preguntar cuál era el objeto de aquella visita y atenerse a los acontecimientos.

—El reverendísimo arzobispo les aguarda —anunció con pompa el mismo secretario de antes, mirándolos con idéntica arrogancia.

—Ya era hora —exclamó el marqués, y siguieron al sirviente por las estancias estilo Tudor hasta la Gran Sala, un tanto lúgubre, donde el prelado terminaba de dictar a otro de sus ayudantes.

—Qué honor tan inesperado —exclamó el religioso cuando estuvieron ante su presencia, juntando ambas manos con una beatitud que desmentían sus felinos ojos—. Nos preguntábamos qué puede requerir con tanta urgencia un súbdito de Su Majestad Católica.

Don Íñigo y Torlundy hicieron una reverencia e inmediatamente besaron la cruz que les tendía el gris secretario del arzobispo. Moore era un individuo astuto y un tanto anticuado, que aún usaba

peluca empolvada cuando ya nadie la requería.

Estaba sentado tras una mesa que, a su vez, se alzaba sobre un alto entarimado, lo que lo alejaba de ellos dos y lo ponía a una altura muy superior.

Don Íñigo esbozó una expresión de preocupada beatitud.

—Estamos aquí, ante todo, para presentarle mis respetos, reverendísimo.

El religioso alzó las cejas.

—¿Cuántos años lleva su excelencia en Londres? ¿Dos, tres? Aunque supongo que habrá estado muy ocupado.

Torlundy habló en voz baja, intentando no mover los labios.

—¿No decía que eran grandes amigos?

—Quizá no tanto —respondió don Íñigo de la misma manera, y se volvió hacia el prelado—. Se habrá extrañado de esta visita sin previa audiencia.

El prelado juntó ambas manos, como si empezara una oración, aunque su mirada canina dejaba claro que no se fiaba de sus visitantes.

—De hecho —apuntilló el reverendísimo—, jamás aceptaríamos recibir a nadie en una situación similar, pero usted es un Grande y está emparentado con la Casa Real.

¿Había cierta suspicacia en su forma de decirlo? Don Íñigo prefirió aprovecharlo.

—Precisamente de eso quería hablarle.

Torlundy seguía perplejo. Recordaba perfectamente que su suegro se había jactado ante Newry no solo de conocer bien al arzobispo, también de estar en tratos.

—Pero ¿no le había escrito una carta? —le preguntó a su suegro en un susurro, con labios casi inmóviles.

—No ha dado tiempo —contestó este en el mismo tono imperceptible.

Ahora el arzobispo había crispado ligeramente las cejas y juntado las yemas de los dedos, como Salomón antes de dictar sentencia.

—Hable —casi ordenó—. Lo que afecte a la Corona afecta a la Iglesia de Inglaterra.

Don Íñigo intentó dar un paso hacia él, incluso subir uno de los escalones del entarimado, pero el secretario se apresuró a indicarle

con un gesto que no debía acercarse al reverendísimo.

—Como recordará —dijo, volviendo a su lugar—, mi segunda hija, doña Leonor, está casada con lord Newry.

—Eso nos han dicho, porque no tuvimos el honor de ser invitados a esas nupcias.

Así era. Para no ofender al arzobispo católico que las ofició, el marqués había convencido a su yerno de que era inoportuna su asistencia. ¿Cómo podía tener tan buena memoria y tanto rencor aquel santo varón?

—Creo que esto no va bien —volvió a susurrar Ralf, pero esta vez su suegro no le prestó atención.

—Precisamente de eso quería hablarle —expresó el marqués con rostro compungido—, del desatino de Newry.

El arzobispo alzó una ceja.

—¿Quiere hacernos creer que nuestra ausencia fue acordada por nuestro sobrino?

Torlundy volvió a mirar a su suegro.

—¿Sobrino?

—¿Sobrino? —le contestó este, porque no recordaba haber leído en ningún informe sobre su yerno hablar de ese parentesco.

El prelado los sacó de toda duda.

—Su padre y yo somos primos, pero veo que no lo sabía.

La cabeza de don Íñigo, acostumbrada a navegar en mares revueltos, improvisó sobre la marcha.

—Lo que hace su proceder aún más bochornoso.

El pastor aguzó su mirada, y se reclinó ligeramente sobre la mesa antes de hablar.

—Nos tiene sobre ascuas.

—Me es muy difícil decirle esto, reverendísimo.

—Empezamos a inquietarnos.

Había imaginado que aquello sería fácil: un par de ideas que incendiaran la mente del religioso y lo pusieran sobre aviso cuando llegara la carta donde Newry solicitaría la anulación matrimonial. Pero la cosa se había complicado.

—Mi inocente hija ha sido arrojada de Bray House y está tremendamente asustada —expuso.

—¿Qué ha podido provocar tamaña inconveniencia? Porque el lugar de una mujer está junto a su esposo.

Miró a Ralf. Este apartó los ojos. Estaba absolutamente convencido de que aquella visita estaba siendo un desastre, lo mismo que el viaje a Bray House. Entonces se dirigió al reverendísimo, y su expresión se volvió dramática.

—Este castigo lo ha provocado sus continuas censuras a la disoluta vida de lord Newry, me temo.

Ambos observaron cómo se escandalizaba el pastor anglicano.

—¿Disoluta? Nuestro sobrino es uno de los caballeros más firmes de Inglaterra, si no el que más.

—Eso pensaba. —Don Íñigo juntó ambas manos sobre el pecho, como antes hiciera su interlocutor—. Hasta que la cándida alma de Leonor ha tenido que soportar… No me veo con fuerzas para repetirlo.

—Si no conocemos los hechos… —Parecía desconcertado.

Don Íñigo no sabía por dónde tirar. Necesitaba tiempo para pensar.

—Quería que participara en… —Debía ser creíble y escandaloso a la vez— ciertos actos.

—¿Ciertos actos? —preguntó Torlundy en voz muy baja, consciente de que su suegro se lo estaba inventando todo.

—¿Ciertos actos? —preguntó a su vez el arzobispo—. Sea más específico, milord.

Miró a ambos lados. El amargo secretario del prelado lo observaba muy disgustado, como si su mera presencia lo incomodara. El resto de amanuenses, que esperaban el dictado de su señor, habían detenido el vuelo de las plumas en el aire, esperando saber qué había hecho el sobrino del reverendísimo pastor.

—Blasfemia —soltó.

—¿Blasfemia? —preguntó Ralf, con las cejas fruncidas.

—¿Blasfemia? —inquirió el mandatario eclesiástico—. ¿A qué se refiere?

Don Íñigo suspiró. Ya no había marcha atrás.

—Mi educación católica me impide repetirlo —declaró—, pero ha de saber que sus continuas blasfemias han llevado a mi hija a separarse para salvar su alma del pecado.

—Una mujer no puede hacer eso sin el permiso de su esposo —se le notaba molesto.

Don Íñigo hizo una ligera reverencia.

—Por eso él ha articulado una serie de calamitosas mentiras sobre inexistentes procederes de mi hija para ocultar su culpa. —Torlundy, que lo escuchaba a su lado, tuvo que convenir que había encontrado un buen filón—. Es todo un escándalo que apenas hemos conseguido ocultar para defender el honor de la Corona y de usted, por supuesto, al tratarse de su querido sobrino.

—De primos segundos —se apresuró a aclarar el arzobispo, guardando cierta distancia con el acusado.

—No sé qué tramará —insistió don Íñigo, muy en su papel—, pero creo que mi deber es advertirle para que no le coja de improviso y se cometa un error de impredecibles consecuencias.

El arzobispo permaneció callado, como si meditara sobre el asunto que acababan de exponerle. Un brillo agudo apareció en sus ojos.

—Espero que esto no tenga que ver con la carta que he recibido de milord donde solicita la anulación de su matrimonio.

Don Íñigo quedó muy sorprendido al darse cuenta de que Newry jugaba con ventaja, anticipándose a sus actos. Pero logró disimularlo a tiempo, volviéndose hacia su yerno, a quien increpó en voz alta.

—¿Ve, Torlundy? Hará cualquier cosa para tapar su falta.

Ralf logró reaccionar haciéndose el ofendido, pero cuando la sobria figura con peluca del reverendísimo pastor se puso de pie, tuvo que callarse.

—Si no desean nada más —de nuevo su sonrisa beatífica—, me temo que el servicio a Nuestro Señor requiere de todo nuestro tiempo.

Los acababa de echar. En otras circunstancias, don Íñigo hubiera desatado un incidente diplomático, pero era muy consciente de que ganaba callando.

—Quiero agradecerle su comprensión —hizo una reverencia— y expresarle mi adhesión a su causa.

El arzobispo se dirigió a su secretario, que parecía satisfecho de despachar a aquellos dos individuos.

—Acompañe a los caballeros.

Hubo un intercambio discreto de saludos y abandonaron aquella anticuada habitación, tan lóbrega como mal amueblada.

Cuando estuvieron de nuevo en la berlina, Torlundy aún tenía

esperanzas.

—¿Cree que se ha tragado su versión?

—Por supuesto que no —don Íñigo no albergaba dudas—. Este Moore es un perro viejo.

—¿Entonces?

El marqués se quedó mirando a través de la ventana. Londres era una ciudad que le gustaba, a pesar del pésimo sentido del humor de los ingleses.

—Debemos enviar una nota anónima a ciertas damas de la Corte muy encopetadas —le expuso a su yerno—. Son perfectas cuando hay que esparcir un rumor.

Capítulo 12
Una novia necesaria

A pesar de ser tan temprano, el mayordomo se plantó en medio del comedor y anunció la visita con toda la flema.

—Su gracia el duque de Lennox, *milady*.

Lady Rubens miró a su hija, que terminaba de zamparse un bollo de leche y aún tenía los carrillos llenos.

—¿Lord Lennox aquí? ¿A esta hora? Nadie hace una visita a esta hora —inmediatamente se dirigió al mayordomo—. ¿Le ha dicho que estamos en casa?

—Ha sido tremendamente insistente, *milady*.

¿Qué podía haber traído a un caballero tan inadecuado a su hogar?

—Entreténgalo unos minutos, no estamos preparadas.

El rígido sirviente asintió y salió del comedor, cerrando tras él.

Solo entonces la dama se puso de pie como un torbellino para arreglarse el vestido y mirarse en un espejo, por si su peinado estaba desaseado.

—Trágate eso y quítate las migas de la pechera —le ordenó a su hija—. ¿Qué querrá su gracia? No tenemos amistad como para una visita a horas tan intempestivas. Además, un caballero tan poco recomendable, con una reputación tan malsana. Esperemos que nadie le haya visto por los alrededores. Seremos corteses y lo despacharemos cuanto antes. Tú no digas nada. Yo me encargaré de todo.

Las Rubens, madre e hija, pertenecían a la mejor sociedad. Su padre había sido un acaudalado marqués que lo perdió todo en el escabroso asunto de la flota de barcos de mercancía que nunca volvió a puerto en el 97. Por suerte, ella ya estaba casada en esa época con el vizconde Rubens y había sido abonada su dote,

porque, en otro caso, el compromiso se habría disuelto y hubiera tenido que vivir de la caridad.

Su matrimonio le había dado años de paz y prosperidad, aunque fue incapaz de dar un heredero varón a su esposo, que siempre se lo recriminó.

Dos hechos terribles habían ensombrecido los últimos años. El primero de ellos era la muerte prematura de su esposo, que cayó fulminado entre los brazos de una meretriz. No le afectó demasiado a *lady* Rubens, aunque vistió de luto un año entero y se retiró de todo trato social, como era debido. El segundo acontecimiento había sido la lectura del testamento, que por un lado les regaló la feliz noticia de que no había parientes varones en ninguna de las ramas familiares, por lo que podrían heredar toda la fortuna del marido sin tener que plegarse a que esta fuera entregada a un intruso. Pero por otro, estaba el hecho de que lord Rubens había dilapidado todo su patrimonio en juego, mujeres y negocios poco claros.

En definitiva, estaban absolutamente arruinadas y ni siquiera tenían con qué pagar la dote de su hija, única manera de sobrevivir sin tener que arrojarse a la mendicidad.

Cuando su hija terminó de tragar y consiguió eliminar las migas que empañaban el pecherín, *milady* le indicó que se sentara junto a la ventana, donde la luz de la mañana hacía más bello su hirsuto cabello y exponía su perfil bueno. Le entregó una labor de bordado y le dio órdenes expresas de que diera una imagen hacendosa. Ellas eran una familia respetable y el traidor, a quien no tenían más remedio que recibir ya que era inexcusable desatender a todo un duque, debía entenderlo así.

Lady Rubens se sentó en el diván, colocando cuidadosamente su vestido a su alrededor, que empezaba a estar raído en los bajos, y tomando entre las manos un libro piadoso que nunca había leído.

Solo entonces agitó la campanilla.

De inmediato, la puerta se abrió y apareció de nuevo el mayordomo.

—Lord Lennox, *milady*.

Tras él, entró el duque, que se plantó en la puerta, mirando a su alrededor de aquella forma penetrante que le identificaba. Atractivo como ninguno, rico y posicionado. Lástima que aquel hecho

vergonzoso del pasado provocara que no fuera admitido en sociedad. Lo mejor era atenderlo, descubrir la razón de aquella visita y quitárselo de encima cuanto antes.

—Qué gratísima sorpresa —exclamó *milady*, como si no pudiera haber dicha mayor que su presencia—. Ayer mismo le decía a mi hija que Londres se volverá oscuro y triste cuando usted regrese a la India. Lástima que tengamos que marcharnos y apenas dispongamos de unos minutos para atenderle, ¿verdad, querida?

—Sí, madre —musitó su hija, que se sentía ridícula trasteando con una labor que había tejido una de las pocas criadas que no se habían largado por falta de pago.

A Darrell no le pasó desapercibido que no le ofrecieran un asiento. Era evidente que la visita no era grata.

—Me extraña que les afecte mi ausencia —contestó milord al cumplido—, porque no suelo frecuentar la sociedad.

—Pero su carisma, su arrogancia, su prestancia, están siempre presentes.

Lennox volvió a mirar alrededor. Era muy consciente de que aquello era un formalismo y la dama se sentía incómoda en su presencia. La mesa parecía dispuesta para el desayuno, y los rastros indicaban que había sido abandonado precipitadamente.

—Espero no haberlas cogido a la mesa.

Milady esbozó una sonrisa angelical.

—Rosemary apenas come, y yo sobrevivo a base de infusiones. La gula es un pecado deleznable.

Darrell asintió, aunque una de sus pasiones era comer. La otra, hacer el amor.

—Insisto en mis disculpas —tanto aquellas damas como él tenían prisas—, pero puedo verme obligado a partir en cualquier momento y me urge cerrar algunos asuntos.

El rostro de *lady* Rubens sí mostró entonces perplejidad e inquietud. ¿Vendría a reclamar alguna de las deudas de juego que había dejado su marido? Porque todavía recibía amenazas muy desagradables por aquello.

—Dudo que nosotras podamos serle útiles en algo —exclamó con la mayor inocencia.

Lennox la observó detenidamente antes de soltarlo.

—Necesito casarme.

El rostro de *lady* Rubens quedó distorsionado por la sorpresa.

—¿Casarse?

Él asintió.

—Mi intención es abandonar Inglaterra para siempre y mi madre no me perdonaría que sus nietos no fueran completamente anglosajones.

—¿Casarse? —volvió a repetir *milady*, presa de un extraño *shock*, como si, de repente, todos sus deseos estuvieran a punto de cumplirse.

—Busco a una joven decidida —empezó él a enumerar—, que no tenga miedo a los viajes ni a las costumbres extranjeras, dispuesta a abandonar la ciudad y a su familia en muy breve plazo de tiempo y quizá para no verlos más, que no le importe permanecer largos periodos en Bombay sin la presencia de su esposo, y que sea poco enamoradiza.

Milady, al fin, pudo sacudir la cabeza.

—Ha dicho casarse, ¿verdad?

Lennox era consciente de que la propuesta las cogería de improviso.

—He pensado en su hija —aguardó una reacción que se tradujo en los ojos ojipláticos de ambas damas—. ¿Cuánto me costaría?

Al fin, *lady* Rubens se superpuso e intentó ocultar la enorme agitación, el desbordado júbilo, haciéndose la ofendida.

—Milord, ¡esa forma de hablar es altamente ofensiva!

Darrell alzó una ceja. No tenía tiempo para convencionalismos. Si aquella muchacha no era la adecuada, tenía una larga lista donde probar, aunque fuera engorrosamente incómodo.

—Quizá me haya equivocado al pensar…

Milady no tardó en reaccionar.

—No menos de diez mil libras esterlinas.

A Darrell le agradó que por fin hablaran en serio. Miró a la vizcondesa. Conocía detalladamente su estado financiero. Su abogado se había encargado de hacer un exhaustivo informe de las cuentas de cuantas damas estaban en su lista. Posiblemente, las echaran de aquella casa en breve, pues estaba embargada. Posiblemente, tuvieran que acudir a la caridad de los familiares para poder sobrevivir. Pero conocía el carácter despiadado de *milady*, a quien su afilada lengua había granjeado muchas

enemistades, por lo que no lo tendrían fácil. Podría regatear, sin embargo, le pareció un buen precio.

Miró entonces a la muchacha. Seguramente, la habría visto en otras ocasiones, pero no la recordaba. Parecía agradable, aunque anodina. Lo observaba con cara de sorpresa y cierto aire desencajado.

—Y la joven está dispuesta a…

—Yo no quiero ir a la India —respondió la muchacha antes de que terminara.

Pero *milady* no iba a dejar pasar aquella oportunidad. Una oportunidad única que lo resolvía todo de un plumazo.

—Por supuesto. —Se levantó para tomar al duque del brazo y obligarlo a sentarse—. Rosemary es una apasionada de todo lo exótico.

Era evidente que no era así, y necesitaba estar seguro de que la muchacha aguantaría los inconvenientes, porque no quería convertirse en la sombra de una esposa achacosa.

—Será un viaje largo e incómodo —advirtió.

Pero *lady* Rubens ya estaba en otra cosa.

—¿Cómo serían pagaderas esas diez mil libras?

Rosemary tiró la labor al suelo.

—Mamá, ¡yo no quiero…!

—Tú quieres y lo harás. —La encantadora *milady* se acababa de convertir en una fiera. Aunque inmediatamente volvió a esbozar una sonrisa dulcísima para dirigirse a su invitado—. Milord, no le hemos ofrecido nada. ¿Un té, quizá?

Lo que venía a decir estaba dicho. Darrell se puso de pie, recolocándose el frac.

—No puedo entretenerme, aún tengo que ver a otra candidata y después atender una cita de… negocios —les hizo una reverencia—. Mediten sobre lo que les he propuesto. Me gustaría cerrar este enojoso asunto cuanto antes.

La sonrisa de *milady* se acababa de helar en su rostro.

—¿Otra candidata?

Él asintió.

—Mis exigencias son elevadas. No quiero a una muchacha a la que haga infeliz. Prefiero que sepa a qué se expone, y lo acepte con todas las consecuencias.

Milady señaló a su hija, como si se tratara del más exquisito objeto.

—No encontrará a nadie mejor que Rosemary, se lo aseguro. ¿Quién es esa otra candidata?

Darrell empezaba sentirse incómodo.

—Sería poco delicado desvelarlo.

—Por supuesto —convino.

Aquella mujer parecía una arpía, pero si su hija estaba de acuerdo, y aceptaba un viaje tan largo e incómodo, no volverían a verla nunca más.

—*Miladies*. —De nuevo se inclinó—. No las entretengo más, pues ya me han dicho que deben marcharse. Solo quería exponerles mis intenciones.

—Acabo de recordar que el compromiso era para mañana. —Risa fingida—. ¡Qué cabeza la mía! Quizá quiera charlar a solas con Rosemary. La modista me espera en mis habitaciones.

Darrell carraspeó.

—No es necesario. Si aceptan y decido que es la mejor candidatura, apenas tendremos que tratarnos más allá del… acto reproductivo. De hecho, valoro enormemente la discreción y el silencio.

De nuevo, la sonrisa y la desenvoltura volvieron al rostro de *lady* Rubens.

—No hay nadie más discreta y silenciosa que Rosemary.

—Yo no quiero ir a la India —la muchacha empezó a lloriquear—. Está llena de mosquitos. Tammy Patterson me dijo…

La mirada que le lanzó su madre borró cualquier rastro de queja de su rostro. Cuando *milady* se dirigió a Lennox, era de nuevo la imagen de la cordialidad.

—Los nervios, milord, le han desatado la lengua. —Parecía encantada consigo misma—. Creo que es la primera vez que la oigo articular dos palabras seguidas desde que nació. Pensábamos que no tenía voz.

Darrell esbozó una sonrisa que no siguieron sus ojos. O se largaba, o se arrepentiría de haber ido hasta allí.

—Esperemos que se cure pronto. —Una tercera reverencia—. Mis respetos.

Sin esperar respuesta, salió por la puerta, dejando a las dos

damas. A la madre emocionada, y a la hija disgustada.

—¡Serás duquesa y recuperaremos nuestra posición! Esto es un regalo del cielo.

Pero la muchacha estaba lejos de sentir la emoción de su progenitora.

—No pienso ir a la India.

—No solo irás —le advirtió—, sino que te convertirás al hinduismo si es necesario. Y no quiero oírte rechistar.

—Pero mamá…

—Y, ahora, vístete —le ordenó, censurando que se hubiera manchado uno de los pocos vestidos sin remiendos que le quedaban—. Debemos enterarnos de con quién se entrevistará milord. Es necesario que todas ellas sean inadecuadas para que te elija a ti.

La muchacha lloriqueó una vez más.

—Pero, mamá, la India está al otro lado del mundo. Si me voy, tú y yo no volveremos a vernos. Nunca más.

Su madre apenas pudo contener el gesto de satisfacción.

—Sacrificios, hija mía, sacrificios.

Capítulo 13
Una goleta y una dama

—Señora Smith, ¿mi padre ha mandado alguna nota?

El ama de llaves ya estaba acostumbrada a que sus extravagantes señoras le requirieran tareas propias de un mayordomo. Le extrañó que doña Leonor llevara puesto un abrigo tan poco refinado, de paño corriente y un tono pardo muy poco favorecedor. Sobre todo, porque, habitualmente, usaba colores que, a su parecer, eran demasiado brillantes.

—No, *milady*. No tenemos noticias del señor.

Leonor se ajustó los guantes. Estaba nerviosa, algo muy extraño en ella.

—Quería pedirle que me acompañara.

La señora Smith disimuló un gesto contrariado. Desde los tiempos en que doña María vivía en la casa, no era requerida para esos particulares menesteres, tan alejados de sus funciones.

—Mi obligación es que la casa esté atendida, ya que el señor podría presentarse en cualquier momento —se excusó—. ¿Quiere que avise a su nueva doncella?

Leonor lo dudó un instante. La joven que la atendía era amable y callada, pero un tanto asustadiza. Podría convertirse en un inconveniente más que otra cosa.

—No se lo pediría si no fuera absolutamente necesario —le imploró—. Dudo que la entretenga más de un ahora, y buscaré la manera de recompensarla.

La señora Smith no podía negarse. Sentía por aquellas jóvenes un cariño casi reverencial, a pesar de que doña Leonor podía sacarla de sus casillas con facilidad. Aquel inconveniente le partiría la mañana en dos. Rogaba porque el señor no se presentara a la hora del almuerzo, porque aún era ella quien indicaba al mayordomo las

particulares necesidades de don Íñigo.

—Por supuesto, *milady* —esbozó una sonrisa un tanto rígida, y la acompañó a la calle, esperando que no tuviera que arrepentirse.

Nada más salir, le extrañó que el carruaje no estuviera preparado. Lo habitual era que la señora lo indicara con tiempo al servicio para que los lacayos enjaezaran los caballos y lo tuvieran todo listo. Tendría que hablar seriamente con el encargado de las caballerizas. Iba a volverse cuando Leonor le puso una mano sobre el hombro.

—Tomaremos un coche de alquiler.

La señora Smith la miró sobrecogida.

¿Toda una dama, emparentada con la Casa Real e hija de un Grande de España, en un coche de servicio? Notó cómo le palidecían las mejillas.

—Eso es muy inconveniente, señora.

Leonor sonrió, y a ella se le heló la sangre en las venas.

—Por eso disimularemos que somos viejas amigas que vamos de paseo.

Cuando su señora se colgó de su brazo, como si se tratara de dos fruteras que van a recoger manzanas al campo, se sintió desfallecer. Pero conocía a las Mendoza y, si bien nunca dejaban de sorprenderla, debía convenir que era un proceder propio de ellas.

De aquella manera tan inconveniente, recorrieron la calle principal y giraron hacia una de las secundarias, donde pasaban desapercibidas.

Cuando doña Leonor se llevó dos dedos a la boca y soltó un silbido para que un cochero se detuviera, la señora Smith supo que ya no le quedaba nada que ver en este mundo y que estaba preparada incluso para que el país fuera invadido por los galeses.

El carruaje era incómodo y estaba sucio, y el ama de llaves se sentó con sumo cuidado, sin poder evitar arrugar la nariz.

—Al puerto —ordenó su señora.

Y fue como si hubiera dicho «al Infierno», porque una dama nunca, jamás, debía ir a un lugar tan inadecuado a no ser que su esposo marchara a la guerra.

—Señora, no quiero parecer indiscreta, pero me inquieta que…

—No se preocupe. —Le golpeó la rodilla—. Usted se quedará en el carruaje mientras yo ultimo algunos negocios.

¿Qué negocios podía necesitar ultimar una dama en un lugar donde solo había personas indeseables y pecadores? Pero no le correspondía a ella cuestionarlo. Velaría por su señora e intentaría que no le diera un síncope. Con esas dos cosas, ya tenía suficiente.

El carruaje las llevó por calles infectas, rebosantes de personas de gesto ceñudo, hasta salir muy cerca del bancal del puerto.

Doña Leonor había sacado la cabeza por la ventanilla ante las constantes quejas del ama de llaves, que veía en ese gesto algo casi demoníaco y muy impropio de una dama.

—Os tengo que dejar aquí, guapas —dijo el cochero, que se había hecho una idea equivocada de qué tipo de mujeres iban a un lugar como aquel—. Debéis continuar caminando.

La señora Smith se llevó una mano al pecho e iba a protestar cuando fue Leonor quien contestó.

—Dos chelines si nos acerca hasta aquella goleta, la que tiene el gallardete verde. Y dos más si aguarda hasta que yo regrese.

El hombre la miró ceñudo, pero cuando vio aparecer las monedas entre los dedos de la hermosa mujer, arreó los caballos y aceptó el trato.

—Volveré enseguida —tranquilizó al ama de llaves, que estaba tan lívida que podría desmayarse en cualquier momento.

—Señora, tenga mucho cuidado. Aquí solo hay maleantes.

Ella asintió. Mentiría si dijera que no estaba asustada, pero era necesario hacer grandes sacrificios.

—No debe preocuparse. Enseguida volveremos a casa.

Cuando su pie tocó el suelo de arena pegajosa, supo que no había marcha atrás.

La goleta de lord Lennox era un barco espectacular, que destacaba entre las embarcaciones de los alrededores. Era la única que lucía una bandera del color de sus ojos, así que no podía haberse equivocado.

Tragó saliva antes de atreverse a subir por la estrecha rampa hasta la cubierta, donde varios hombres descamisados trabajaban atando cuerdas o limpiando la aceitosa superficie de madera.

Uno de ellos, con las cejas fruncidas, fue hacia ella. Sabía que las mujeres de mal vivir hacían precisamente aquello, arribar a los barcos anclados para ofrecer sus servicios, así que decidió sacarlo de dudas antes de verse envuelta en un problema.

Cuando se deshizo del abrigo y lo dejó sobre un tonel, el marinero se detuvo en seco y parpadeó varias veces.

Aquella beldad no podía ser una prostituta, y si lo era, debía tratarse de la reina de todas ellas.

Leonor había elegido un vestido azul intenso en seda muy ligera. Era una de las prendas que nunca se había puesto y que había seleccionado porque el escote era lo suficientemente bajo como para ser adecuado a su cometido. Mangas breves y un broche de oro, a juego con los pendientes, en el centro del escote, llevando la atención a aquella parte tan deliciosa de su anatomía. Solo se había adornado con un brazalete del mismo metal, pues el cabello había decidido recogerlo a medias, dejando su tupida y ondulada melena suelta a la espalda.

El resultado era el que había buscado: sensual y salvaje. El adecuado para que un hombre como lord Lennox no pudiera resistirse.

—¿La señora busca a su gracia? —le preguntó el marinero, que había cambiado la expresión de mal humor por una de total sumisión.

—Me espera, sí.

El hombre le hizo una torpe reverencia y le indicó que lo siguiera.

Toda la experiencia náutica de Leonor había sido el largo viaje desde Santander hasta Dover, y apenas había podido salir del camarote, ya que el aya encargada de su cuidado cuidaba férreamente de su reputación.

Mientras atravesaba la cubierta, se preguntó cómo sería adentrarse en los mares más remotos, enfrentarse a las enormes olas y al viento huracanado con absoluta libertad, entregada a la aventura.

El viejo lobo de mar le indicó que aguardara mientras avisaba a su señor. Leonor sentía las miradas de aquellos hombres clavadas en ella, miradas lascivas donde casi se masticaba el deseo.

Tomó aire, casi como un pez fuera del agua, como le había enseñado su hermana, para calmarse.

Si todo salía bien, cuando volviera al carruaje, ya no sería la misma. Habría perdido lo que para los hombres suponía la medida del valor de una mujer, pero ese sacrificio la haría salir airosa en la

contienda con su marido.

Tragó saliva. Sería solo un momento. Terrible quizá, pero un instante. Rogó porque lord Lennox fuera hábil y no le hiciera daño. A cambio, él se llevaría el trofeo de su virginidad, algo que, al parecer, apreciaba enormemente el género masculino, y ella volvería a su vida de antes, a aquella odiosa esclavitud que detestaba, pero a la que no podía renunciar.

¿Sería vejatorio? ¿Humillante? Era el precio a pagar y lo sabía.

—Estaba seguro de que no vendría.

Cuando se volvió, allí estaba Lennox.

La sensación extraña que le acompañaba en su presencia también se manifestó en aquella ocasión, en forma de cosquilleo insistente que erizaba el vello de su nuca.

Estaba justo al pie de la escalerilla que descendía a lo que supuso serían los camarotes. Apoyado contra el recio marco de madera.

Iba en mangas de camisa, algo muy poco adecuado para un caballero, y la llevaba abierta, dejando ver no solo el fuerte pecho salpicado de ligero vello oscuro, sino una buena parte de su vientre.

El de Oswald, su esposo, era blanco y lampiño, un poco abultado. El de Lennox parecía firme, torneado y de un dorado muy seductor.

De nuevo, tragó saliva.

—Soy fiel a mi palabra —intentó que sonara altanero, pero todo su miedo regurgitó en cada palabra.

Él la miró de arriba abajo, muy lentamente, tomándose su tiempo para saborearla, y levantando en Leonor otra oleada de deliciosa incomodidad. ¿Qué estaría pensando de ella? Porque era evidente que la estaba juzgando. Que era una mujer fácil y disoluta, seguramente. Infiel por naturaleza. Alguien a quien usar y abandonar.

Cuando la mirada de Darrell llegó de nuevo a sus ojos, tras pararse más de lo debido en sus carnosos labios, habló con voz ronca.

—Baje conmigo. Lo que vamos a hacer le va a gustar.

Capítulo 14
Una decisión poco conveniente

Cuando lord Torlundy escuchó la nueva orden que don Íñigo daba a su cochero, una vez abandonado el palacio del arzobispo, supo que aquella decisión era errónea.

—¿Sin audiencia previa? —le preguntó a su suegro.

—Es un privilegio de la grandeza acceder a los aposentos reales sin ser anunciados.

Ralf lo sabía. Aparte de tener el mismo tratamiento y precedencia que los pares del Reino en Gran Bretaña, por el mero hecho de ser Grande de España, su suegro podía campear a gusto por la residencia real, accediendo incluso a las estancias más privadas de la monarquía. Era su derecho, era su privilegio. Pero algo bien distinto era que esa prerrogativa ancestral fuera del gusto de la Reina, que arrastraba férreas costumbres alemanas.

—Su Majestad tiene un carácter explosivo —intentó convencerlo—. Si se siente desairada o insultada, se pondrá en nuestra contra, y entonces estará todo perdido.

Don Íñigo golpeó el techo de la berlina con su bastón, para que el cochero azuzara los caballos. Ya no llegaría al almuerzo, que seguramente tendría dispuesto su eficiente señora Smith. Encargaría cualquier cosa a una fonda del camino, pues Windsor, donde la Reina estaba pasando esos días, quedaba a treinta millas.

—Déjeme a mí —lo tranquilizó—. Antes de la… indisposición de su marido —en callada referencia a su locura—, teníamos una relación excelente. Dudo que el tiempo la haya afectado.

—Tomasteis un tibio partido por ella ante el Príncipe Regente, milord.

Lo que para la Reina era entendido como un insulto a su autoridad.

El marqués le quitó importancia con un aleteo de su mano.

—Pamplinas. Carlota es una mujer cabal, y sabrá de qué parte está la razón.

Ralf no quiso contradecirlo, aunque albergaba serias dudas de que aquella visita trajera algo más que calamidades.

El resto del trayecto fue amenizado por una conversación sobre los nuevos proyectos arquitectónicos que el Príncipe había ideado para la capital, y que tenían tantos defensores como detractores.

Solo se detuvieron para refrescar los caballos, que estaban agotados, y tomar un trozo de empanada al pie del camino.

Estaba ya entrada la tarde cuando los caballos se detenían en el Cuadrángulo, dejando atrás la Torre de Eduardo III.

Los protocolos de acceso a los sitios reales estaban perfectamente definidos, y a ellos se les había permitido llegar tan cerca de la residencia porque el escudo de armas que lucía la portezuela del carruaje era como un salvoconducto que todos conocían y respetaban. Incluso la guardia, que permanecía firme, pero atenta a sus movimientos.

Un lacayo estuvo presto a atenderles, aunque el marqués lo despidió de inmediato, asegurando que no necesitaba su asistencia. Sin más, se dirigió a los apartamentos privados, que se alzaban en el ala este, cerrando uno de los lados del inmenso patio central.

Ralf lo seguía con cierta resignación. A pesar de ser consciente de la valía de su suegro, a veces perdía la razón con aquella defensa a ultranza de sus hijas, sobre todo, cuando contravenía ciertas normas no escritas, pero que en Inglaterra eran sagradas.

Un chambelán acudió a su encuentro, reconociendo de inmediato las prerrogativas del caballero que tenía ante sí por el toisón que lucía alrededor del cuello.

—¿A quién debo anunciar?

—Al marqués de las Eras —le contestó don Íñigo, imperioso, como debía hacerse cuando era necesario poner en valor la Grandeza.

El sirviente parpadeó varias veces, pues Carlota era especialmente puntillosa si se la molestaba tras el almuerzo.

—En este instante, la Reina descansa en la salita privada, milord. Quizá quiera regresar en otro momento.

—Es urgente —casi le ordenó, empezando a caminar hacia

delante—. Su Majestad sabrá agradecérselo.

El hombre parecía confundido, pero era consciente de que no podía negarse, y así se lo indicó con un gesto a la guardia, que no perdía detalles de la conversación. De esa forma un tanto titubeante, abrió camino a través del Salón de San Jorge, hasta una estancia acogedora, donde reposaban tranquilamente la Reina y sus damas.

Ralf confirmó su impresión de que aquello había sido una pésima idea en cuanto vio el rostro de Carlota.

Su Majestad era de carácter agrio, «alemán» decían algunos, y ser asaltada en sus horas de descanso, aunque las antiguas costumbres españolas lo permitieran, para ella era inadmisible.

Estaba más ajada desde la última vez que se vieron, aunque seguía llevando aquel estilo anticuado que solo se veía en la Corte.

Las damas a su alrededor los miraban con cierta crispación, pues la hora del descanso era sagrada para todas.

Torlundy se parapetó discretamente detrás de su suegro y articuló una profunda reverencia, a la espera de que Su Majestad les permitiera incorporarse.

El permiso se hizo esperar, una muestra más de que aquella visita inconveniente era un error. Y solo cuando empezaban a dolerle los riñones, se escuchó la voz grave de Su Majestad.

—De las Eras, si mal no recuerdo.

Cuando el marqués se alzó, Carlota lo miraba a través de un monóculo, visiblemente molesta.

—No podía esperar a arrojarme a los pies de Su Majestad.

Ella alzó una ceja.

—¿Qué quiere? —Todos sabían que Carlota no se andaba por las ramas.

—Presentarle mis respetos y…

—No estoy de humor —advirtió la Reina.

Don Íñigo era consciente de que se lo jugaba todo a una carta. Lord Newry había sido lo suficientemente hábil como para adelantarse a su juego, informando al arzobispo de sus intenciones. Por encima de aquella dignidad, solo estaba la Reina, y dudaba de que su retorcido yerno se hubiera atrevido a tanto, sobre todo, porque las relaciones familiares eran delicadas. También podía haber recurrido al Príncipe Regente, por supuesto, pero era menos

manejable que su madre, y mucho más peligroso.

Decidió ser cuidadoso en cada paso.

—Si Su Majestad me permite, no quiero andarme con rodeos.

Ella bajó el monóculo.

—Se lo exijo.

Don Íñigo miró a su yerno para tranquilizarlo, porque la sensación que le asaltaba era muy parecida a la que debía sentir una gacela cuando era rodeada por un grupo de leonas. Tosió y al fin se decidió a jugar.

—Estoy enormemente preocupado por el desarrollo del Baile Real.

Carlota alzó de nuevo una ceja.

—¿Qué puede preocuparle sobre un asunto que no le concierne?

Torlundy tiró discretamente de las patas del frac de su suegro para que retrocediera, pidiera disculpas y se marcharan de allí. Pero don Íñigo no le prestó atención.

—¡El escándalo! —dijo con enorme gravedad.

Las damas de compañía, que hasta ese instante habían seguido con sus labores de lectura y costura, aparentando que no escuchaban la conversación, alzaron la mirada helada hacia el marqués, a la vez que sus dedos se detenían en el aire.

La Reina se incorporó ligeramente.

—Se adentra en terreno peligroso, marqués —le advirtió—. Ni sus títulos pueden librarle de mi ira si pretende insultarme.

Él hizo una reverencia, permaneciendo inclinado.

—Eso es precisamente lo que vengo a reparar, Majestad.

—Detesto los galimatías.

Don Íñigo se incorporó sin haber recibido permiso para hacerlo, lo que provocó un intercambio de miradas entre las damas y un nuevo gesto amenazador de la monarca.

—Siempre oí decir —dijo el marqués con sumo cuidado— que su suegra sentía una ternura especial por *lady* Calpurnia.

Por primera vez, un brillo curioso apareció en los ojos de la Reina. Más miradas interrogantes a su alrededor, pues todas eran conocedoras de la delicada relación de Carlota con aquella lejana prima de su esposo.

—Ambas murieron hace tiempo —le quitó importancia la Reina, aunque el fulgor de su mirada lo desmentía—, y espero que no

pretenda remontarse a tantos años atrás, porque ordenaré que le echen.

Don Íñigo esbozó una sonrisa de corrección.

—El sobrino nieto de Calpurnia, lord Newry, está casado con mi hija.

Torlundy volvió a tirarle del frac. Se estaba adentrando en terrenos extremadamente peligrosos, porque el nombre de aquella dama, Calpurnia, estaba proscrito delante de Su Majestad desde hacía décadas.

—Supongo que habré sido informada de ese matrimonio en algún momento —disimuló Su Majestad—. ¿Y qué tiene eso que ver con mi baile?

El marqués dio un paso adelante y bajó la voz, cargando su gesto de teatralidad.

—Con su honor, más bien, *Mi Señora* —expresó su tratamiento en español para acentuar el dramatismo—. Porque mi malvado yerno pretende anunciar en fecha próxima que repudiará a mi Leonor y, como comprenderá, será la comidilla de Londres, no se hablará de otra cosa —se encogió de hombros—. Posiblemente, eclipse los fastos de la fiesta que pretende dar Su Majestad.

El golpe se notó en el gesto de contrariedad que iluminó el rostro de la Reina por unos instantes, pero ella era demasiado avispada como para permitir que se vieran sus debilidades.

—¿Viene hasta aquí y me molesta con naderías? —Se recostó en la silla dorada—. Porque le aseguro que ese asunto me es indiferente.

—Y al final —aún más cautela en la voz de don Íñigo—, *lady* Calpurnia se habrá salido con la suya desde el Más Allá.

Las damas contuvieron la respiración, a la espera de que la Reina estallara de un momento a otro. Aquel caballero había ido demasiado lejos. Demasiado.

Toda la Corte sabía que cuando Carlota llegó a Londres, ya como reina consorte, la sobrina favorita de sus difuntos suegros, Calpurnia, le hizo la vida imposible. Se burlaba de sus costumbres alemanas, de su acento, de su ropa, de sus preferencias culinarias, y lo hacía a la vista de todos, sin ocultarse, pues contaba con la protección de su suegra.

La cesión de Bray House años antes había puesto a Calpurnia

por encima de ella en el orden moral de la etiqueta cortesana, pues era presentada en privado como si de una emperatriz se tratara. La sobrina favorita de sus suegros falleció dos días antes de que Jorge III se decidiera a recuperar la antigua finca real. Eso habría hecho caer en desgracia a Calpurnia y la Reina hubiera podido vengar todas sus afrentas. Morirse así, tan de repente, no solo fue de muy mal gusto, sino que se entendió como un golpe maestro de la audacia, pues Jorge no se atrevió a firmar el decreto de recusación sobre una difunta.

Desde entonces, la Reina había sabido guardar las apariencias con los descendientes de la dama, y estos se habían sabido mantener a suficiente distancia de su enojo. Pero que su nieto arruinara un evento tan particular como su baile…

Carlota intentó que sus emociones no se reflejaran en su rostro, y se apoyó laxamente sobre un codo.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo esto?

Pero don Íñigo era consciente de que había acertado en la dignidad de la monarca, y de que solo era necesario apretar un poco más.

—Le garantizo, Majestad —aseguró—, que los argumentos que esgrime lord Newry contra mi hija son absolutamente falsos —esbozó una sonrisa encantadora—. Si durante el baile Su Majestad expresa públicamente de qué parte está, no habrá dudas de quién ha salido victoriosa.

Aunque intentó reprimirla, la sonrisa de satisfacción afloró en los labios de Carlota, ya que todos en la Corte leerían su triunfo sobre la difunta adversaria.

—Es usted muy retorcido.

Don Íñigo aceptó el cumplido.

—Gracias, Majestad.

La Reina suspiró, y se arregló el vuelo del vestido que caía alrededor.

—Solo hay un defecto en su planteamiento —dijo sin mirarlo.

—Alúmbreme.

Y, entonces, clavó sus oscuros ojos en él.

—Que su hija fuera culpable de lo que se le acusa, porque, en ese caso, su caída me arrastraría con ella.

Don Íñigo tragó saliva. Si su plan no funcionaba y Newry se salía

con la suya, sería una desgracia. Hizo una nueva reverencia.

—Mi nombre y mi estirpe están en juego, Señora.

—Me importan un bledo.

Tratar con Carlota no era fácil.

—Y mi palabra. —La miró a los ojos directamente, algo del todo prohibido por la etiqueta—. Aparte de quienes encuentren excitante ver humillado al enemigo.

Cuando vio el brillo que allí lucía, supo que la Reina había picado el anzuelo y estaba dispuesta a arriesgarse si con ello alcanzaba una victoria sobre una rival a la que ya poco le importaba perder.

—Lo pensaré —dijo Su Majestad, perdiendo todo el interés en ellos—. Ahora, retírense, esta visita es de lo más inoportuna.

El chambelán acudió presto a acompañarlos y ellos empezaron a realizar las tres genuflexiones que marcaba la etiqueta como norma para abandonar la presencia real, alejándose de la monarca.

Cuando ya estaban cerca de la puerta de salida, la Reina volvió a llamarlo.

—Mendoza.

Él alzó la cabeza.

—Majestad.

La voz de Carlota sonó helada.

—Si decido apoyarles y su hija es culpable de alguna infamia —hizo una pausa para que no quedaran dudas de que aquello era una amenaza en toda regla—, toda mi ira caerá sobre su cabeza y la de sus descendientes.

Torlundy sintió una especie de cosquilleo en el cuello, como si una hoja afilada lo acabara de rebanar. Don Íñigo tragó saliva una vez más, porque era sabedor de la memoria que tenía Carlota para el rencor.

—Señora.

Hizo una nueva genuflexión, y abandonó la presencia real.

Capítulo 15
Una virtud en peligro

Leonor era consciente de que mantener contacto íntimo con un hombre que no fuera su marido era una enorme infamia y un pecado atroz, y esa idea no salía de su cabeza.

Solo tendría aquella oportunidad de estar a solas con el duque, y estaba convencida de que le sería fácil seducirlo. Un hombre como aquel sabría captar las señales y no desaprovecharía la opción de hacer suya a una mujer. Lo que le preocupaba era que, llegado el momento, ella fuera incapaz de soportarlo. Cerró un instante los ojos, tomó aire y decidió girarse para encarar el rostro de milord.

—Póngase cómoda —dijo él, que la había estado observando mientras servía lo que parecía un licor dorado en una copa de peltre.

Leonor miró alrededor mientras intentaba controlar el movimiento de sus manos para que aquel hombre no se diera cuenta de lo alterada que se encontraba.

Con su marido, todo había sido un desastre. Oswald se colocaba encima de ella, con los camisones puestos y arremangados hasta las caderas, y empezaba aquel movimiento que no llegaba a nada, pues la virilidad de su esposo parecía excesivamente recogida. Ella había intentado ayudarlo al principio, tal y como le explicara María, toqueteando con cierta repugnancia aquella carne flácida y arrugada para acercarla a su sexo, pero el efecto había sido el contrario. Newry se exasperaba y perdía el interés. Otras veces, se había puesto los seductores camisones que le mandaba su hermana desde Londres, pero tampoco conseguían efecto alguno en milord. Cada una de aquellas infructuosas noches terminaba siendo reprendida, o porque era demasiado arrojada, o porque se movía en exceso, o porque lo había mirado directamente a los ojos.

No, no era un mal hombre, pero no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo.

Supuso que todos los caballeros tendrían aquel apéndice rugoso y flácido, bastante feo, y se preguntaba cómo harían para depositar la semilla en su interior. Había leído libros y sabía cómo se llevaba a cabo, por supuesto. Pero la práctica había sido del todo decepcionante.

Rogó porque en aquella ocasión la rugosa verga de lord Lennox se supiera mantener dentro de ella el tiempo justo como para hacer desaparecer su virginidad.

Suspiró una vez más, sonrió y se apartó el cabello que le caía sobre un hombro.

—Ya estoy cómoda —dijo con aparente desenfado—. Y me gusta su barco.

El camarote era una estancia amplia, de madera clara y todas las comodidades necesarias. Incluso había una cama deshecha, de sábanas arrugadas, que intentó no mirar. Cuando la tomara, seguramente lo haría sobre ella, y estaba convencida de que el olor a jabón y a sudor le provocarían arcadas en adelante.

—¿*Whisky*? —Darrell le señaló la botella.

Leonor decidió empezar su interpretación. Se bajó ligeramente el escote, para que la canal que separaba sus generosos pechos fuera evidente y, contoneando las caderas, como había espiado a algunas mujeres de Petticoat Lane, avanzó un par de pasos hacia el duque.

—¿Le ofrece esa bebida a las damas que vienen a verle?

Él alzó una ceja, y la miró de arriba abajo. En sus ojos apareció un brillo que provocó en ella aquel extraño escalofrío que la atenazaba solo cuando estaba ante su presencia.

—Ninguna dama lo hace —contestó Darrell—. Venir hasta aquí, por lo que he supuesto que si usted ha aceptado…

Le molestó tanto como si le acabara de dar una bofetada, pero para eso había tomado aquella drástica decisión. Un paso más, un doloroso sacrificio, y saldría victoriosa.

—Si he aceptado —se humedeció los labios lentamente—, es porque no soy una dama.

Darrell volvió a observarla con cierta extrañeza. Era evidente que aquella mujer no se parecía a nadie que hubiera conocido antes. Intentó catalogarla, pero no encontró la manera de hacerlo.

—Más bien —contestó—, porque se trata de una dama muy especial.

Leonor llegó a la conclusión de que aquello estaba siendo mucho más difícil de lo que había esperado. Se suponía que en cuanto se insinuara, él la arrojaría sobre la cama y la haría suya. Pero el duque mostraba signos de estar sorprendido, lo que no vaticinaba nada bueno.

Decidió dar un paso más allá. Se subió ligeramente el vestido, mostrando descaradamente los tobillos enfundados en medias de un tono más claro. Puso como excusa que debía subir un breve escalón para llegar a donde estaba Lennox. Aquello no le pasó a Darrell desapercibido, y sus ojos fueron hacia aquel exquisito pie, y hacia la pantorrilla expuesta.

Leonor se tranquilizó ante el avance. Aquel debía ser el camino de la seducción. Así que entonó una voz cálida y gutural, un tanto aniñada.

—Me prometió enseñarme ciertos… objetos orientales.

Él volvió admirarla de arriba abajo, y esta vez sus labios jugosos se arquearon en una sonrisa.

—Así es, pero ya que está aquí, me inclino porque hagamos algo más constructivo.

Ya estaba hecho. En cuanto se acercara, cerraría los ojos y lo dejaría hacer. Unos minutos de sacrificio y la seguridad para el resto de su vida. ¿Le dolería? Había leído que así era, aunque no lograba adivinar cómo una carne tan tierna podía dañar a nadie.

—No se me ocurre qué puede ser —murmuró para animarlo a proceder.

Él se acercó peligrosamente. Su presencia era impactante. Le sacaba una cabeza, y aquel aroma a cedro y romero la subyugaba. Cerró los ojos y tragó saliva. Rogó porque fuera delicado…

Pero pasaron los segundos y no sucedió nada. Cuando los abrió de nuevo, Darrell estaba a un par de metros, pues la había sobrepasado. Lo encontró inclinado sobre una mesa donde había un gran documento extendido.

—Cartas náuticas —dijo él, señalando lo que tenía entre manos.

Leonor tuvo que parpadear.

—¿Cómo?

Él empezó a buscar con el dedo sobre el recio papel. Verlo así,

volcado, con la frente fruncida, le hizo llegar a la conclusión de que era el hombre más atractivo que jamás había visto. Sintió un intenso calor en la parte baja del vientre. Algo extraño y desconocido…, a menos que estuviera a solas en la hora del baño. Eso la desconcertó aún más.

Avanzó hasta ponerse a su lado, siguiendo el recorrido del largo y grueso dedo.

—Esto es Goa —le dijo Darrell—, en la costa occidental de la India.

Leonor se inclinó. Era apenas una señal rojiza sobre una serie de líneas.

—¿Cómo está de lejos?

Él lo pensó un momento, para poder explicárselo de una manera precisa.

—Unas diez veces más lejos que el viaje que emprendió desde España para llegar a Londres.

Leonor se asombró, y así lo expresaron sus ojos. Aquel brillo no pasó desapercibido a Lennox, que sintió un cosquilleo ya casi olvidado atravesando su espalda.

—¿Puede ser tan grande el mundo? —preguntó, asombrada, sin poder apartar los ojos de la carta.

Algo lo animó a contarle sus planes. Ni siquiera podía hablar de aquello con sus amigos, demasiado apegados a sus cómodas vidas británicas. Que fuera una mujer quien se interesaba era del todo sorprendente.

—Desde aquí —posó su dedo sobre la costera ciudad india—, pretendo organizar una caravana hasta Indore, Jaipur y Cachemira.

Ella siguió el trazo de cerca, olvidándose de que debía parecer seductora. Su mirada inteligente, afilada, intentaba leer los trazos, descifrar el significado de las señales y las líneas.

—Necesitará caballos, o quizá camellos, y muchos hombres.

—He vivido algunos años en Bombay. —Marcó otro punto del mapa—. Será fácil conseguirlos.

Leonor seguía subyugada por aquella carta. Se llevó una mano a la boca y sus delicados dedos empezaron a trazar el mismo recorrido que hacía un instante había perfilado Darrell. Él no podía dejar de observarla, ensimismada, absolutamente hermosa. Había algo en aquella mujer que no había visto antes. Fue consciente

desde el principio, desde el instante en que la vislumbró en casa de su madre. Quizá la manera de moverse, o el descaro con que lo afrontaba todo, o una inocencia que hacía que pareciera arriesgada, pero que no era más que enorme curiosidad. Ella se inclinó un poco más sobre la carta.

—Las provisiones pueden ser un problema, y tendrá que atravesar un desierto. —Cuando de nuevo lo miró a los ojos, él tuvo que tragar saliva—. Es… fascinante.

—Usted también.

No había querido decirlo. Pensarlo sí, por supuesto. Pero no verbalizarlo. Aquella mujer era todo un reto, un reto prohibido que se presentaba en el momento más inoportuno de su vida.

Leonor tragó saliva cuando se enfrentó a aquella manera de mirarla. Nunca antes nadie lo había hecho así, ni había provocado aquel cosquilleo en su piel. Notó que la mano le temblaba sobre el papel, así que la apartó y la llevó tras el vestido.

—¿Y cuándo volverá? —dijo para escapar de aquel trance.

—Mi intención es no hacerlo.

Debía concentrarse en lo que la había llevado allí. Era el caballero perfecto: mujeriego, arriesgado… y nunca más se cruzaría en su vida. Y aquella era la única oportunidad que tendría. Debía aprovecharla o caer en la desgracia.

—Echará de menos… —Intentó parecer seductora— a una mujer.

Darrell la evaluó, con la cabeza inclinada, mientras se preguntaba por qué le atraía tanto Leonor.

—Pretendo llevarme una esposa.

—Ignoraba que estuviera prometido. —¿Cómo no se le había ocurrido preguntarlo?

—No lo estoy —le guiñó un ojo—. Espero resolverlo en un par de días.

Por algún motivo, a Leonor aquella declaración le había sentado mal.

—¿Le interesa alguna dama?

—Sí, pero he llegado tarde —lo dijo con las pupilas clavadas en las suyas—. Me conformo con una que hable poco y no proteste.

La forma de mirarla la turbaba. No recordaba haber sentido un sofoco parecido, una sensación húmeda y picante que le sobrevenía

a oleadas. Consiguió concentrarse de nuevo.

—¿Pretende llevar a una mujer en ese viaje?

—Ella se quedaría en Bombay, por supuesto.

—Arrastrarla al otro lado del mundo —pareció escandalizarse—, y abandonarla en una ciudad que no conoce es cruel.

Darrell se encogió de hombros.

—A usted le gustaría esa ciudad.

Los ojos de Leonor se abrieron de par en par, como si acabara de insultarla. ¿Cómo podía alguien tener unos ojos tan verdes y seductores?

—Yo le clavaría una daga si no me dejara acompañarle a Cachemira —se quejó—. Hay tanto que ver, tanto que descubrir.

Leonor se había vuelto hacia el mapa, perdiéndose de nuevo entre las líneas difusas. Darrell estaba impactado. Nunca hubiera pensado que un viaje así pudiera interesarle a una mujer. Y menos a una belleza como aquella.

—Si alguien la escuchara, diría que es usted una dama inconveniente —le titubeó la voz.

—Quizá ni usted ni yo encajemos en esta sociedad.

Ella mantuvo la vista puesta en la carta un poco más. Cuando lo miró, alzando lateralmente la cabeza, el corazón de Lennox se detuvo, como si hubiera sido asaeteado por una flecha.

—Quiero besarla.

Cada letra pronunciada por aquel caballero recorrió y arañó la piel de su espalda, desatando un delicioso cosquilleo. ¿Qué era aquello? ¿Qué le estaba sucediendo? Pero debía concentrarse, porque precisamente estaba allí para perderse, y ya decían los libros que la perdición comenzaba con un beso.

—Hágalo —lo retó.

Darrell avanzó un paso, hasta colocarse extremadamente cerca. La respiración de ambos se fundía alrededor, y un extraño efecto óptico había provocado que todo en su entorno hubiera desaparecido, solo eran visibles los ojos negros del duque. Y sus carnosos labios.

—Eso la colocaría a usted en un lugar delicado. —La voz gutural, caliente.

—Algo que no debe preocuparle. —El miedo y el deseo.

Un paso más, hasta estar tan cerca que las rodillas del hombre

penetraban su vestido.

—Se ha convertido en un misterio para mí, *lady* Newry —le tomó una mano y la besó. ¿Cómo podían quemar tanto unos labios?—. Estaba convencido de que no accedería al reto de venir hasta aquí, y que saldría corriendo si me insinuaba. Era solo un juego.

Le temblaba todo y él debería estar dándose cuenta de aquel desastre.

—Pues… —titubeó— puede comprobar que no es así.

Darrell se acercó muy lentamente, como si quisiera darle la oportunidad de detenerlo hasta el último instante. Cuando sus labios entraron en contacto, cuando la suave y cálida piel de aquella boca masculina se posó sobre la suya, aquel fuego en sus entrañas empezó a expandirse, como un incendio, devorando su piel.

Fue entonces cuando sintió la humedad de su lengua abriéndose paso, indagando en su interior, acrecentando el incendio a cada lametazo.

Leonor fue consciente de que nunca antes su cuerpo había respondido así ante estímulo alguno. Oswald la había besado, por supuesto, pero le había parecido algo un tanto repugnante y bastante tosco. ¿Cómo era posible que un beso similar, impartido por aquella boca, la estuviera transformando en un Fénix de fuego?

Se entregó, se perdió en aquel beso, colaborando torpemente, dejando que su piel ardiera como su frente, mientras su entrepierna acogía las llamas con un furor abrasador.

El cuerpo de Darrell estaba pegado al suyo, como si quisiera penetrar en él. Los muslos fuertes y torneados del hombre adheridos a su piel. El vientre duro y plano rozando el suyo. El recio pecho jugando con lo que apenas contenía el escote. Y algo duro, generoso y desconocido, impactando contra su intimidad.

Cuando, sin previo aviso, Darrell se apartó, se separó de ella un par de metros, y la miró con una mezcla de terror y aversión, Leonor sintió que todo el embrujo se desvanecía.

—Debe marcharse —la voz del duque sonó helada.

No podía. No debía. Era necesario cumplir su plan, sacrificar su virginidad. Era absolutamente necesario seguir disfrutando de aquel infierno maravilloso.

—Tiene mi permiso para… —intentó articular.

Pero él se apartó aún más. Fue hasta la puerta del camarote y la abrió, indicándole la salida.

—Si no se marcha —le costaba trabajo expresarlo—, ambos nos arrepentiremos.

Nunca había sido tan humillada. Ni siquiera Oswald o sus insoportables amigos se habían atrevido a llegar a aquel extremo.

La pasión se convirtió en algo muy amargo, como la hiel. Pero no dijo nada.

Se recolocó la falda, apartó la mirada y salió con la cabeza alta.

Capítulo 16
Un plan arriesgado

Su cabeza no conseguía apartar la imagen de aquel mequetrefe que se había atrevido a humillarla.

¿Cómo era posible que la hubiera rechazado? Las novelas estaban repletas de advertencias de lo que sucedería irremediablemente si una mujer decente se encontraba a solas con un hombre, y ella se había encerrado en una goleta. ¿Cómo era posible que precisamente aquel, con la peor reputación de mujeriego, la hubiera echado de su camarote?

El rostro de Leonor estaba encendido, y sus cejas alzadas mientras sus ojos se movían incesantemente de un lado a otro. Hablaban de la tormenta que se desataba en su interior, tanto que la señora Smith, que había celebrado entre sollozos que al fin su señora regresara al carruaje sana y salva, no se atrevió a preguntar.

Cuando el coche de alquiler las dejó a las puertas de Chesham Manor, algo del todo inconveniente, Leonor casi se arrojó de él, sin darle tiempo al lacayo a ayudarla a descender. Tampoco prestó atención al demudado rostro del mayordomo que, desde la puerta, observaba cómo su señora y el ama de llaves acababan de descender de un carruaje indecente.

Leonor le entregó los guantes, e iba a subir a sus habitaciones cuando el sirviente la detuvo.

—*Milady*, el señor ha insistido en que se reuniera con él en cuanto llegara.

Al parecer, su padre ya estaba de regreso, aunque en ese momento era lo último que necesitaba, una conversación sobre su marido. Además, no podía presentarse ante él con aquel vestido de escote vertiginoso. Quizá no la reprendiera porque era un hombre de mente abierta, pero también un zorro listo y no le costaría

trabajo atar cabos.

Miró al ama de llaves, que parecía muy alterada por el hecho de no haber podido atender a don Íñigo. No tenía más remedio que cumplir la orden. Si perdía tiempo cambiándose, su padre también sospecharía, y sabía que cuando olfateaba una pista, no la dejaba hasta dar con la solución.

Suspiró de nuevo y emprendió el camino al gabinete.

—Un momento, *milady* —la detuvo la señora Smith.

El ama de llaves fue hasta el ropero del vestíbulo y rebuscó hasta encontrar lo que necesitaba. Cuando regresó, llevaba entre las manos un chal persa de largos flecos, que colocó artísticamente alrededor del cuello de Leonor, cubriendo en parte el despampanante escote.

—Creo que así el señor no hará tantas preguntas.

Leonor se lo agradeció con una sonrisa un tanto amarga, y fue hasta las estancias donde la aguardaban.

Don Íñigo no estaba solo. Su hermana y su cuñado lo acompañaban mientras tomaban una taza de té en un ambiente un tanto crispado que se volvió silencioso en cuanto ella entró por la puerta.

Sus ojos se cruzaron con los de María, y creyó ver por un instante el temor de que hubiera llevado a cabo su plan. La tranquilizó con una sonrisa, porque contarle lo que de verdad había sucedido era demasiado humillante. Incluso más que decirle que un sinvergüenza la había deshonrado y ella se había dejado hacer.

—Querida, habíamos acordado que llevarías una vida normal —le dijo su padre como bienvenida—. Pero pasearte sola por Londres sin estar colgada del brazo de tu marido es una inconveniencia. ¿Dónde has estado?

Leonor se sentó en la otomana, dejando caer un brazo tras el respaldo. Intentaba aparentar indiferencia, una máscara que siempre la protegía cuando su corazón o su alma estaban divididas.

—Quería hacer algunas compras —mintió—, pero no temas, la señora Smith me ha acompañado, así que mi reputación está intacta. Si me has requerido con tanta urgencia, es porque has hablado con Oswald.

Don Íñigo se puso de pie y empezó su sempiterno paseo por la sala, como cada vez que intentaba ordenar las ideas.

—Lo hemos subestimado.

Aquello significaba que no habían conseguido nada. Se sintió desilusionada. Confiaba en que su padre, a pesar de la dificultad, encontraría la forma de hacerlo ceder.

—Ya te dije que es un hombre terco.

María parecía desolada. Ralf intentaba pasar desapercibido, como cada vez que la agitada vida de los Mendoza se volvía truculenta.

Don Íñigo volvió a sentarse, inclinándose hacia Leonor. Parecía mortalmente preocupado.

—Tengo que insistirte en una pregunta delicada.

Ella volvió a mirar a su hermana. Esta le respondió con una sonrisa leve. María era una mujer formidable, aunque arrastraba el mismo defecto que todas ellas: la absoluta adhesión a una familia de fuerte carácter y un tanto arriesgada.

Llegó a la conclusión de que estaban en el terreno de las medidas desesperadas.

—Supongo que tendré que contestar.

Don Íñigo se aclaró la garganta y juntó las palmas de ambas manos. Parecía un tanto nervioso.

—¿Seguro que no has sido la responsable de que tu matrimonio…?

Por algún motivo, había sospechado que la pregunta iría por ahí.

—Puedo ser insoportable —contestó sin alterarse—, pendenciera, defensora de causas perdidas y muy muy mal educada, pero sé cuál es mi deber con mi marido.

Su hermana intercedió, porque sabía lo difícil que era aquello para todos.

—Leonor, lo que padre intenta decirte es que cuando lord Newry exponga las razones de vuestra ruptura, no tenemos ningún elemento con el que defenderte. Es un caballero, está relacionado y dice que esgrime la verdad. Tú eres una mujer, tiene testigos de que tu carácter es intrépido, y somos extranjeros —tomó aire—. Necesitamos un elemento, uno solo con el que poder defenderte.

Ese elemento era la pérdida de su virginidad. No había otra prueba. Pero esos eran límites que ni su padre ni su hermana transgredirían.

—Era él, no yo —se recostó sobre el respaldo de la otomana,

cansada de repetirlo—. Y a pesar de la repugnancia, nunca rechacé sus visitas.

Su padre volvió a carraspear. Era importante que su hija estuviera preparada para lo que le esperaba.

—Responderemos a sus acusaciones, por supuesto —le explicó—, pero eso implicará que vengan algunos doctores a reconocerte.

—Lo sé.

—Por ese camino, no hay nada que hacer —insistió don Íñigo—. En cuanto certifiquen que estás… entera, le darán la razón a Newry, aceptarán el divorcio y estarás condenada al ostracismo.

Le entraron ganas de llorar por primera vez. Pero no estaba muy segura de si era por el futuro amargo que le aguardaba, o porque el rechazo de Lennox le seguía doliendo más que una puñalada en el costado.

Tomó aire y se incorporó. María intentaba descubrir qué pasaba por su cabeza y la miraba de aquella manera tierna y analítica. Ralf, su cuñado, estaba muy atento, intentando mantenerse lejos, pero pendiente por si debía echar una mano. Su padre estaba muy serio, quizá como nunca lo había visto antes. Cuando Leonor habló, lo hizo con toda la calma de la que fue capaz.

—Así que vuestra visita a Bray House no ha servido de nada.

Don Íñigo volvió a ponerse de pie, y chasqueó los dedos.

—Necesito que mañana vayas con tu hermana a ver a *madame* Lanchester.

La idea de pareció fuera de lugar.

—¿Arreglaremos este desastre con sedas?

—Y que después paséis por Wickes.

Su padre debía de haberse vuelto loco.

—¿El joyero?

Cuando se volvió hacia ella, reconoció ese brillo fabuloso que aparecía en sus ojos cuando tenía a su presa bien agarrada.

—Nos lo vamos a jugar todo a una carta —guardó un instante de silencio—. El baile de la Reina.

Leonor parpadeó varias veces. Miró a María, que parecía no darse cuenta de lo absurda que era la propuesta de su padre. La etiqueta en la Corte era de lo más férrea. Él podía permitirse algunas licencias porque estaba amparado por sus títulos, pero ellas

eran mujeres y apenas gozaban de prerrogativas.

—No estoy invitada porque los Newry jamás lo estarían y, aunque lo consiguieras… —Sabía de las habilidades de su progenitor para lograr milagros—. No puedo acudir sin mi esposo.

Don Íñigo dio una palmada en el aire y sonrió por primera vez.

—Lo estarás e irás sola. Por eso es necesario que te conviertas en la criatura más hermosa de la Corte, porque todos los ojos deben estar puestos en ti, y toda la nobleza de Inglaterra debe entender el mensaje.

Volvió a mirar a su hermana, boquiabierta. María tenía una expresión alentadora en el rostro, pero la conocía bien y sabía que aquella idea le parecía igual de descabellada que a ella.

—¿Qué mensaje? —pudo articular.

—Que quien desaira a una Mendoza, desaira a la Reina de Inglaterra.

Capítulo 17
Un descuido imperdonable

El té de los martes en casa de *lady* Wycombe era un rito social abierto a cualquier dama que tuviera título y no estuviera afectada por ningún escándalo.

Las personas de calidad se dejaban ver por allí, al menos, un par de veces durante la temporada para que se supiera que estaban abiertas a recibir invitaciones a bailes y otros divertimentos, o para sentirse parte de una camarilla que tenía facilidad en despellejar a los extraños. También tenía el aliciente de que *milady*, dama muy bien informada, articulaba un grupo de aristócratas donde se conocía todo de todos y no había pudor en exponerlo públicamente, siempre que se hiciera dentro del decoro y no diera la impresión de que se hablaba de cotilleos.

Cuando el mayordomo anunció a las dos nuevas comensales, *lady* Wycombe no pudo evitar un ligero rictus de disgusto porque era bien sabido que no las soportaba.

—Mi querida amiga —exclamó *lady* Rubens, apareciendo como un torbellino, seguida de su apocada hija—, no quería dejar pasar un día más sin visitarla. —Dejó los guantes sobre la bandeja que le tendía un lacayo—. Estar tan ocupada, a veces, la lleva a una a comportarse como un bárbaro.

La anfitriona supo reponerse y la recibió con la mejor de sus sonrisas. Aunque era sabido por todos que las Rubens estaban al borde de la indigencia, pertenecían a una familia distinguida y, hasta que no cometieran alguna indecencia, debían gozar de las mismas prerrogativas que todas ellas.

Ese martes, el salón de *lady* Wycombe estaba concurrido. Una docena de damas estaban tiesamente sentadas en sillas alrededor de varias mesitas, haciendo la corte a la anfitriona, que era la única

que usaba butacón. Estaban sirviendo dulces franceses en una exquisita porcelana alemana a juego con las tazas de té.

Dos taburetes salieron de la nada, portados por sendos criados, y fueron ubicados a una distancia prudente de *milady*, ya que solo las pares del Reino que ostentaran título ducal o hubieran sido distinguidas con la Orden de la Jarretera tenían el privilegio de sentarse cerca de ella.

A *lady* Rubens le desagradaba sobremanera aquella costumbre, y se vengaría gustosamente cuando su hija fuera duquesa. Entonces, haría pagar a muchas de aquellas mujeres pomposas los continuados desprecios que habían sufrido desde que su esposo cayó en desgracia.

—Londres está cada vez más agotador —dijo *lady* Rubens, pues quejarse de la ciudad por cualquier motivo siempre daba paso a una animada conversación.

—Pero supongo que pronto se trasladará usted al campo, como todos los años, ¿verdad?

El inocente comentario lo hizo una de las invitadas y había despertado miradas cómplices, ya que era sabido por todos que la ancestral finca de los Rubens había sido embargada y los muebles vendidos en subasta pública. Pero la dama, fraguada en la Corte, supo salir al paso.

—Este año no pienso agotarme —contestó con desmayo—. Organizar al servicio para que la mansión campestre quede como nos gusta es una tarea titánica, así que permaneceremos en Londres.

—¿Aunque también sea agotador? —inquirió con sorna *lady* Wycombe.

El silencio y las miradas atentas de las comensales eran una carga pesada. Pero *lady* Rubens era toda una experta en esquivar situaciones desagradables. Se tomó su tiempo para remover el té, suspiró teatralmente, y cuando las miró, no había rastro de sombra en su rostro.

—Pasar los inviernos en el campo empieza a ser vulgar, ¿no creen?

La curiosa respuesta de *lady* Rubens provocó el efecto deseado, que las damas se miraran con cierta confusión, ya que, a pesar de su falta de recursos, había sido respetada en el pasado por su buen gusto.

Su hija estaba coleccionando sobre el platillo una selección de dulces cada vez que pasaba un lacayo, y *milady* le lanzó una mirada reprobatoria, que la joven desentendió. Decidió que era el momento de entrar en materia.

—¿Hay nuevas sobre el baile de la Reina?

La anfitriona explicó lo obvio.

—Que será soberbio, según dicen. Se rumorea que habrá regalos para todos los presentes y los fuegos de artificio no se han visto antes con la magnificencia que ha preparado la Reina.

—¿Usted irá? —preguntó una de las invitadas a la recién llegada.

—Por supuesto.

—La etiqueta es tan exigente con los atuendos.

El comentario de otra de las invitadas no había sido inocente en absoluto. El protocolo de Palacio era extremadamente severo. En presencia de los Reyes, no podía repetirse vestido, lo que obligaba a los nobles a ingentes gastos en vestuario. Además, siendo un baile real, había que ir de gran gala, lo que implicaba que no valdría cualquier tejido ni cualquier bordado, por no contar con las joyas que serían necesarias lucir. Gastos todos muy lejos del alcance de *milady*.

—Precisamente hoy debemos pasar por casa de *madame* Lanchester para recogerlos —explicó, lo que sorprendió a todas, pues sabían los precios de la costurera de moda—. No sé qué hacer con tantos vestidos nuevos. A veces creo que es indecente estrenar tan a menudo cuando hay damas que deben cenar con el mismo traje que almorzaron.

Lady Rubens había mirado a una de ellas al decirlo, que se ruborizó de inmediato. Era la hermana soltera de un joven barón famoso por su tacañería, y todas sabían que, a pesar de tener fortuna, comían sopa de tubérculos a diario y no les estaba permitido gastar en nada que censurara el hermano.

La dama se vengó lanzando otra inocente pregunta.

—Tengo entendido que lord Lennox las visitó esta mañana.

El rostro de *lady* Rubens se contrajo un instante, pero supo recomponerse de inmediato. El único motivo por el que había venido a casa de *lady* Wycombe era para recabar información sobre Lennox, no para que se le echara en cara su amistad. Debía andarse

con cuidado.

—Ya saben que su madre y yo tenemos una tierna amistad —le quitó importancia.

—Pensaba que *lady* Wildflowers le había retirado a usted la palabra —inquirió la anfitriona.

¿Cómo podían estar enteradas de todos los detalles?

—Habladurías. —Sonrió, como si aquella fuera una idea absurda—. Y el hijo es un joven encantador.

—Desde aquel turbio asunto de la India, no es recomendable verse con él —comentó otra, misteriosa.

—Por supuesto —convino *lady* Rubens—, pero no podemos cerrar las puertas a cualquier aristócrata que se haya equivocado en su juventud. —Cuando clavó su mirada en quien acababa de hablar, el rostro de la mujer se puso lívido—. Tendríamos que haber repudiado a su esposo en ese caso.

La aludida se abanicó con energía, y tuvo el tino de cambiar rápidamente de conversación.

—Creo que embarca pronto y es posible que no volvamos a verlo.

La recién llegada sonrió con aquiescencia, como si fuera poseedora de un gran secreto.

—Quizá nos dé una sorpresa antes de irse —murmuró.

—Estoy segura —la anfitriona se inclinó hacia ella—, porque después de visitarla a usted, estuvo en casa de los Richmond. ¿No tienen ellos una hija casadera?

Un escalofrío recorrió la espalda de *lady* Rubens. Así que era cierto, estaba visitando a otras damas para pedirles su mano.

—*Lady* Anabela —convino otra de las comensales—. Una beldad. Callada, sumisa y encantadora. Un poco tímida, pues no recuerdo haberla oído hablar. Lo de su padre es muy lamentable, pero no debemos hablar de ello porque sería murmurar.

—Por supuesto que no hablaremos —atajó la anfitriona—. Arruinarse por una mala inversión es algo que le puede pasar a cualquiera. ¿Es cierto que los arrojarán de Long Acre?

Una tercera suspiró, como si lo que iba a confesar le costara un enorme esfuerzo decirlo.

—Han tenido que vender los muebles y los cuadros de los antepasados. Cualquiera sabe si el retrato de la abuela Martha no

está ahora en el comedor de uno de esos horribles burgueses.

—Dios no lo quiera —se escandalizó otra.

Lady Rubens asistía a aquella exposición con el rostro pálido. Al menos, ya sabía quién era otra de las posibles candidatas a convertirse en duquesa de Lennox. Esa era una competidora difícil de batir, pues atesoraba todas las virtudes que exigía el duque, sin embargo, si decía las palabras adecuadas, llegarían a los oídos oportunos.

—Si bien es cierto que *lady* Anabela es comedida —sonrisa encantadora—, no lo es menos que su familia arrastra un grave estigma de infertilidad. Es hija única y ni sus tías ni sus primas tienen descendencia. Espero que alguien advierta al duque antes de que cometa un error.

Todas intercambiaron miradas cómplices. Alguna de ellas lo soltaría en el lugar justo para que llegara a sus oídos. Se sintió satisfecha.

—*Lady* Newry está en Londres —dijo otra más.

Para *lady* Rubens, el trabajo estaba hecho y la vida de las Mendoza no le interesaba lo más mínimo. Buscaría cualquier excusa y se marcharían de aquel nido de víboras cuanto antes.

—Qué extraño —comentó la anfitriona—. Los Newry jamás son invitados a las fiestas reales desde tiempos de Calpurnia. ¿Para qué habrán venido a Londres en una fecha que les compromete?

—Creo que no me han entendido, queridas. Solo ha regresado doña Leonor —apuntilló con mirada afilada.

Lady Rubens, que ya había golpeado con el codo, disimuladamente, a su hija para que se marcharan, permaneció muy quieta.

—¿Hemos pasado de lord Lennox a una de las Mendoza por algún motivo? —preguntó la anfitriona.

La invitada aludida se sentó en el borde de la silla, a la vez que se inclinaba hacia delante. Todas hicieron algo parecido, porque, al parecer, iba a confesar algo delicado.

—Me han comentado, y espero que esto no parezca una indiscreción…

—En absoluto, querida. —Y todas estuvieron de acuerdo—. No la permitiría en mi casa.

Se llevó una mano al pecho antes de proseguir.

—Al parecer, esta mañana han visto a *lady* Newry cerca del puerto.

Algunas se miraron, pero la anfitriona le quitó importancia.

—Creo que su padre tiene atracada una goleta en Greenwich.

—Ha sido en Banks. —Le brillaban los ojos—. Y la acompañaba una criada. En coche de alquiler.

—¿Alquiler? —casi gritó una de ellas, absolutamente escandalizada—. Qué cosa tan inconveniente.

—Pe-pero aún no sabemos qué tiene eso que ver con el duque de Lennox —casi tartamudeó *lady* Rubens, que empezaba a entenderlo.

La dama se hizo esperar, mirando a ambos lados antes de continuar.

—Doña Leonor visitó a lord Lennox, sola, en su goleta —se echó hacia atrás en la silla y se abanicó con energía—. Pero, insisto, no quiero parecer que aliento rumores.

—Claro que no, querida.

A Rubens le costaba trabajo entender la dimensión de aquello, pero de algo estaba segura, ponía en peligro el brillante futuro de su hija.

—Las Mendoza son muy amigas de las Bailey —intentó decir—, quizá…

—Y, como ya he dicho, lord Newry sigue en Bray House —terminó la informante—, al parecer, tremendamente disgustado con su mujer.

—Así que… —La anfitriona se llevó una mano a la boca.

Luminosa, la dama que había sido capaz de dar la noticia brilló de complacencia.

—Así que el escándalo de la temporada está servido.

Capítulo 18
Una velada en White's

La última vez que Darrell Lennox había pisado White's, el club de caballeros más exclusivo de Londres, fue antes del engorroso asunto que le había llevado al calabozo.

Su desafección a la vida social y las incómodas miradas que provocaba su presencia le habían hecho desistir más de una vez de visitarlo, pero aquella tarde era una tarea ineludible.

Atravesó la elegante fachada de piedra y entregó la chistera y los guantes a un lacayo.

—¿Ha llegado lord Cheriton? —le preguntó al criado.

—Se encuentra en el salón de fumadores, milord.

Zack y él habían podido hablar al fin y su amigo había accedido a organizar un encuentro entre Darrell y el duque de Bedford.

El duque articulaba el comercio de ultramar, y a Darrell le era imprescindible para que sus planes salieran adelante. No se caían bien mutuamente, eso era conocido, pero comprender cuándo pedir un favor y estar en condiciones de devolverlo era tan digno de caballeros como saber manejar un pistolón durante un duelo.

Atravesó las anticuadas estancias, inclinando ligeramente la cabeza las pocas veces que era saludado, hasta que encontró apoyado en la repisa de una chimenea a su amigo lord Cheriton, que, con mirada aburrida, diseccionaba lo que sucedía a su alrededor.

—Zack —saludó al marido de su prima Serena, y viejo compañero de tropelías—. Nunca imaginé que fueras el primero en llegar.

Cheriton le tendió la mano y ordenó que le sirvieran lo mismo que él bebía, un *whisky* añejo macerado en roble francés.

—Eres el mayor acontecimiento de White's en los últimos años y quiero disfrutar de tu fama —se burló, pero a la vez consiguió relajar la tensión.

La presencia de Darrell no estaba pasando desapercibida. Muchos caballeros mostraban su malestar con miradas airadas y cuchicheos lo suficientemente altos como para intentar incomodar. Ser honorables era una condición casi tan necesaria para ser socio como ostentar un noble apellido, y la presencia de Lennox atacaba directamente esos principios.

—Bedford está avisado y te recibirá enseguida. ¿No me vas a contar para qué lo necesitas? —casi afirmó Cheriton.

—Te aburrirías. —Le agradeció al criado que le entregara la copa.

—En ese caso, dime si has comenzado tu peculiar búsqueda de esposa.

Darrell sonrió, y paseó la mirada alrededor. Para la mayoría de aquellos caballeros, era un traidor, y para el resto, se hubiera merecido la horca, de la que le salvó la influencia de tío Reginald. Los argumentos que podría esgrimir para defenderse solo podían ser entendidos por quienes hubieran visto lo que él, vivido lo que él. Llegó a la conclusión de que la presencia de Cheriton era una bendición que le permitía serenarse mientras aguardaba.

—He visitado a dos candidatas —le informó—, y mañana espero entrevistarme con otras dos.

Las cejas de su amigo se alzaron.

—¿Y puedo saber tu opinión sobre las damas?

Suspiró. Ni él mismo lo tenía claro, pero era un asunto meramente práctico.

—La hija de *lady* Rubens…

—Es una arpía —no lo dejó terminar.

Tuvo que sonreír, a pesar de la tensión que se mascaba alrededor.

—No me voy a casar con la madre, y posiblemente no volvamos a verla nunca más.

Cheriton aleteó una mano.

—Continúa.

—La muchacha es sincera, lo que me gusta, pero creo que sería

profundamente infeliz.

De nuevo, las cejas de su amigo se juntaron en la frente.

—¿Desde cuándo te ha preocupado eso?

—No quiero arrastrar más intranquilidades de las que ya tengo.

Jamás hubiera regresado a Londres si no tuviera una promesa que cumplir, la que le había hecho a su padre antes de morir: que cuidaría de su madre para que nada le faltara, que perpetuaría su estirpe y que no mancharía su apellido. La última no había podido llevarla a cabo, pero las dos primeras estaba decidido a realizarlas.

—¿Y la segunda candidata? —inquirió Cheriton.

—La hija de lord Richmond.

De nuevo, su amigo lo miró sorprendido. La idea de «comprar» una esposa ya le parecía ridícula, pero emparentarse con familias arruinadas solo podía llevarlo a la escasez.

—Eres conocedor de que necesitarás disponer de la mitad de tu fortuna para tapar los agujeros económicos de milord, ¿verdad? —se vio obligado a decírselo.

—Lo soy, y la joven parece adecuada. —De un trago, acabó con la bebida—. Ni entusiasmada ni pesarosa, y, sobre todo, muy callada.

Cheriton se encogió de hombros.

—Desapruebo completamente esta idea tuya de comprar una esposa, pero tú sabrás.

Darrell había estado fraguando la manera de hacer una pregunta sin que su amigo sospechara, pero decidió que lo mejor era soltarla sin más.

—¿Qué sabes de *lady* Newry?

Zack bajó la voz.

—Que está casada.

—¿Podemos hablar en serio?

Darrell Lennox tenía un don natural para los problemas, y Zachary no quería verse envuelto en ellos. Los Mendoza eran temperamentales, y lo que en Inglaterra se arreglaba con un duelo a pistola, con los españoles, podía acabar con un bofetón en público, lo que, en cierto modo, era peor que la muerte.

—Serena y María, su hermana, son íntimas —claudicó—. Sé que Leonor tiene temperamento, un carácter algo salvaje y huye de los formalismos. ¿Te he comentado que está casada?

Darrell ignoró esto último.

—¿Le van bien las cosas con Newry?

—No soy amigo de los cotilleos, querido.

—Te recuerdo que, antes de conocer a Serena, te dedicabas a destrozar compromisos.

Cheriton esbozó una mueca de hartazgo.

—Habló la voz de mi conciencia. ¿Qué quieres saber?

Lennox dio la espalda a la sala, para que quedara entre los dos lo que iba a preguntar.

—Leonor y Oswald —buscó las palabras adecuadas—, ¿son de ese tipo de matrimonios… liberales?

—¿Liberales? —La frente de Zack se arrugó.

Darrell lo miró con cara de cansancio.

—Me has entendido perfectamente.

Ahora las pupilas de Cheriton parecieron brillar, a la vez que inclinaba la cabeza. Darrell conocía aquella expresión. Era la que esbozaba cuando había llegado a una conclusión inamovible.

—No estarás cometiendo la locura de enamorarte de una mujer casada, ¿verdad? Ni siquiera yo he pasado por un trance tan inconveniente.

—Por supuesto que no —se hizo el ofendido.

—Porque si lo único que te interesa es desfogar tu virilidad —le advirtió—, es mucho más seguro que te adentres de madrugada en las turbulentas calles de Petticoat Lane en busca de un peligroso burdel a que intentes algo con una de las Mendoza.

La mirada de Lennox se opacó. No sabía cómo hacer la pregunta sin comprometer el honor de Leonor, pero tampoco podía mantenerse en aquel mar de dudas.

—¿Y si fuera ella la que… quiere?

De nuevo, las cejas de Cheriton volaron, incrédulas, sobre su frente.

—¿Leonor? Deja de soñar, amigo mío —le dio una palmada en el hombro—. Me consta que siente aversión por los ingleses y ningún interés por el contacto carnal.

Eso lo volvía todo aún más extraño, porque estaba seguro de que aquel mediodía, en el barco…

—¿Me dirás si las cosas entre ella y Newry marchan bien? —se cercioró.

La experiencia de Zack en cuestiones amorosas le estaba dictando que tenía delante un hombre cautivo. Lo lamentó por él. Era un buen tipo, a pesar de lo que se decía, pero era un error poner los ojos en una mujer vedada.

—No estoy en disposición de decirlo —bajó mucho la voz—, pues traicionaría una confesión de Serena, pero es posible que se avecinen tiempos difíciles para Leonor.

Un criado se acercó, haciendo una reverencia a los dos caballeros.

—Milord, el duque de Bedford le aguarda.

Su cita le esperaba. Lennox se ajustó el frac. Si aquella reunión no salía bien, las cosas se complicarían, y no tenía otras cartas que jugar a su favor.

Se despidió de su amigo con una mirada, y cuando se iba a retirar, este le detuvo.

—Darrell —la mirada de Zack era absolutamente sincera—, cuando soplen los vientos adecuados, zarpa y olvídate de todo esto. Pensar en Leonor solo te traerá problemas.

Él tragó saliva.

—No pensar constantemente en ella es lo que pretendo.

Atravesó los espléndidos y anticuados salones siendo consciente de que era la primera vez que convertía en palabras un hecho que lo atenazaba desde el instante mismo en que la conoció. No podía dejar de pensar en ella. Y no había conseguido darse una explicación cabal: ¿Deseo? ¿Curiosidad? ¿Atracción por lo prohibido? Pero el caso era que la imagen morena y deliciosa de Leonor de Mendoza le acompañaba día y noche, y en las madrugadas le provocaba un gemido de placer cuando se derramaba imaginando las cosas que haría si la tuviera entre sus brazos.

El criado que le precedía se detuvo ante una puerta, abriéndola para dejarle pasar. Él respiró hondo antes de hacerlo, siendo consciente de cuánto se jugaba.

Al otro lado había un despacho que los socios usaban para tratar asuntos privados. Un caballero muy bien arreglado, entrado en años, estaba sentado detrás de la mesa, pero se levantó para tenderle la mano.

—Bedford —Darrell se la estrechó.

—Mi querido amigo —parecía agradable, pero todos quienes trataban con él sabían lo peligroso que podía llegar a ser—. Todo White's se pregunta por qué nos hemos reunido.

—Usted también, supongo.

El caballero le indicó que se sentara, y solo cuando lo hizo, lo imitó.

—Aprendí hace tiempo que para sobrevivir no hay que dar nada por hecho.

Conocía los largos circunloquios con los que se empezaba cualquier conversación, pero no tenía ni tiempo ni ganas para ponerlos en práctica, así que Darrell decidió ir al grano.

—Tengo un barco en el puerto y dispongo de una red comercial en la India, y usted necesita mover su mercancía.

El caballero unió las yemas de los dedos con los codos apoyados en la mesa. Lo miraba con curiosidad, no exenta de cierta cautela.

—Sigo sin saber en qué puedo ayudarle —le dijo—. Con su fortuna, puede cargar sus bodegas de exquisitos productos manufacturados que los ingleses expatriados comprarán a cualquier precio. No me necesita para nada.

Había llegado el momento delicado. Si lo que iba a decir salía de aquella habitación, sería su ruina. Si no lo exponía claramente, Bedford nunca aceptaría un trato.

—¿Y si no existiera tal fortuna?

Los ojos del viejo duque brillaron, como si no terminara de comprenderlo.

—*Lady* Wildflowers…

Milady era una mujer acaudalada, de eso no cabían dudas. ¿Cómo era posible que aquel muchacho le hiciera creer que no tenía la fortuna que se le estimaba?

—Mi madre dispone de su propio capital. Papá no era estúpido y me conocía bien, y su tercer marido le dejó un buen pellizco. Prometí a mi padre que jamás tocaría el patrimonio de la familia, aunque perdiera el mío propio.

Bedford se echó hacia atrás, recostándose en el respaldo, sin poder disimular la sorpresa que sentía por lo que acababa de confesarle.

—¿Me está diciendo que su… aventura no solo arruinó su

reputación, sino que dilapidó su fortuna?

Darrell asintió.

—Es el único que lo sabe porque es el único que sabrá ser discreto.

El caballero lo evaluó. La primera norma para llevar a cabo un negocio era fiarse de su socio. Si eso sucedía, lo demás siempre marchaba. Pero si desde el principio había dudas, secretos, informaciones mal articuladas, el negocio se venía abajo como un puente bajo una tempestad.

—Usted y yo nunca nos hemos caído bien —le espetó.

—Pero nos hemos respetado.

De nuevo, se hizo el silencio. Darrell no apartaba la mirada de los claros ojos del duque. Este lo analizaba, intentando comprender todo aquello.

—¿Mereció la pena? —se atrevió a preguntar Bedford—. Lo que hizo en la India.

—Lo volvería a hacer sin pensarlo —contestó.

La respuesta lo dejó anonadado.

—¿Y quiere que llene sus bodegas con mi valiosísima mercancía a sabiendas de que puede suceder lo mismo?

—Así es.

La mirada del caballero se afiló. Había aparecido un brillo nuevo, extraño, incluso una ligera sonrisa en sus labios finos.

—¿Y por qué razón podría confiar en usted?

Ni el mismo Darrell lo sabía. Se lo había preguntado algunas veces, y no había encontrado respuesta alguna que le convenciera. Decidió decirle lo que de verdad sentía.

—Porque solo un hombre apasionado es capaz de lograr llevar a buen puerto una carga como la suya.

Bedford asintió, lentamente. Su rostro volvió a convertirse en la máscara amable que todos conocían.

—Cuando usted y yo salgamos por esa puerta y le estreche la mano, sabrán que hemos hecho un trato.

El duque de Bedford era mítico en su forma de proceder. Las inversiones de muchos caballeros dependían de lo que hiciera una vez saliera del despacho. Si tendía la mano, el trato estaba hecho, y los más astutos sabían dónde invertir. Si, por el contrario, despedía a su visita con una exquisita cortesía, no habían llegado a nada, y

eso marcaba el proceder de muchos.

—Tengo entendido que es su manera de actuar.

Al fin, el duque sonrió.

—Solo le voy a pedir una cosa.

Darrell intentó que el alivio que acababa de sentir no fuera evidente.

—Es razonable.

Bedford alzó una mano, apuntándole con el dedo, para que quedara muy claro.

—Ni un solo escándalo —sentenció—. De aquí a que se marche de Londres, su vida debe ser tan ejemplar que duden si no debían haberle santificado en vez de ultrajado.

—Extraña petición —tuvo que admitir.

—Fue la única condición de mi padre cuando le anuncié que me dedicaría al comercio. ¿Tenemos un trato?

Aquel era un argumento más para que Leonor de Mendoza saliera de su cabeza de una vez por todas. Sonrió.

—Tenemos un trato.

Capítulo 19
Una chismosa malintencionada

Cuando el joyero colocó el fabuloso collar de diamantes alrededor del cuello de Leonor, ella tuvo que convenir que jamás había visto algo así.

—Es… fabuloso.

El artesano sonrió, satisfecho, apartándose unos pasos para que la dama que la acompañaba, María, y su modista, *madame* Lanchester, pudieran apreciarlo.

—Está inspirado en el arreglo que Boehmer hizo para la malograda reina María Antonieta —explicó—. Doscientos veinte diamantes de los más puros, en talla brillante.

Wickes eran los únicos en Londres capaces de hacer algo así. Una gargantilla de tres vueltas de brillantes, una segunda fila de las mismas piedras que rodeaban las clavículas y dos largas bufandas dobles de los mismos diamantes que pendían alrededor del busto, como si fuera una lazada que hubiera quedado suelta. El resultado era de una majestuosidad y brillo que impedía poder apartar la vista del collar.

—No es… —Leonor miró a su hermana— ¿excesivo?

—En absoluto —intervino *madame* Lanchester, que había insistido en abandonar a su clientela y acompañarlas a la joyería para que no hicieran una elección errónea que desluciera su futuro trabajo—. El vestido será de color oro viejo, de una riqueza prodigiosa que acentuará su aire virginal y dará la impresión de que el collar forma parte de él.

Al joyero no le gustó la idea, y a Leonor, el uso del término «virginal» le pareció muy desacertado en su situación. Volvió a mirar a María, que no tuvo más remedio que comprometerse.

—Papá ha sido muy claro: «Cueste lo que cueste». Así que nos lo

llevamos.

La modista no cabía en sí de gozo, pues en cuanto doña Leonor le expuso cuáles eran sus necesidades para el baile, supo que allí había un buen negocio y la posibilidad de inmortalizarse ante la Reina con su mejor creación.

El collar sería embalado y enviado a Chesham Manor aquel mismo día, y las tres mujeres, acompañadas por las continuas reverencias del dependiente, que había hecho el negocio del año, salieron de la habitación privada, forrada en terciopelo negro para que los diamantes brillaran más, donde eran expuestas las mejores creaciones a un público muy escogido.

—¡Qué coincidencia tan encantadora! —escucharon decir a alguien una vez en la tienda.

Hacia ellas venía, toda sonrisa, *lady* Rubens, acompañada, como siempre, por su hija, que la seguía como un perrillo faldero a cualquier parte.

Leonor y su hermana se miraron. La primera apenas había frecuentado la sociedad londinense, pero la habían advertido de que debía andarse con cuidado en presencia de aquella dama, para quien un rumor se volvía chisme y más tarde escándalo en cuanto tocara su lengua.

—Ha sido un hallazgo poder saludarla —terció María, cortante—, qué lástima que vayamos con prisa y no podamos quedarnos a conversar.

La dama no se dio por enterada, y María llegó a la conclusión, por su experiencia, de que encontrarse en un establecimiento con una inglesa era una trampa mortal.

—Precisamente vengo de su encantador establecimiento, *madame* Lanchester. Una de sus ayudantes me ha dicho que coincidiríamos aquí.

La modista intentaba guardar el tipo. *Lady* Rubens le debía una importante cantidad de dinero y ya no era admitida como clienta desde que rechazó la última nota de pago que le mandaron. Que acabara de decir que la había visitado no era para nada una idea agradable.

—Lástima que no hayamos coincidido —salió del paso la aludida.

Lady Rubens las estudió con detenimiento y Leonor tuvo la

impresión de que estaba intentando localizar su punto débil, como un lobo cuando olfatea una presa.

—¿Buscan algo para el baile de la Reina? —Sonrisa hierática encajada en el rostro.

María, que sabía lo que aquella dama podía hacer si encontraba un solo cabo suelto, le quitó importancia con un gesto desafectado, pero que debía dejar claro al joyero que por nada del mundo tenía permiso para hablar de sus tratos con aquella mujer.

—Ha sido una mera visita provocada por el aburrimiento.

La respuesta no la satisfizo: nadie iba a una joyería haciéndose acompañar por la mejor costurera de la ciudad. De inmediato, se volvió hacia Leonor.

—¿Usted irá al baile, *lady* Newry?

La forma de preguntarlo, hablando en singular, le indicó que algo debía saber sobre su solitaria presencia en Londres. Lo mejor era esquivarla.

—Es posible.

—Verla allí será todo un acontecimiento —aplaudió entusiasmada—. Desde tiempos de *lady* Calpurnia, ningún Newry ha osado acercarse demasiado a Su Majestad.

Terreno peligroso. Muy peligroso. Leonor se recogió el vestido y puso una mano sobre el brazo de su hermana.

—¿No habíamos quedado con papá?

María iba a contestar cuando *lady* Rubens se adelantó, dejando caer la noticia como si fuera una tierna confidencia.

—Allí será donde anunciaremos el compromiso de Rosemary. Creo que son ustedes las primeras en saberlo.

Ambas mujeres se alegraron sinceramente. Aquella muchacha respiraría aliviada una vez saliera de los brazos asfixiantes de su madre. Leonor esperó que no le hubiera tocado un marido insoportable.

—Mi enhorabuena —la felicitó María.

—Será duquesa —explicó, henchida de orgullo—. Pero no quiero parecer indiscreta cuando aún no se ha pedido permiso a Su Majestad para las nupcias.

El rostro desafectado de *madame* Lanchester había permanecido hierático durante la conversación, ya que *lady* Rubens, de ninguna manera, podía estar a la altura de aquellas damas, pero cuando

escuchó la palabra «duquesa», sus ojos brillaron. Aquello significaba dos cosas: habría una buena dote de por medio, lo que le permitiría recuperar el dinero que le debían; y dos, vestir de novia a una futura duquesa era todo un acontecimiento que no se le podía escapar de las manos.

—¿Ya sabe quién le hará el vestido?

—Usted, por supuesto. —La respuesta de *lady* Rubens no podía ser más satisfactoria para la costurera—. En cuanto regularicemos nuestros… asuntillos.

—Que no tienen la menor importancia —apostilló, como si la razón por la que no la dejaban acceder a su establecimiento no fuera esa.

María llegó a la conclusión de que era el momento de retirarse de la manera más favorable. Tomó a su hermana del brazo y le hizo un saludo a la dama para que les abriera el paso.

—Y, ahora, si nos disculpa.

—Lord Lennox ha insistido en que correrá con todos los gastos.

Lo dijo de la manera inocente con que se sueltan las palabras que provocan un efecto deseado.

Leonor se envaró sin quererlo, quedándose clavada en el piso.

—¿Lord Lennox? —repitió.

Milady era muy consciente de lo que estaba pasando, y con aquella simple frase acababa de conseguir una confirmación.

—¡Me fui de la lengua! —se tapó la boca con una mano—. Aunque antes o después se hubieran enterado. Él adora a Rosemary, ¿verdad, querida?, a pesar de lo que se dice de esa otra mujer…

Ahora fue María quien preguntó, porque un escalofrío acababa de recorrerle la espalda.

—¿Otra mujer?

Milady suspiró, como si lo que fuera a decir le costara un enorme esfuerzo y solo lo hiciera porque no tenía otro remedio. Bajó la voz y se aproximó a ambas damas. *Madame* Lanchester, sin querer acercarse, como bien sabía que correspondía a una modista, no perdía detalle de sus palabras.

—Una dama de buena posición con quien se ve a escondidas de su esposo en su barco, y a plena luz del día. —Se llevó una mano al pecho para dar a entender cuán reprobable era aquello—. Seguramente, pronto saldrá su nombre a la palestra. Esas cosas

siempre terminan sabiéndose. Lord Lennox le ha jurado a mi hija que solo ha sido un mero entretenimiento. Los hombres son fogosos y suelen tomar lo que les place.

—¡Será un escándalo! —exclamó la modista, porque debía enterarse cuanto antes de quién se trataba, no fuera a ser que una de sus clientas hubiera cometido tamaña indiscreción, y eso sería muy inconveniente.

Leonor se había puesto pálida, pero no quería mirar a su hermana, no quería hacer ningún gesto que aquella arpía pudiera interpretar.

—Supongo que estarán pensando en cómo hemos podido aceptar el compromiso con lord Lennox —continuó *lady* Rubens—, a pesar de las evidencias.

María estaba muy seria. Entendía perfectamente la dimensión de aquellas palabras y sabía que muy pronto el nombre de Leonor estaría en boca de todos, Newry tendría lo que deseaba y su hermana…

—En absoluto —no pudo evitar una respuesta descortés que la dama no tuvo en cuenta.

—Creemos firmemente que las acusaciones de traición fueron infundadas. —Se abanicó con energía—. Y que milord recuperará su honorabilidad.

Esa vez, Leonor no pudo evitar mirar a María. ¿Traición? Sabía que había algo turbio en el pasado de Lennox, pero siempre había pensado que era un asunto de faldas, o de juego, lo que solía acompañar a los caballeros más ligeros en su juventud. Pero traición era una palabra gruesa, pues conformaba una manera de enfrentarse al mundo y lo convertía en alguien de quien nadie debería fiarse.

—¿Ha dicho traición? —apenas murmuró.

Lady Rubens estaba exultante, pues todo lo que había querido descubrir se lo acababan de poner en bandeja. Le quedaba solo la última estocada, y se dispuso a darla.

—Cinco hombres murieron por su culpa. —Su boca tenía un rictus desagradable—. Al menos, eso dicen. Al parecer, cobró una buena cantidad de dinero por desvelar las posiciones de nuestras tropas ante esos indios salvajes —inmediatamente se desdijo—. Pero insisto, nosotras estamos seguras de que no es cierto.

María echaba fuego por los ojos. Si no fuera inaceptable, habría abofeteado a esa maldita cotilla allí mismo, pero entonces hubiera sido necesario dar demasiadas explicaciones.

—Debemos marcharnos. —Esa vez tiró de su hermana para pasar por encima de aquella víbora si fuera necesario.

—Recibirán la invitación a la boda —les gritó cuando ya salían—. A menos que todo esto les afecte de alguna manera.

Leonor tuvo fuerzas para contestar.

—No sé cómo podría afectarnos.

La sonrisa en el rostro de *lady* Rubens era diabólica.

—Nunca se sabe, querida. Nunca se sabe.

Capítulo 20
Una propuesta deshonrosa

El mayordomo la miró de nuevo de arriba abajo.

—Creo que no he sabido expresarme, *milady*. La señora no se encuentra en casa. Si desea dejar una tarjeta…

—No. —Leonor se había negado a marcharse—. Insisto en que no deseo ver a *lady* Wildflowers, sino a lord Lennox, y sé que se encuentra ahí dentro, así que anúncieme.

El mayordomo, que era un viejo conocido de su padre, carraspeó, pues era consciente de la delicada situación en que aquella dama se pondría si una visita privada a un caballero soltero, y de la reputación del señor, se hacía pública.

—Con todos mis respetos —insistió el criado—, *milady* ha sido tajante en cuanto a las visitas que…

Leonor no lo dejó terminar. Esbozó una sonrisa y entró en la casa, dejando al mayordomo boquiabierto.

—¿Me anunciará usted, o he de buscar a lord Lennox habitación por habitación?

El hombre parpadeó varias veces. En el pasado, ya se las había tenido que ver con la hermana de aquella criatura, doña María, y había llegado a la conclusión de que nunca, jamás, toparía con otra dama tan testaruda. Ahora se daba cuenta de que aquella conclusión había sido precipitada.

¿Qué diría don Íñigo cuando se enterara? Porque, evidentemente, les unía un pacto no escrito de lealtad que no podía traicionar.

Hizo una profunda reverencia.

—Le anunciaré enseguida.

Leonor se lo agradeció con una sonrisa cortés, y aguardó en el recibidor, intentando aparentar que todos los demonios no se la

estaban llevando por dentro.

Por supuesto, no le había dicho nada a María. Si le hubiera explicado aquella visita, la habría atado a la pata de la cama para impedírselo. Habían charlado, claro, pero mientras que su hermana era arrojada y temeraria para sus cosas, cuando se trataba de asuntos que la concernieran a ella o a las más pequeñas de las Mendoza, adquiría aquel aire de hermana mayor, casi de madre, que solo quería protegerlas.

Y se lo agradecía, mucho. Pero Leonor era consciente de que sus ideas eran singulares, y su comportamiento, también su educación. Quizá se debiera a haber sido criada por nodrizas, institutrices y, más tarde, algunas monjas. O porque los Mendoza arrastraban una visión del mundo muy particular. El hecho era que encajaba mal en los salones, detestaba las apariencias y no entendía las mentes obtusas.

—Vaya, vaya.

Cuando se volvió, se encontró a Darrell apoyado sobre el marco de una puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión indescifrable en los ojos. Estaba arrebatadoramente atractivo, con el negro cabello despeinado, en mangas de camisa y con aquel brillo de interés en su mirada que no se apartaba de ella. No había rastros del mayordomo.

—¿Cómo se ha atrevido? —soltó ella, tan furiosa que tenía que contener sus manos para que no le abofetearan.

—Seguro que es cierto de lo que me acusa. —Su rostro y su postura no se alteraron lo más mínimo—. Mas me gustaría saberlo para poder justificarme.

Ella intentó controlar la respiración, pero era una tarea titánica en presencia de aquel hombre.

—Lo nuestro.

Él arrugó la frente.

—Será mejor que pasemos a la sala, es un sitio más discreto.

Sin esperar una respuesta de Leonor, desapareció por la puerta en la que estaba apoyado. Ella lo pensó antes de seguirlo. Su plan era sencillo: insultarlo.

Nada más.

Eso, al menos, esperaba le daría la tranquilidad mental que desde que aquel individuo había aparecido no encontraba. ¡Y tenía

demasiadas preocupaciones como para que él se convirtiera en otra más!

Al final, decidió seguirlo y entró en la habitación. Era una estancia pequeña, muy acogedora. Había un libro sobre la mesa, como si Lennox hubiera estado leyendo. Eso le sorprendió porque, por algún motivo, había llegado a pensar que el caballero solo hacía cosas reprobables.

Darrell estaba junto a la chimenea, con los brazos cruzados, mirándola atentamente.

Mientras Leonor esperaba en el recibidor, antes de que se percatara de su presencia, había estado observándola. El vestido parecía hecho para provocar el pecado, porque resaltaba, dejaba vislumbrar, una figura tan tentadora que podía llegar a dar miedo.

Solo había hablado para poder salir del embrujo con que lo hechizaba aquella mujer.

—Me gustaría saber qué es «lo nuestro» —exigió él, con un tono firme.

Ella pareció escandalizarse.

—No hay nada entre usted y yo.

Él abrió los brazos, señalando lo evidente.

—Eso pensaba hasta que la he oído ahí fuera.

—No intente confundirme.

—Le aseguro que solo pretendo comprender por qué se ha arriesgado a venir aquí.

Leonor miró hacia la puerta. Había sido una buena idea encerrarse en aquella habitación. El servicio podía escuchar la conversación y ella había estado muchas veces en las cocinas de Bray House, y sabía que lo que pasaba en Katebridge se contaba en el resto de casas nobiliarias.

Al final, contestó, bajando la voz.

—Saben lo nuestro.

—¿Que nos besamos? —Enseñó las palmas de las manos.

—Espero que no. —Si hubiera tenido un abanico, se estaría quitando el sofoco—. Que nos vimos en ese barco suyo. Y sacarán todo tipo de conclusiones.

Aunque remota, era una posibilidad, el aburrimiento de la clase aristocrática llegaba a niveles de apostar lacayos en lugares donde se pudieran cometer indiscreciones para después contarlo en las

tertulias. También era cierto que nunca había sospechado que *lady* Newry fuera a aceptar su invitación. Era solo un juego.

Si alguien la había visto embarcar, aquella dama podía estar en un aprieto.

—Podemos desmentirlo si así lo desea —se ofreció.

—No me trate como a una estúpida. Si la noticia se ha hecho pública, solo hay una posibilidad: que usted lo haya contado.

Aquello le golpeó como si le hubieran arrojado un saco lleno de harina. Era un caballero. Jamás desvelaba sus citas amorosas.

—No suelo proceder así.

—Pues no es eso lo que me ha dicho su futura suegra.

Darrell fue hasta ella, absolutamente molesto.

—Pare, pare. —Quería cogerla por los hombros, pero no lo hizo. Sí se detuvo tan cerca que ella se sonrojó—. ¿De qué está hablando?

Leonor tragó saliva y se maldijo por su debilidad. De ninguna manera podía aparentar que estaba indefensa ante aquel truhan.

—*Lady* Rubens. Nos ha explicado su pasión por Rosemary.

La cara de Darrell era puro pasmo.

—¿Quién diablos es Rosemary?

—Su hija.

—¡Ah, aquella criatura! —Ya la recordaba.

—¿Lo niega? —lo acusó.

Él puso las manos en las caderas. ¿Cómo podía ser tan desesperante una mujer tan deseable? Pensó en un par de cosas que le haría en la cama para que se callara.

—Creo haberle dicho que busco esposa.

Ahora fue Leonor quien desistió. ¿Cómo podía ser tan complicado mantener una conversación coherente con un hombre, por muy atractivo que fuera?

—Hablar con usted es imposible.

Ambos estaban en tablas. Darrell seguía con ambas manos en la cintura, y Leonor con los brazos cruzados y la frente fruncida. Al fin, él suspiró, dándose por vencido.

—¿Qué quiere que haga?

Ella tragó saliva.

—Necesito que me haga el amor.

La frase le impactó de tal manera que su rostro se tornó ligeramente lívido.

—No juegue conmigo.

—No es un juego. Es una necesidad.

Su mandíbula se tensó, y sus puños, apretados y con nudillos blanquecinos.

—¿Tendré que pedirle de nuevo que se marche? —contestó con voz helada.

Leonor lo recibió como lo que era, una ofensa.

Era la segunda vez que la rechazaba, pero en esa ocasión no fue tan doloroso. Era un mero trámite, una simple transacción comercial con un individuo del todo deleznable.

—Sé que es un traidor —lo acusó—, un individuo sin escrúpulos, que se casará con cualquier muchacha asustadiza y no volverá a Inglaterra jamás. ¿Qué más le da? Mañana o pasado, todo Londres supondrá que usted y yo hemos sido amantes, y por mucho que hagamos, esa mancha no se disolverá.

El rostro de él estaba congestionado. La lividez había dado paso a la furia.

—No sabe nada de mí.

—Usted no pierde nada y yo lograría no perderme —casi le rogó.

Darrell la miraba con fuego en los ojos. Su mente era un mar de confusión. Ahora que todo empezaba a encajar, que las oportunidades fluían y podría reparar su honor, aparecía aquella divina criatura y lo ponía todo patas arriba.

Pero no, esa vez no iba a dejarse llevar. No podía permitírselo.

—¿Sabe lo que está diciendo? —le recriminó.

Ella alzó la cabeza, mostrando toda su dignidad, a pesar del miedo que sentía.

—Sí, lo sé.

Él dio un paso en su dirección hasta que sus piernas se tocaron, y sus vientres, y el pecho de Leonor estuvo en contacto con sus fuertes pectorales. Bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron separados apenas por unos centímetros de deseo.

—¿Sabe si soy brutal o lujurioso? —le preguntó, muy despacio—. ¿Si albergo deseos oscuros o me apetecen ciertas prácticas con su cuerpo que la escandalizarían más allá de lo que imagina? ¿Sabe si dejaré marcas en su piel o la ataré a mi cama mientras juego con cada recodo de su cuerpo?

Ella tragó saliva e intentó que el pálpito acelerado que ocupaba su pulso, el sofoco que llenaba su pecho, no se notara.

—No me asusta nada de eso.

—Pues debería.

Leonor rompió el embrujo apartándose.

Era tan fácil, debía ser tan fácil para él. Solo era cuestión de unos minutos, de dejarse llevar allí mismo, sobre aquel sofá, y todo volvería a estar arreglado.

—No consigo entenderle —dijo Leonor al fin.

¿Cómo no podía comprenderlo?, pensó Darrell. ¿Cómo no se había dado cuenta de nada?

—Usted está casada —intentó hacerla razonar—. Es una dama. ¿Qué diablos es todo esto? ¿Desea vengarse de su marido porque tiene amantes? ¿Quiere nuevas emociones porque se aburre? ¿Le gusta volver locos a los hombres?

—Tengo mis razones.

—Y yo las mías para rechazarla.

Aquello sí la puso furiosa.

Se le notó en el rostro, de cejas crispadas, y en la manera en que lo miró, muy parecido a una daga lanzada con certeza.

—Entonces…, espero no volver a toparme con usted.

Leonor se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. No quería saber nada más de aquel individuo. Se había equivocado y posiblemente tendría que pagarlo con el precio de su reputación. ¿Cómo había podido errar el tiro? ¿Cómo había sido tan estúpida?

Se detuvo cuando escuchó la voz de Darrell a su espalda.

—¿Y si aceptara?

Cuando se giró, él había cruzado los brazos y la miraba con suspicacia. ¿Qué podía haberle hecho cambiar de opinión?

—¿Está valorándolo? —contestó con otra pregunta.

—¿Tendré libertad para hacer con usted lo que me plazca?

Ella tragó saliva.

—Sí.

—¿Sin límite de tiempo?

—Sí.

—¿Todo aquello que hay en mi sucia mente?

Un escalofrío recorrió la espalda de Leonor.

—Sí.

La boca de lord Lennox se curvó en una sonrisa misteriosa.

—Entonces, lo pensaré. Tendrá noticias mías.

Sin más, tomó la campanilla y llamó al servicio. Al instante, se abrió la puerta y apareció el estirado mayordomo.

—Es usted odioso —espetó Leonor.

Pero sus acusaciones parecía que ya no le causaban daño alguno.

—Lo sé —le sonrió—. Buenas tardes, *lady* Newry. Le acompañarán a la salida.

Capítulo 21
Una conversación casual

La misa estaba resultando una mezcla entre pomposa e insípida, como correspondía a las ceremonias religiosas reales, donde todo era tan protocolario que llegaba a provocar bostezos.

Estaba siendo oficiada por el mismísimo arzobispo de Canterbury, *primus inter pares* y cabeza visible de la Iglesia Anglicana en usencia del Rey.

Había asistido una buena parte de la Corte, los más allegados a la monarquía, todos vestidos de gran gala, y, por supuesto, la Reina.

Como en la Iglesia de Inglaterra, el Gloria se cantaba al final de la ceremonia. El arzobispo se había retirado del altar para tomar el sillón de honor que le correspondía al lado de Su Majestad, en primera fila, mientras las voces angelicales del coro trazaban volutas sonoras que se mezclaban con los acordes del órgano como un encaje finamente trazado.

De todos era sabido que la relación entre el arzobispo y la Reina no era de las mejores. El asunto venía de antaño, ya que el primado también se había posicionado de parte de *lady* Calpurnia en aquellos tiempos donde parecía que la sobrinísima reinaría para siempre en la Corte. Y la Reina, que tenía grandes virtudes, no atesoraba como dos de ellas el olvido ni el perdón.

—Hoy tendremos un día soleado —comentó en voz baja el arzobispo sin apartar la vista del altar.

—Su sermón ha sido muy inspirado —correspondió la Reina, adquiriendo la misma posición de pía devota.

Tras ellos, los nobles entonaban la letra del Gloria, ajenos a los labios casi inmóviles de la soberana y el primado.

—Si el tiempo no cambia —volvió a murmurar el arzobispo—, el clima estará delicioso para la fecha de su gran baile.

La Reina lo miró un instante, para adquirir de nuevo su aire de recogimiento.

—¿Me está solicitando que le invite?

El arzobispo juntó las palmas de las manos, como si entrara en oración.

—Nada más lejos, Majestad. Un ministro de la Iglesia no sabría qué hacer en un lugar así.

—Pues había oído decir que tiene usted un don especial para la contradanza.

El golpe causó su efecto. Muchos murmuraban que el religioso concurría ciertas fiestas privadas donde se invitaba a señoritas con quienes se bailaba hasta altas horas de la noche.

—La única danza que practico es la genuflexión ante el sagrado altar de Dios —se defendió él, cuando pudo volver a articular su expresión de fervor religioso.

—Muy propio.

El arzobispo y la Reina tenían pocas ocasiones para conversar. Con la enfermedad del Rey, los despachos los hacía con el Príncipe Regente, y la soberana lo esquivaba tanto como le era posible. Sí era cierto que, en las escasas ocasiones en que coincidían, ambos aprovechaban para lanzar tantos cuchillos, las más veces letales, como les era posible.

—Nos sentimos muy felices al ver que Su Majestad ha entrado en razón —murmuró el religioso con una beatitud encomiable.

Carlota elevó una ceja, aunque no apartó los ojos del altar.

—Insinuar que la Reina se equivoca se paga con la cabeza, Moore.

—Nada más lejos de nuestra intención —se hizo el ofendido—. Me refería a los Newry. Me han dicho que asistirán al baile.

Carlota sabía que transitaba un terreno delicado donde no era difícil adivinar de qué lado se posicionaría el arzobispo. No había contado con aquello, pues el purpurado jamás asistía a los bailes de Palacio. Que estuviera interesado podía deberse a dos razones: o que su familia, a pesar de ser lejana, estuviera involucrada, o a que encontraba en ello cierto gusto al retarla.

—Solo he invitado a la marquesa, por supuesto —aclaró ella—. Su sobrino sigue sin ser bien visto en mi presencia.

El rostro inexpresivo del arzobispo no cambió.

Tras ellos, nadie podía decir que mientras la ceremonia religiosa proseguía, mientras los angelicales niños entonaban el canto, había un furibundo duelo de lenguas en la primera fila.

—Admiramos enormemente que Su Majestad sea valerosa —soltó el prelado.

Ella volvió a alzar las cejas.

—Ignoro qué idea absurda hay en su mente.

Moore suspiró.

—*Lady* Newry sin ir del brazo de su marido en una ceremonia real —chasqueó la lengua—. Inglaterra entera disfrutará el escándalo —hizo una ligerísima inclinación, casi imperceptible—. Pero no tema, Majestad, rezaremos con fervor para que no le salpique.

Ella emitió un sonido gutural. Por menos de aquello, un noble terminaría con los huesos en un calabozo de la Torre, pero aquel individuo jactancioso se creía con poder como para amenazar a su señora.

—Sus intentos de intimidarme serían peligrosos si no resultaran infantiles, arzobispo.

Él se giró brevemente para mirarla.

—No recordamos que ninguna dama separada haya sido admitida en los fastos reales.

—El deber de la Corona es proteger a los injustamente tratados.

—¿Insinúa que la culpa es de nuestro sobrino?

Estaban alzando la voz, y los nobles de las filas más cercanas los estaban escuchando. Carlota se recompuso y el arzobispo volvió a juntar las palmas de las manos.

—¿De quién si no de su sobrino? —atacó otra vez la Reina, de nuevo, en voz muy baja—. Encaja bien en el proceder de un descendiente de Calpurnia.

¿Es que aquella mujer jamás olvidaría esas antiguas ofensas?

—¿Y si se equivoca? —la retó—. ¿Y si la causante de todas las desgracias es *lady* Newry?

La Reina se recostó en la enorme butaca, satisfecha.

—Tengo garantías de que no es así.

Una sonrisa maléfica afloró en los labios del religioso.

—¿A pesar de los rumores?

La pregunta causó el efecto deseado. La expresión de

complacencia de la soberana desapareció de inmediato, que lo miró a pesar de ser inconveniente.

—¿Intenta soliviantar a su reina?

El arzobispo bajó tanto la voz que resultó complicado entenderlo.

—Al parecer, doña Leonor frecuenta amistades poco recomendables.

—No le sienta bien hacerse el misterioso.

El prelado carraspeó, miró hacia atrás, correspondiendo con una sonrisa a los rostros que le saludaron, y se acercó ligeramente a la soberana.

—Lord Lennox.

La Reina quedó impactada.

—¿El traidor? Eso es absurdo.

Él le hizo un gesto para que bajara la voz.

—Pues todo indica que tienen una… «tierna» amistad —remarcó la penúltima palabra—, lo que ha obligado a nuestro abnegado sobrino a tomar medidas drásticas.

Carlota se cruzó de brazos, algo prohibido frente a un altar.

—Si eso fuera cierto, yo lo sabría.

De nuevo, el arzobispo mostró una expresión triunfal.

—Creo que sus informantes adolecen de pereza.

—Así que ha decidido retarme.

—¡Nunca haríamos algo así! Sois nuestra soberana.

A pesar de que todo indicaba lo contrario y el placer que manifestaba su rostro solo era comparable a cuando se ganaba una competida partida de críquet.

Había conseguido poner a la reina de mal humor. Y no solo eso, a preocuparla sobre algo de lo que estaba convencida.

—¿Cuál es su postura en todo esto? —le preguntó la soberana.

Él volvió a revestirse con la pompa de su cargo.

—La postura de la Iglesia de Inglaterra es ponerse al lado de la verdad, lo que es lo mismo que apoyar a lord Newry cuando presente la petición de divorcio contra una esposa que está rodeada de escándalos, y se relaciona con traidores a la patria.

La reina soltó una ahogada carcajada.

—¿Olvida que la cabeza de la Iglesia de Inglaterra es mi marido, no usted?

—¿Y cuál es la postura de la Reina?

Los últimos acordes del Gloria ya estaban sonando. En breve, tendría que terminar aquella disputa, pues el arzobispo tenía que dar por terminada la ceremonia.

—*Lady* Newry ha sido ofendida por un marido incapaz de cumplir con sus obligaciones —dijo la Reina—. No es culpable de nada.

—¿Y el asunto de Lennox?

—Es falso.

—No lo es.

La Reina se inclinó sobre el asiento donde estaba sentado el prelado, y se oyó un murmullo a sus espaldas.

Los niños cantores entonaron la última estrofa. Lo que tenía que decirle a aquel mequetrefe debía quedarle muy claro.

—¿Apuesta algo?

Él la miró a los ojos.

Si perdía, se arriesgaba al ostracismo en la Corte, pues la Reina no se lo perdonaría. Si ganaba, debería ser tenido en cuenta, aunque Carlota no le perdonaría un triunfo. Era en verdad arriesgado tomar cualquier decisión.

—Mi hacienda de Lockheed —apostó.

La Reina volvió a su postura de majestad.

—Tenemos un trato.

La capilla había quedado en silencio tras los últimos acordes.

—Debemos volver al altar —se excusó el arzobispo.

—Tiene mi permiso —dijo ella, recuperando la más exquisita cortesía.

El prelado emprendió el ascenso hacia la tribuna sagrada ante la expectación de todos.

Con disimulo, la Reina se volvió hacia una de sus damas de compañía.

—Quiero hablar con don Íñigo y con su hija Leonor —le ordenó—, de inmediato.

Capítulo 22
Una novia necesaria

Sir Perry parecía absolutamente encantado con la visita de Lennox, a pesar de que una semana atrás había jurado antes sus amigos, durante una cena en
White's,
que le negaría el saludo si llegaba a cruzárselo por Londres.

Sir Perry era uno de los cabecillas anti-Lennox más furibundos, y se le había escuchado decir públicamente que antes se cortaría la mano que tendérsela a un traidor. Pero entonces empezaron los problemas económicos, las dichosas yeguas que nunca ganaban las carreras, y los acreedores llamando a su puerta.

Que lord Lennox hubiera pensado en su hija para convertirla en su duquesa, a cambio de una suculenta dote, era la solución perfecta a sus problemas actuales, y eso bien valía un cambio en sus puntos de vista.

—¡Qué honor tan inesperado! —Le estrechó la mano con una calidez inusitada en un caballero con fama de inexpresivo.

—Veo que ha recibido mi nota —comentó Darrell con cautela, porque sabía que el caballero que tenía delante era uno de sus más firmes detractores a causa de los acontecimientos de la India—. No estaba seguro de que le localizaran en el club.

—Por supuesto, y he regresado a casa de inmediato. A un amigo hay que agasajarlo. ¿Un jerez, quizá?

Darrell se excusó.

—Se lo agradezco, pero tengo prisa. Lo cierto es que todo lo que teníamos que tratar estaba en la nota. Únicamente quería cumplimentar a su hija.

El barón parecía la viva imagen de la satisfacción. Si los esponsales se celebraban con celeridad, la noticia de su ruina no

llegaría a hacerse pública y podría recuperar el pagaré que tenía como aval aquella mansión.

—He de reconocer que me ha sorprendido que su gracia esté interesado en mi Anabella hasta el punto de querer hacer una proposición en firme.

Darrell carraspeó.

—Espero que haya quedado claro que, si la decisión se resuelve a su favor, la boda debe ser de inmediato, y que partiremos en cuanto los vientos nos sean propicios.

No podía ser mejor noticia.

—Clarísimo, querido amigo. En cuanto a la dote…

—¡Qué coincidencia tan encantadora! —sonó una aguda voz femenina, haciendo que ambos hombres se volvieran hacia la entrada del salón, de donde procedía.

Quien acababa de aparecer era *lady* Rubens, en esa ocasión, sin la sempiterna compañía de su hija. Parecía fascinada con encontrar reunidos a los dos caballeros.

Sir Perrry miró a su mayordomo, pidiéndole discretamente una explicación, porque era del todo impropio que fueran molestados cuando trataban asuntos de negocios. Pero el criado se encogió de hombros, dándole a entender que había sido imposible detener a la «bestia».

—*Milady* —pudo articular el barón—, creo que mi esposa se ha ausentado esta tarde.

—Eso me han dicho. —Tomó asiento en una butaca sin esperar a ser invitada—. Pero al oír la voz de lord Lennox, no he podido cometer la descortesía de no saludarlo, sobre todo, ahora que tenemos un trato.

—¿Un trato? —preguntó Perry, un tanto desconcertado.

—¿No se lo ha dicho? —Se hizo la sorprendida—. Milord ha pedido la mano de Rosemary.

El barón se mostraba contrariado. Sus dificultades económicas eran cuantiosas y la nota que había recibido del duque de Lennox dejaba bien claro que sus intenciones eran pedir la mano de su hija. ¿Por qué decía *lady* Rubens que milord ya estaba comprometido?

—No alcanzo a entenderlo.

Darrell, que hasta ese momento había permanecido callado, dio un paso al frente y, con absoluta calma, se dirigió al caballero.

—Lo que sin duda *lady* Rubens ha querido decir —le hizo una ligera y fría reverencia— es que he tanteado la idoneidad de su hija para convertirse en mi duquesa, como la de otras doncellas de buena posición. Mi intención es decidirme por aquella que cumpla todos los requisitos, entre ellas, milord, su hija.

El barón pareció francamente decepcionado. Había dado por sentado que la elección ya estaba hecha y veía sus deudas pagadas y sus acreedores lejos de su puerta. Aunque ahora que lo decía…, precisamente, eso era lo que explicaba la carta, que buscaba esposa y había pensado en su hija como una de las candidatas.

—Quizá me he expresado mal —se excusó *lady* Rubens, aunque su maléfica sonrisa decía lo contrario.

—Digamos que ha sido poco precisa —lo confirmó Darrell.

El barón veía escurrirse sus posibilidades como si se tratara de agua recogida en las palmas de las manos. Anabella no era precisamente una muchacha agraciada. Era caprichosa en exceso y muy dada a la desidia. Malamente resistiría una comparación entre otras doncellas de su edad y posición.

—¿Y aún no ha tomado usted una decisión? —Intentó asegurarse de cuáles eran sus posibilidades.

Darrell sabía contenerse y lo estaba haciendo. Quien no lo conociera tendría delante a un caballero sereno, exquisitamente educado, que no mostraría de ninguna manera sus emociones en público. Una mirada más detenida dejaría ver la ira que anidaba en su pecho ante la intervención en sus asuntos de aquella cotilla.

—Por momentos, tengo más claro a qué muchachas deberé desechar —dijo con frialdad, mirando a *lady* Rubens—, aunque se deba más a incompatibilidades familiares que a las bondades de la doncella.

El barón se apresuró a defender su candidatura.

—Anabella ha recibido la mejor educación, y todos dicen que el próximo año, cuando sea presentada en sociedad, tendremos una larga cola de caballeros ante nuestras puertas solicitando su mano.

—Casi tan larga como la de los acreedores —soltó *lady* Rubens en voz baja.

—¿Perdón?

A Darrell lo último que le apetecía era una contienda entre la dama y el caballero. Detestaba la sociedad por asuntos como aquel,

las continuas intrigas, las falsedades, y la educación forjada como arma arrojadiza. Alzó la voz para que se le escuchara sin demora.

—¿Podría saludar a su hija? Tengo prisa y valoro una primera impresión.

—No sé si *lady* Rubens… —Era una clara invitación a la aristócrata para que se marchara.

Ella esbozó una sonrisa de autosuficiencia.

—Me quedaré, gracias —se arregló la falda a su alrededor—. En ausencia de su madre, la criatura agradecerá una mirada amiga.

El barón observó a Darrell. Este permanecía impasible.

Aún titubeó unos instantes antes de salir y dejarlos solos. No le había dado tiempo de hablar con su hija a su llegada del club, y era necesario amonestarla sobre cómo debía comportarse en presencia del duque para que cada uno de sus defectos pasara desapercibido.

Cuando la puerta se cerró tras sir Perry, la mirada helada de Darrell se clavó en la dama.

—¿A qué está jugando?

Ella encajó su hierática sonrisa. Aquel hombre era peligroso y debía andarse con cautela.

—Dígamelo usted.

Darrell no se movió de donde estaba. Sabía cuál era la intención de aquella mujer, lo que ignoraba era su modo de proceder, absolutamente contrario a la obtención de su objetivo a menos… a menos que tuviera algo con qué presionarlo.

—Rosemary es una muchacha encantadora —dijo con firmeza—, pero no sé si tenerla por suegra es un mal superable.

Ella parecía encantada.

—Me habían dicho que era usted directo, y veo que es cierto.

—Si pretende influir en mi decisión, creo que ha elegido el peor camino.

Ella lo analizó detenidamente. Era la primera norma cuando se accedía al campo de batalla. Indudablemente, lord Lennox era muy atractivo. De esos caballeros que, si no arrastraran una pésima reputación, tendrían a la sociedad a sus pies. ¿Qué le habría llevado a traicionar a su Corona? Decían que los malsanos aires de Oriente volvían locos a los hombres, y debía ser cierto cuando alguien con su potencial lo echaba todo a perder por una decisión sin sentido.

Que el duque entendiera lo que iba a decirle era fundamental.

—Lo cierto es que no he venido a ver a *lady* Perry, sino a usted.

Él aguzó aún más la mirada. Parecía uno de esos tigres que había en el bestiario real, que helaban la sangre en las venas cuando te observaban.

—¿Y cómo sabía que me encontraría aquí?

Rubens amplió la sonrisa.

—Se sorprendería lo que se puede hacer con un par de chelines en las manos adecuadas.

No le extrañó la temeridad a la que había llegado la dama.

—Ha mandado que me sigan. Ya veo —dio un intimidante paso en su dirección—. ¿Y para qué quería verme?

Ella supo controlar la desazón que aquel hombre le provocaba. Carraspeó para que no fuera evidente su nerviosismo.

—Para pedirle que termine con estas visitas infructuosas —dijo con total naturalidad—, y que anuncie en el baile de la Reina su compromiso con Rosemary.

Él alzó una ceja, y una mueca burlona se dibujó en su boca.

—¿De verdad cree que esto le funcionará?

Ahora o nunca.

—Quedan dos días para el evento de la temporada y solo yo puedo lograr que no salte el escándalo.

Los ojos de Darrell se aguzaron.

—¿De qué habla?

La dama se estiró en el asiento. Aquel hombre la intimidaba. Si no había tenido escrúpulos en hacer asesinar a sus compañeros de filas…, ¿qué le impediría acabar con su vida allí, en aquel momento?

—Todo Londres ya murmura que usted y *lady* Newry son amantes —intentó aparentar una calma que no sentía—, y me consta que si bien veo en sus ojos que ella no le es indiferente, he comprobado en los de la marquesa el mismo brillo al referirse a usted.

Darrell parecía sorprendido con la noticia.

—Eso es absurdo. Doña Leonor está dichosamente casada, se lo aseguro.

—Si esos rumores no se detienen —apuntilló—, su querida amiga caerá en desgracia y, no solo eso, estallará el escándalo. Un escándalo que dudo pueda permitirse, en vista de su acuerdo con

lord Bedford.

Temió que aquella arpía pudiera conocer por algún medio las palabras cruzadas con milord.

—No sabe nada de ese acuerdo.

—Por supuesto que no. —Se quedó más tranquilo—. Solo sé que existe, y que debe tener carácter comercial. Le estrechó la mano a la salida de su despacho. También se rumorea en todo Londres. Y es sabido de la aversión de Bedford a los escándalos.

Así que se trataba de aquello. Lo estaba chantajeando. Intentó saber hasta dónde era capaz de jugar aquella víbora.

—¿Y cuál es su propuesta? Porque si ha tenido la temeridad de venir hasta aquí para amenazarme, debe estar muy segura de que puede hacerlo sin salir perjudicada.

Ella sonrió de nuevo. Era la imagen misma de la bondad.

—Si bien soy capaz de destruir la reputación de cualquiera con una sola frase, también sé reconstruir una reputación perdida.

—Dudo que tenga ese poder.

Ella alzó la cabeza para revestirse de superioridad, una capacidad que no tenía, pero que podía aparentar sin resquicios.

—Declare públicamente su compromiso con Rosemary durante el baile —le exigió—, y le garantizo que nada de lo que ya se cuece en los salones se hará público. La reputación de *lady* Newry quedará intacta, su trato con Bedford seguirá adelante ante la ausencia de escándalos, conseguirá una esposa, mi hija, y todos saldremos ganando.

Lennox tuvo que admitir que era un buen plan, a pesar de cómo le revolvía las entrañas.

—¿Y si me niego?

Ella bajó la cabeza, pero su mirada clavada en sus ojos no se desvió.

—Prenderé la llama, y ni toda el agua del mar podrá apagar los destrozos del incendio.

Capítulo 23
Una carta inesperada

Rogó porque el grito que acababa de lanzar no hubiera traspasado las puertas de su dormitorio.

Leonor se sentó en la cama, sudorosa. Ya había amanecido. De hecho, el sol se mostraba alto en el cielo, lo que indicaba que aquella noche en duermevela solo le había traído el sueño cuando estaba muy avanzada la madrugada.

Sueño no, pesadillas. Porque eso era lo que la había despertado con un grito en los labios. No recordaba los detalles, únicamente que ella intentaba salir de un largo pasillo a oscuras que cada vez se hacía más estrecho y asfixiante.

Se levantó y fue hasta el tocador. Su piel estaba sofocada. Su corazón también. La imagen de lord Lennox no había salido de su cabeza desde el instante mismo en que cerró los ojos para intentar dormir. Sobre todo, sus labios, y el tacto suave sobre su boca. Y su olor, aquel aroma especiado y salvaje que lo evocaba.

No, nunca le habían interesado los ingleses, y los hombres, en general, le parecían una curiosidad de la naturaleza, extremadamente vanidosos y prepotentes. ¿Por qué entonces aquel lord de escasa educación e infladísima autoestima le causaba aquella desazón?

Se apartó el cabello de la cara y llenó una copa de agua de la jarra. Necesitaba refrescarse, y también olvidarlo. Por dos veces, le había dejado claro que solo quería burlarse de ella, ya que al parecer no encajaba en el tipo de mujeres que solía seducir. Necesitaba olvidarlo para siempre.

Más serena, tocó la campanilla para avisar al servicio.

La puerta se abrió al instante, como si estuvieran aguardando al otro lado, y entraron la señora Smith, su doncella y dos criadas.

—*Milady* —la saludó el ama de llaves con una inclinación—, hace una mañana encantadora. Su hermana ha mandado recado de que paseará en coche por Pall Mall hasta el palacio de Saint James, y la invita a unírsele.

Podía ser una buena idea porque así sacaría al maldito duque de su cabeza. Tendría que saludar a un montón de personas insoportables, pero también sería un buen termómetro de hasta dónde sabía la sociedad de la furtiva amante de lord Lennox. Y aquello sería «comportarse con naturalidad», ¿no? Era lo que había exigido su progenitor.

—¿Mi padre ya ha desayunado? —preguntó.

—Se ha marchado temprano. No ha dejado recado para usted.

La doncella ya estaba descorriendo las cortinas, y las criadas arreglaban la cama y recogían su vestido del día anterior, que estaba tirado sobre una descalzadora.

—Ha llegado correo. —El ama de llaves lo colocó sobre la mesa—. El señor ya se había marchado.

La forma en que lo dijo indicó a Leonor que debía prestar atención a las misivas. Las tomó entre los dedos y empezó a pasarlas una a una: la invitación a un baile al que no asistiría, a una fiesta campestre de la que también se excusaría, tomar el té con *lady* Wycombe, que era lo mismo que exponerse a ser despellejada… La letra que marcaba el envés de una carta la reconoció de inmediato. Era de Oswald, su esposo.

Se la quedó mirando para después dirigir los ojos al ama de llaves.

—Se la hubiera entregado al señor para evitar que su contenido le afectase, *milady* —le dijo la sirvienta—. Pero, en su ausencia, creo que lo más prudente sería leerla cuanto antes, por si debemos mandar un lacayo en busca de don Íñigo.

Leonor estuvo de acuerdo y, con mano temblorosa, rompió el lacre y desplegó la carta, que sus ojos recorrieron con aprensión.

Lady Newry:

Me llega la noticia de que Su

Majestad la ha invitado personalmente al baile anual que se celebrará mañana. Un baile al que, por circunstancia que no procede explicar, los Newry no solemos asistir. Por eso le prohíbo que atienda esa invitación y le exhorto a que, siendo fiel al decoro, se excuse adecuadamente ante la Reina.

Igualmente, y hasta que nuestros asuntos se arreglen, no debe dejarse ver en sociedad, ni acudir a actos públicos ni aceptar invitaciones de ningún tipo. Insisto, lady Newry, no debe ser vista en Londres.

Por último, es impropio que, teniendo casa en la ciudad, resida en la de su padre, por lo que debe abandonar Chesham Manor cuanto antes y alojarse en nuestra casa hoy mismo sin mayor dilación.

Es su obligación obedecerme hasta

que nos encontremos en Londres muy pronto y resolvamos este enojoso asunto.

Lord Nevvry.

Arrojó la carta al suelo a la vez que sus ojos se llenaban de cólera. Órdenes, órdenes y órdenes. Y el tono distante, como si se tratara de una extraña. Si no estuviera firmada por Oswald, diría que tampoco estaba escrita por él. Su esposo nunca había sido así. Era un hombre amable y cortés, pero si estaba reaccionando de aquella manera, podía deberse a que veía una posibilidad de que sus planes de repudiarla no llegaran a buen término.

—No es necesario llamar a mi padre —le dijo al ama de llaves, que la había recogido y doblado para dejarla junto a las demás—. No vamos a obedecer ninguna de sus exigencias.

—Como desee, *milady*.

La cabeza de Leonor no paraba de dar vueltas. Estaba claro que Oswald tenía un plan y que los rumores empezaban a causar efecto, pero de ninguna manera se ocultaría como si fuera culpable de algo.

Miró a su doncella.

—¿Está preparado el vestido blanco que enviaron desde París?

La muchacha la miró un tanto desconcertada. Era una pieza muy valiosa y más propia de una velada nocturna que de un paseo mañanero.

—Sí, señora —respondió.

—Me apetece ponérmelo —se dirigió al ama de llaves—. Señora Smith, dígale a mi hermana que me encantará acompañarla, pero que prefiero un paseo a pie.

—¿Sin que las escolte un caballero? No sé si…

—Dígaselo —fue amable pero tajante—. Mi hermana sabrá que tengo razones para hacerlo.

A la señora Smith no le quedó más remedio que obedecer. La doncella ya rebuscaba el delicado vestido en el baúl, y el ama de llaves iba a salir cuando recordó algo.

—*Milady*, hay otra carta que debería leer.

Leonor miró el mazo que volvía a descansar sobre el tocador. Las fue ojeando una a una, pasando por alto la de su marido, hasta que vio el remite de la última de todas, y un cosquilleo conocido le recorrió la espalda. Era del duque de Wildflowers, de lord Lennox, cuyo apellido estaba trazado con largas y afiladas líneas.

Pasó un dedo por el papel, siguiendo el trazo de la tinta. Las volutas se elevaban con fuerza y descendían con el mismo ímpetu. Aquella caligrafía hablaba de firmeza y decisión, y había algo sensual, quizá la inclinación de la letra, que incluso llegó a turbarla.

Cuando miró hacia la puerta, el ama de llaves ya se había marchado y su doncella preparaba el vestido, ensimismada en su tarea.

Como si hiciera algo furtivo, rasgó el lacre y desplegó la carta.

La misma letra masculina e imperiosa trazaba apenas unas pocas líneas.

Corre peligro.

Necesito verla con la mayor discreción.

Siga las instrucciones que le detallo al pie.

Sería conveniente que destruyera esta misiva cuanto antes.

Lennox.

El rostro se le encendió desde la primera palabra y un ardor sofocante se alojó entre sus piernas. Tuvo que tomar una bocanada de aire para calmarse.

Inmediatamente, fue hasta la chimenea y trasteó los rescoldos.

—Puedo hacerlo yo, *milady* —dijo una de las criadas, que había entendido que su señora tenía frío.

—No es necesario —respondió con cuidado.

Cuando la sirvienta volvió a sus quehaceres, localizó un trozo de

carbón aún encendido y colocó la carta sobre él, aguardando hasta que prendió.

Las criadas la estaban observando a hurtadillas. Se habían dado cuenta de lo que había hecho y durante todo el día murmurarían sobre el contenido de aquella carta clandestina que había quemado su señora, pero no podía hacer otra cosa. Si alguien la leía, aunque fuera la señora Smith, o incluso su hermana…

¿Sería una nueva broma? ¿Un nuevo desprecio?

Las instrucciones eran precisas y poco recomendables. Debía vestir de manera discreta, acercarse a un punto determinado pasando desapercibida, donde le esperaría un carruaje, y subir a él sin preguntar. Una sucesión de imprudencias que a ninguna mujer cabal se le ocurriría atender.

¿Qué se encontraría si decidía seguir las instrucciones? ¿Habría cambiado Lennox de parecer y deseaba hacerla suya?

Quizá se tratara de un nuevo desprecio. Pero era la única salida que le quedaba: reunirse con él y ofrecer su cuerpo a un hombre para que lo mancillara a su antojo.

Lo que para cualquier dama de su misma posición sería perderse irremisiblemente, para ella era la forma de ganar. Aunque ello supusiera plegarse a los sucios deseos de Lennox.

Solo de imaginarlo, el extraño escalofrío volvió a recorrerla.

Capítulo 24
Un paseo imprudente

El carruaje las había dejado en la esquina del parque con The Mall, y avanzaba lentamente por la calzada lo suficientemente separado de las dos damas, pero sin que el cochero las perdiera de vista.

Cuando María recibió el recado de que su hermana prefería que anduvieran durante el recorrido, había tenido la precaución de que las acompañaran dos pajes con librea que caminaban convenientemente unos pasos detrás de ellas, atentos a cualquier necesidad de sus señoras.

Al ser ambas damas casadas y parientes en primera línea, no hacían nada indecoroso, aunque el vestido de Leonor levantaba continuas miradas de asombro y admiración.

Era una exquisita pieza francesa de una gasa tan liviana que la mínima brisa la movía a su alrededor. De un blanco reluciente y de estilo griego, se ajustaba a su busto para caer a lo largo y terminar en una elegante cola que ella llevaba recogida en un brazo, como si se tratase de una diosa. Lo sorprendente era su exquisita sencillez, pues solo estaba adornado por una ligera puntilla bordada en el escote y las bocamangas, lo que daba prestancia a una tela organizada en delicados pliegues que envolvían a la figura femenina y la mostraban en su plenitud.

El objetivo de Leonor era bien simple: dejarse ver. De esa manera, no solo contravenía las indicaciones de su esposo, sino que, posiblemente, añadiera dificultades a su modo de proceder en un futuro próximo.

—¿Y cuál crees que es su intención? —preguntó María, que seguía preocupada desde que su hermana le había contado lo de la misiva de Newry.

—Impedir cualquier maniobra que pudiéramos hacer

—contentó—. Si me vuelvo invisible, tendrá tiempo para exponer sus argumentos sobre mí, aquí y allá, sin el inconveniente de que yo pueda contradecirlos.

—¿Le obedecerás?

Era su obligación. Una mujer casada no tenía potestad sobre sus actos, que debían venir dictados por un varón cabal que sabría lo que era mejor para ella.

—No. —No tuvo dudas—. Si mi marido va a intentar arruinar mi reputación antes de darme el toque de gracia con un divorcio injusto, sería estúpido ponérselo en bandeja.

—Creo que papá estará de acuerdo contigo.

Un par de caballeros vestidos para la Corte las saludaron, alzando el sombrero. Ellas correspondieron con una inclinación debajo de sus sombrillas persas con las que se cubrían del tímido sol, para continuar sin detenerse.

—Si el plan que han trazado papá y la Reina funciona, no se atreverá a presentar la demanda por ahora, y tendremos tiempo de encontrar la manera de neutralizarlo. Al menos, eso espero.

—¿Lo has hecho?

La pregunta de María la cogió desprevenida. La miró con las cejas arqueadas.

—¿A qué te refieres?

—A lord Lennox, por supuesto. ¿Te has entregado a él?

Leonor carraspeó. ¿Por qué su cuerpo reaccionaba con escalofríos con que simplemente pronunciaran su nombre? La pegunta le resultó incómoda, porque intentarlo lo había intentado, pero por dos veces sus esfuerzos habían sido rechazados.

—Puedes estar tranquila —dijo tras un breve suspiro—. Sigo tan intacta como el día en que nací.

María alzó la barbilla, indicando hacia el frente.

—Mejor, porque lord Lennox viene hacia aquí —expuso—, y quiero saber si abofetearlo o ser fríamente cortés.

Leonor se sintió invadida por un escalofrío. Tardó unos segundos en sobreponerse y tener fuerzas suficientes como para mirar en la dirección que le había marcado su hermana.

Lo reconoció al instante. Llevaba del brazo a su madre, *lady* Wildflowers, que se empeñaba en saludar y detenerse con cuantas personas de calidad se cruzaban en su camino.

—Podemos dar la vuelta. —María se había percatado de su ofuscación—. Creo que aún no nos han visto. Sería lo más conveniente.

El argumento no podía ser más cabal, sobre todo, porque aquella misma noche ella y él… Tragó saliva. Si ahora lo esquivaba, le resultaría imposible entregarse cuando él avanzara en sus propósitos. Debía enfrentarse a sus decisiones, y aquel era el momento.

—Entre milord y yo no hay nada reprobable —contestó—. No tenemos por qué abandonar un paseo tan placentero.

Pero lo cierto era que se sintió incapaz de contestar a las preguntas de su hermana, que continuaba a su lado explicándole los rumores que circulaban por Londres sobre las maravillas que se habían dispuesto para el baile real, una forma como otra cualquiera de que, cuando se cruzaran, no estuvieran hablando de temas delicados.

Y la razón no era otra que Lennox.

Darrell caminaba de aquella forma segura, con la cabeza alta, ajeno a las excesivas cortesías que la etiqueta requería cuando un caballero se cruzaba con personas de calidad.

Estaba arrebatadoramente atractivo, debía reconocer. El terno azul oscuro potenciaba el tostado de su piel y la negrura de sus ojos, y la camisa y el pañuelo blancos le aportaban un aire elegante a la vez que desenfadado.

Supo exactamente cuál fue el momento en que él reparó en ella. Lo supo porque, aún desde la distancia, vio cómo se congelaba su paso, cómo se abrían un poco más sus ojos y cómo contenía la respiración.

Esto duró apenas unos instantes, porque enseguida se sobrepuso y cambió la dirección de su mirada, dando a entender que no había reparado en ella.

Leonor, por su parte, sintió cómo se le encabritaba el corazón, y aquel sofoco inusual volvía a adueñarse de ella.

Agradeció que María, que siempre sabía cómo proceder, estuviera hablando de tejidos y tocados, porque eso ayudaba a que no tuviera que contestar.

Cuando *milady* las localizó, las saludó agitando su abanico y tiró de su hijo para reunirse con ellas.

—Hoy mismo quería visitarlas en casa. ¿Sigue hospedándose en la de su padre, *lady* Newry?

Ella asintió, sin atreverse a mirar a Darrell, que estaba justo a su lado, tan cerca que su olor a hierbas y especias la envolvía y le arrancaba una desazón deliciosa.

—Mi padre es de costumbres españolas —contestó su hermana por ella—. Muy apegado a sus hijas. El marido de mi hermana comprende estos caprichos provocados por la devoción a la familia.

—Por supuesto —convino la duquesa—. ¿Se acuerdan de mi hijo? Nos acompañó en la cena…

—Nos sentamos próximos —Leonor no la dejó terminar—. Pensaba que ya había embarcado para Oriente, milord.

Él le hizo una reverencia.

—Aún tengo asuntos que resolver, pero lo sabrá cuando haya abandonado Londres.

Milady se enganchó del brazo de María, y prosiguió con el paseo, arrastrando con ella a su acompañante. María miró a su hermana con desamparo, y con la advertencia en los ojos de que no cruzara palabra alguna con el duque.

Lennox no cometió la temeridad de ofrecerle el brazo a Leonor, pero sí le indicó con un gesto que siguieran a las damas, mientras los dos pajes tomaban posiciones en la comitiva.

—Puedo despedirme en este momento arguyendo cualquier excusa —dijo él, caminando con la mirada puesta al frente—, si es que mi presencia en público la perturba.

—¿Por qué habría de perturbarme?

Él la miró un instante. El tiempo justo para comprobar que aquellos labios que no salían de su cabeza eran aún más seductores al natural que lo que su mente recordaba.

—Podría argumentar que mi reputación no es precisamente transparente.

—Eso tengo entendido.

Él reprimió una sonrisa.

—O que circulan rumores por Londres de que cierta dama frecuenta mi lecho, y podrían dirigirse a usted.

Así que los rumores también le habían llegado a él. ¿Sería esa la razón por la que había cambiado de parecer?

—Vamos acompañados por su madre y mi hermana

—argumentó Leonor—, y estamos en una de las calles más concurridas de Londres, camino del palacio Real. Quienes tienen algo que ocultar se esconden, no se exponen.

—Muy cierto —tuvo que convenir—. Pero aún hay una tercera razón.

Ella lo miró. El perfil varonil se recortaba contra la fachada de piedra de uno de los palacios. Tuvo que reconocer que había visto a pocos caballeros tan atractivos.

—¿Y cuál es? —preguntó, volviendo la vista al frente.

La respuesta se hizo esperar, y cuando Darrell habló, lo hizo en voz muy baja y sin apartar la vista del frente.

—¿Vendrá esta noche?

De nuevo, el sofoco, la sensación de que su piel se volvía sensible incluso al menor soplo de aire.

—¿Volverá a rechazarme?

Esa vez, él mantuvo la mirada al frente, como si no fuera a decir algo importante.

—Mi intención era explicarle mi plan para resolver la extraña situación que nos une, pero si lo desea, le haré el amor.

El calor sofocante se alojó en una parte muy indecorosa de la anatomía de Leonor, provocándole un cosquilleo delicioso.

Un grupo de damas se les cruzaron, y ellos contestaron a los saludos con naturalidad. Vieron el desconcierto en sus ojos. Era evidente que conocían los rumores y estos quedaban bastante desfigurados con aquel paseo.

Cuando de nuevo estuvieron a solas, Leonor pudo hablar al fin.

—Y usted, ¿lo desea?

Podría contestarle con la verdad, convino Darrell, que solo pensaba en el momento en que aquella deliciosa criatura se retorciera entre sus brazos mientras él la hacía suya de todas las formas posibles, pero decidió no ser tan explícito.

—Tengo cierta curiosidad.

—Y un don especial para ofender a una dama —dijo, intentando contener la cólera.

La respuesta inmediata de Leonor lo llenó de curiosidad.

—¿Quiere que la desee?

Ella se encogió de hombros.

—Me es indiferente.

Evidentemente, nunca había entendido a las mujeres, pero el misterio se volvía absolutamente impenetrable con aquella.

—Así que se me insinúa, se me ofrece, pero no le resulto atractivo. Es usted un misterio, *lady* Newry.

Leonor tuvo que estar de acuerdo en que así era. Hasta ese momento, había intentado el juego de la seducción, el que había visto ejercer a las mujeres de la vida en Petticoat Lane o había leído en las novelas subidas de tono, pero el resultado había sido un absoluto fracaso. ¿Y si se sinceraba con él? ¿Y si le pedía explícitamente lo que necesitaba? Lo miró de nuevo. Cuando no intentaba aparentar arrogancia, había algo muy noble en su semblante, casi amable. Eso la conmovió.

—¿Por qué debería fiarme de usted? —le preguntó a bocajarro.

Darrell la miró con cejas fruncidas. Parecía importarle lo que Leonor pensara sobre él, lo que de nuevo la desconcertó.

—Porque no tengo nada que perder —argumentó Darrell—, porque desapareceré de su vida en unos días y porque me es indiferente lo que puedan decir.

Ella no apartó los ojos. Los de él la escrutaban, intrigados. Los de ella intentaban adivinar si aquella impresión de nobleza no era una simple fantasía.

—Mi esposo va a repudiarme —se atrevió a decir.

La preocupación apareció en los ojos de Darrell.

—Lo lamento.

Pero también algo distinto. Quizá un reflejo de esperanza.

—Yo no lo lamento —dijo Leonor—. Pero por desgracia, solo tengo las opciones de seguir casada o languidecer encerrada por el resto de mi vida, y como comprenderá, la segunda es aún peor que la primera.

La mirada de él seguía llena de intriga.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Ella carraspeó. Hablar de aquello era del todo sofocante.

—Cuando vengan los doctores, no pueden encontrar lo que esperan.

—¿Los doctores?

Aquel hombre lograba exasperarla.

—¿Tengo que explicárselo?

Un brillo de entendimiento fue alumbrando sus pupilas. La

forma en que la miraba ahora era del todo nueva, y llena de enigmas.

—¿Usted es…?

—Sí. —Tuvo que acordar Leonor—. Tiene un don especial para ofender a una dama.

—Así que es solo… la necesidad de eliminar una incomodidad.

—Correcto.

Un montón de ideas empezaron a agolparse en la cabeza de Darrell. Algunas de ellas eran bastante obscenas, debía reconocerlo, pero otras…

—¿Hubiera elegido a cualquiera? —le preguntó a Leonor.

Ella se encogió de hombros porque seguía molesta. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado que alguna vez tendría aquel tipo de conversaciones con un caballero.

—Usted mismo lo ha dicho: es perfecto porque desaparecerá para siempre de Inglaterra y no es digno de crédito en los círculos sociales.

Él sonrió.

—Aprende rápido.

—No sé a qué se refiere.

—A ofender a un caballero.

La miró a los ojos. Le brillaban. Tenían una intensidad que casi quemó el triángulo de piel que siguieron sus pupilas, desde los labios jugosos a los párpados acalorados.

—¿Me ayudará? —Leonor no quería que sonara a súplica, hubiera sido demasiado desesperado, aunque… ¿cómo se encontraba si no?—. ¿Lo haremos esta noche?

Aquella mujer no era consciente de lo que le pedía. Cuando se desea tanto a alguien como le pasaba a él, un simple contacto se podía convertir en un incendio.

—Sí —dijo en voz baja, gutural. ¿Cómo podía negarse?—. Pero tengo que advertirle algo.

Las mejillas de Leonor se tiñeron de rojo. Ahora que estaba solucionado, su voluntad empezaba a flaquear.

—Estoy preparada.

Él aminoró el paso. No quería que ni su madre ni María pudieran escucharlo. También habló en voz muy baja.

—Lo único que sacaré de esto es un rato de placer, y pretendo

disfrutarlo tanto como me plazca. —La miró de una forma tan intensa que el calor que se alojaba entre las piernas de Leonor empezó a expandirse por su espalda—. ¿Lo ha entendido?

Ella estaba segura de que no podría contestar, porque eran tan intensas las sensaciones de su piel, de sus entrañas, que no creía posible que la voz pudiera salir de su cuerpo.

Fue salvada por la oportuna presencia de un lacayo de su padre que, acalorado, interrumpió la conversación.

—*Milady*, su padre la requiere de inmediato.

María lo había visto acercarse casi a la carrera y lo había reconocido. Ya se había girado hacia su hermana con la frente fruncida.

—¿Papá? —urgió al joven sirviente—. ¿Ha sucedido algo?

El muchacho parecía contrariado. Le hizo una reverencia.

—No lo sé, *lady* Torlundy —contestó—. Lo único que me ha indicado don Íñigo es que encuentre a doña Leonor, aunque sea debajo de las piedras, y la lleve de inmediato en presencia de la Reina.

María contuvo el aliento, y Leonor tuvo la certeza de que aquello no podía ser una buena noticia.

Capítulo 25
Una incómoda familiaridad

El carruaje de lord Newry se detuvo a las puertas del Palacio de Lambeth, y el marqués descendió con la frente crispada por la preocupación.

Había mandado misiva a su tío avisándole de su inmediata visita, a la vez que daba las instrucciones precisas al servicio de su residencia londinense para que abrieran la casa y alojaran a *lady* Newry hasta que él llegara.

La respuesta de su mayordomo no le había sorprendido, aunque sí preocupado: *milady* no había aparecido por la mansión ni nota alguna indicaba que fuera a hacerlo.

Eso solo significaba que seguía alojada con su padre, con don Íñigo, un caballero de quien había que guardarse, ya que tras su apariencia bonachona se encerraba una mente afilada y una conducta moral demasiado liberal para la buena aristocracia británica.

El secretario de su tío lo recibió con un largo listado de muestras de adulación: inclinaciones, sonrisas, tratamientos y deferencias, lo que le hizo comprender que estaba al tanto de los acontecimientos.

John Moore, arzobispo de Canterbury, lo esperaba en el delicioso jardín trasero del palacio, donde acababan de servirle su té con bizcocho, y disfrutaba de los escasísimos instantes de tranquilidad que su ajetreado ministerio le permitía.

—Oswald, querido —instó a su sobrino a sentarse en la silla que un lacayo acababa de traer—. Nos tranquiliza saber que ya estás aquí.

Newry estaba lo suficientemente inquieto como para que la actitud relajada de su tío lo exasperara.

—Tío John. —Se sentó muy derecho, rechazando el ofrecimiento

de una aromática taza del mejor té—. He salido de Bray House tan rápido como me lo han permitido mis asuntos.

Su tío dio un mordisco al bizcocho de corteza de limón, y solo habló cuando lo había deglutido al completo.

—¿Qué asunto hay más importante que tu honor?

—Dudo que sea puesto en cuestión —contestó molesto.

El arzobispo se limpió los labios con la delicada servilleta bordada con su escudo y la dejó perfectamente doblada a un lado.

—Tu esposa deambula por Londres vestida como una fulana —expuso con lengua afilada—, y tratando con cuantas personas de calidad le viene en gana. Eso, querido, atenta contra tu honor.

Lord Newry estaba cada vez más convencido de que estaban cometiendo un error. Que había problemas entre Leonor y él era evidente, pero cuando había acudido a su tío, meses atrás, para que le diera un buen consejo sobre cómo solventarlos…

—Tú mismo me indicaste cuando te consulté sobre nuestro… delicado problema —se atrevió a formular—, que el primer paso para solventarlo era expulsarla de Bray House, para que fuera evidente que vivíamos separados.

Su tío sonrió. A Oswald le pareció que su rostro adquiría una expresión muy parecida a la de las hienas que campeaban por el bestiario real.

—Pero en ningún momento te dijimos que la dejaras libre por Londres.

—Es una Mendoza, tío John. —¿Es que no comprendía la dimensión que eso implicaba?—. Ella y su hermana tienen una resistencia natural a obedecer órdenes.

El arzobispo miró a su sobrino con detenimiento. Había estado seguro de que el muchacho sabría en todo momento cuál era su obligación, pero a veces dudaba, y eso era terriblemente peligroso.

—¿Notamos cierta admiración en tus palabras, Oswald?

Newry no apartó los ojos de la afilada mirada del arzobispo.

—Amo a Leonor. Creo que eso quedó claro desde el principio.

El amor, el amor, qué cosa tan absurda y burguesa.

—Pero no puedes procrear con ella, querido —argumentó, como si fuera algo evidente.

—Pero con el tiempo…

—Querido —no lo dejó terminar—, el tiempo en un hombre solo

logra empeorar ese delicado problema. Necesitas otra mujer. Una que no te intimide, que sea retraída, apocada y callada. Leonor es… ¿Cómo decirlo?

—¿Demasiada mujer para mí?

El rostro inexpresivo de su tío le dio a entender que eso era precisamente lo que pensaba.

—Una persona inadecuada, iba a decir. Y tu apellido, el de nuestra familia, morirá contigo si no tienes descendencia. Es una cuestión dinástica, querido. Pero creímos que ya lo habías entendido.

Newry se recostó sobre el respaldo. Desde que todo aquel asunto había comenzado, solo había logrado ser infeliz.

—Si no lo hubiera entendido, tío —le aseguró—, no habría expulsado a la mujer que amo de mi casa.

El arzobispo le quitó importancia con un aleteo de la mano. Detestaba aquellas afectaciones de su sobrino. Enamorarse de una esposa era de un terrible mal gusto. Algo impropio de alguien que portaba en sus venas la sangre de los reyes de Inglaterra.

Decidió no darle pie para que siguiera con asuntos plañideros, y recondujo la conversación hacia el terreno práctico.

—Ahora solo tenemos que solucionar los pequeños problemas que este enojoso asunto ha acarreado —expuso, como si fuera algo sencillo—, y presentar la petición de divorcio ante el tribunal.

—Y aparte de que don Íñigo esté moviendo cielo y tierra contra nosotros —su sobrino no lo veía tan fácil—, ¿qué naturaleza tienen esos problemas?

El arzobispo se removió incómodo en la silla. Detestaba cuando lo cuestionaban.

—Básicamente dos —expuso—. El primero es la excéntrica manía de Leonor de presentarse en público. Será difícil explicar vuestras dificultades cuando cena con los Bailey, pasea por Pall Mall como si nada y frecuenta modistas y joyerías. Espero que hoy mismo le hayas mandado la nota que te dicté.

Prefirió no contestar, y la voz de Oswald adquirió un tono sarcástico.

—¿Y el segundo es que la Reina se ha puesto de su parte?

Su tío volvió a removerse, nada cómodo por el desafortunado giro que habían dado los acontecimientos.

—Reconocemos que es delicado —admitió—. La Reina es tornadiza y don Íñigo ha tenido la astucia de implicarla, alegando sus rencillas con nuestra adorada Calpurnia, Dios la tenga en su Gloria. No podemos olvidar que, a pesar de lo que dictaminen los doctores, la última palabra en un veredicto de divorcio, cuando está implicada la aristocracia, la tiene el Rey.

—Que es lo mismo que decir la Reina.

—Correcto.

Si Carlota se posicionaba a favor de los Mendoza, como al parecer había hecho ya, nadie se atrevería a dictaminar en contra de sus intereses, por lo que todo aquel revuelo, las medidas imprudentes que había tomado aconsejado por su tío, no habrían servido de nada.

Cierto brillo de ilusión apareció en los ojos de lord Newry.

—¿Significa eso que Leonor y yo podremos hacer las paces y olvidarnos de esto?

El arzobispo esbozó una expresión horrorizada.

—De ninguna manera —exclamó—. Leonor no puede volver a Bray House.

Newry era consciente de que se encontraba en medio de las rencillas que su tío mantenía con la soberana.

—Pues tú me dirás —le exigió, cruzándose de brazos.

El reverendísimo, con exquisita delicadeza, se sirvió otra taza de té. Prescindir de los lacayos en tareas como aquella era una moda venida de Francia que había sido muy bien acogida en la Corte. Se decía que María Antonieta ya lo hacía, servir ella misma a quienes frecuentaban su Petit Trianon.

Se tomó todo el tiempo necesario, tanto que Oswald estaba cada vez más exasperado.

—Hemos puesto a un buen número de hombres a seguir a tu esposa, querido —comunicó, al fin, su tío tras dar un largo sorbo—, y hemos descubierto que mantiene un tierno romance con el duque de Lennox, el traidor.

Las cejas de Newry se fruncieron de inmediato.

—Eso no es cierto.

El arzobispo esbozó una expresión beatífica.

—Lamentablemente, lo es. Sentimos ser nosotros quienes te abramos los ojos sobre el verdadero carácter de tu esposa.

Se negaba a creerlo.

—Leonor no es así —expuso—. Puede ser impulsiva, arrojada e inconveniente, pero no es una adultera.

¿Por qué Dios le había otorgado la prueba de tener un sobrino tan obtuso? En verdad, no era su sobrino directo. Los Newry no habían sido bendecidos con una larga progenie. De muchos hermanos y primos, apenas un par de ellos habían tenido descendencia. Oswald era el hijo varón de su primo, el único con potestad para que el apellido, que tanta grandeza había dado a la Corona, no se perdiera.

Tomó una bocanada de aire para que la desazón que sentía no se trasluciera en sus palabras.

—Oswald —dijo con una amable sonrisa en los labios—, sea cierto o no, es precisamente lo que nos conviene, y hemos tenido la precaución de hacer correr el rumor por ciertos salones de Londres que lo inflamará como una llama que abrasará las puertas del Palacio de Saint James.

Aquello preocupó a lord Newry.

—Es peligroso jugar con la Reina, tío. Esa lección ya la aprendimos de la tía-abuela Calpurnia.

Era cierto. Había jugado y había perdido, aunque quizá el paso del tiempo le ofreciera una victoria póstuma a través de sus manos.

—Si no arriesgamos, nunca ganaremos, querido. —Su tío le palmeó el hombro—. Ni siquiera Carlota se atreverá a favorecer a una mujer adultera en el baile, y cuando mañana tú aparezcas…

—¿Yo? —Aquello era absurdo—. ¿En el baile? La Reina no lo tolerará.

La sonrisa de hiena en el rostro de su tío le dio a entender hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Irás, claro que irás —no era una sugerencia. Era una orden—. De hecho, serás nuestro acompañante —sonrió—. Y la Reina, delante de toda la Corte, tendrá que decidir si protege a una mujer manchada por el escándalo, o hace las paces con los Newry de ahora en adelante.

Lord Newry tragó saliva. Como estratega, su tío era brillante. Desde la muerte de Calpurnia, la familia estaba proscrita en la Corte, aunque mantenía todos sus privilegios reales. Aquel paso podía devolverles su posición, arrebatada por el celo de la Reina.

—Demasiado arriesgado —expuso.

—Quien no arriesga no gana.

Cuando se nacía en una familia como la suya, desde niño se aprendía cuál era el deber de cada uno, y este siempre consistía en poner la dinastía por encima de los intereses particulares.

Cuando su tío le expuso, meses atrás, que no podía permitirse el lujo de no procrear, asumió su obligación pese al amor que sentía por su esposa, y siguió minuciosamente el plan trazado por el arzobispo.

Pero ahora se daba cuenta de que el objetivo de su tío iba más allá, y se adentraba en un terreno tan peligroso que podría acarrear la ruina de todos.

—A veces pienso que cometí un error dejándome llevar por tus consejos.

Su tío sonrió, la imagen viva de la beatitud.

—Nos debemos a nuestra familia, querido. Es tu obligación.

Sí, así era, y nadie podría acusarlo de haber desobedecido su deber sagrado.

—Aunque perderla me vuelva el hombre más infeliz del planeta.

Pero su tío no conocía la piedad.

—Aun así —sentenció.

Capítulo 26
Una audiencia Real

Su padre la esperaba en la puerta que daba a uno de los patios interiores del palacio de Saint James. Estaba más pálido de lo habitual, paseando de arriba abajo, con las manos a la espalda y la vista fija en el empedrado. Leonor mantuvo el aplomo de no correr hacia él, aunque era lo que de verdad deseaba.

Un par de damas tomadas del brazo y seguidas por sus pajes pasaron por su lado, iban a detenerse para entablar una conversación, pero ella les dirigió una sonrisa helada y continuó caminando, hasta llegar junto a él.

—Padre —intentó que nadie notara su agitación—, ¿es cierto que la Reina quiere vernos?

Don Íñigo respiró aliviado al verla.

—He sido avisado por la guardia de Palacio —respondió en voz baja—, así que no hay duda de que es algo importante. ¿Tu hermana…?

—Ha regresado a su casa, tal y como has ordenado.

Su padre asintió, satisfecho y preocupado a la vez. Conocía bien el temperamento cambiante de la monarquía, lo había sufrido en sus carnes en España y sabía que en Britania no estaban a salvo de él.

Si aquella audiencia tenía la gravedad que sospechaba, María tenía órdenes de marchar a Greenwich con lo puesto, llevándose a su hijo y a su marido, y embarcar en la goleta, que siempre estaba lista, hacia costas españolas. Aún quedaban cuatro jóvenes Mendoza de las que ocuparse, y si la desgracia caía sobre ellos, la mayor de las hermanas debía tomar las riendas de la familia de ahora en adelante.

Don Íñigo alzó la mano para indicar a un lacayo que su hija

había llegado y estaban en disposición de cumplir la orden de Su Majestad de postrarse en su presencia cuanto antes.

—¿Sabemos a qué se debe este requerimiento inesperado? —preguntó Leonor con la discreción suficiente como para no ser escuchada por quienes les rodeaban.

—Pongámonos en lo peor. Carlota es imprevisible.

Intentó disimular lo alterada que estaba. Muchos aristócratas atravesaban el patio para acceder a los salones interiores de palacio. Otros aguardaban audiencia. Muchos más esperaban ver aparecer a la Real Figura para entregar sus peticiones en mano. Alrededor de la monarquía siempre pululaban aquel tipo de aduladores que intentaban sacar algún provecho de la flema real sin llegar a abrasarse en ella.

Un chambelán se acercó hasta ellos, dirigiendo su paso con un largo bastón con el que golpeaba el suelo.

—Su Majestad les recibirá.

Fue todo lo que dijo. Una inclinación de respeto y volvió sobre sus afectados pasos para que les siguieran.

Algunas miradas curiosas se alzaron a su alrededor. Muchas de aquellas personas llevaban horas a la espera de que Carlota se dignara a atenderles, y a los Mendoza se les permitía el acceso a la Real Presencia solo con aparecer. Muchos se preguntaban si aquello era una buena o una mala señal, pues la Reina solo era diligente o con quien alcanzaba su gracia, o con quienes caían en desgracia ante ella.

Mientras accedían a las habitaciones interiores de palacio, don Íñigo intentaba mantener un aire de tranquilidad.

—Déjame hablar a mí —le susurró a su hija—. Y mantén la cabeza gacha. Su Majestad tiene un don para leer detrás de las palabras y del brillo de los ojos.

Ella asintió. Había visto a la Reina en algún baile a su llegada a Londres, pero siempre en la distancia y en actos públicos, lo que le había permitido escapar a su curiosidad. Ahora debía enfrentarse a ella y, quienes la conocían, decían que no tenía piedad.

El chambelán llegó ante una doble puerta flanqueada por la guardia armada, que procedieron a abrirla a una indicación de este.

Al otro lado estaban los apartamentos privados, que distaban en decoración y funcionalidad de los públicos.

Muy pocos accedían a una parte tan reservada de la monarquía. Solo la familia cercana, los escasos amigos y quienes debían ser reprendidos fuera de la vista de la Corte.

A Leonor le llamaron la atención por su sencillez y buen gusto. Carlota era conocida por su paladar un tanto exagerado y su afición a las extravagancias. Sin embargo, aquel ambiente íntimo coloreaba a una persona muy diferente, intimista y con apetencia por lo sencillo que no casaba con la imagen pública de la Reina.

La encontraron en una estancia donde había instalada una gran pajarera. Ella misma daba de comer con las manos pequeños trozos de manzana a la pareja de guacamayos de vivos colores que estaban encerrados en su interior.

El chambelán golpeó el entarimado con la punta de su bastón.

—El marqués de las Eras y *lady* Newry, Majestad.

Tras anunciarlos, hizo una reverencia y, caminando de espaldas mientras trazaba una consecución de afectadas genuflexiones, abandonó su presencia.

La Reina parecía no haber reparado en ellos, a pesar de haber sido adecuadamente anunciados. Leonor tragó saliva. Aquello no era una buena señal.

Miró alrededor con disimulo. Era una sala amplia, con las paredes tapizadas de un delicado color avainillado. Había un pianoforte y un arpa. Sobre una mesita, un libro abierto que no reconoció. No había damas de compañía, que siempre pululaban alrededor de la Reina, aunque sí dos guardias armados con picas, que se apostaban a ambos lados de la puerta.

Miró a su padre. Este le indicó con un gesto que permaneciera callada y atenta.

Pasaron los segundos y algunos minutos, y cuando el último trozo de manzana desapareció del cuenco de plata que los contenía, Carlota, sin mirarlos, se dirigió a la Guardia Real.

—Dejadnos solos.

Los dos hombres obedecieron de inmediato, abandonando la estancia y cerrando la puerta tras de sí.

Para don Íñigo también era la primera vez que estaba a solas con la Presencia Real, lo que no dejaba de ser imponente incluso para un hombre como él, curtido en las cortes extranjeras, y criado al solaz de la realeza.

Hizo una profunda reverencia que su hija imitó.

—Así que tú eres *lady* Newry.

Leonor se atrevió a levantar la vista. La Reina estaba delante de ella, y la observaba con ojos analíticos. Sintió que el estómago le daba un vuelco.

—Majestad —logró entonar.

—Mi hija… —intentó decir don Íñigo.

—No te he dado permiso para hablar.

El marqués volvió a inclinarse. Ahora no le quedaban dudas de que aquella visita iba a ser peligrosa.

La Reina paseó a su alrededor, lentamente, como una leona que acecha a su presa. Leonor no se atrevía a alzar los ojos del suelo, aunque notaba cómo su corazón se le había encabritado en el pecho.

—¿Puedo saber, *lady* Newry, por qué una mujer de mi Corte visita Londres sin la presencia de su marido?

Su padre le animó con la mirada a que hablara, aunque sus ojos también advertían que fuera extremadamente cuidadosa.

—No estoy de visita en Londres, Majestad —tragó saliva—. Me refugio en casa de mi padre, que ha tenido a bien acogerme.

—¿No tienen los Newry casa en la capital? Porque creo recordar que fue residencia de *lady* Calpurnia mientras confabulaba contra mí.

—Creo que no me he explicado…

La Reina se plantó ante ella y golpeó el entarimado con su enjoyado chapín.

—No, en absoluto —la interrumpió Carlota—, y si tus explicaciones no me satisfacen, me temo que abandonarás mi presencia escoltada por la guardia.

Leonor se incorporó y miró directamente a los ojos de la Reina, lo que aterrorizó a su padre.

Carlota la diseccionaba con mirada furiosa y cejas fruncidas. Nunca antes la había tenido tan cerca, pero tuvo que convenir que aterraba solo con su expresión.

Volvió a tragar saliva, aunque no apartó los ojos.

—Mi marido me ha echado de Bray House.

—Eso me dijo tu padre.

Don Íñigo era consciente de la gravísima situación. Se incorporó

y esbozó su sonrisa cortesana.

—Si me permite, Majestad…

—No, no te permito. —Lo fulminó con la mirada, para volverse hacia Leonor—. ¿Y por qué te ha echado?

Le latía el corazón como si fuera a saltarle del pecho. Aun así, mantuvo el aplomo, tragó saliva y volvió a enfrentarse a su mirada.

—Pretende repudiarme, alegando que nuestro matrimonio nunca ha sido consumado.

—¿Y es cierto?

—Lo es.

La reina volvió a golpear el suelo con su chapín.

—¿Porque te has negado a cumplir con tus deberes de esposa?

—Porque mi marido no ha sabido cumplir con los suyos, más bien.

—¡Leonor! —Intentó detenerla su padre.

A una soberana no se le podía hablar así, y menos cuando sus cabezas dependían de su talante.

—Si vuelves a abrir la boca, Mendoza —lo amenazó Carlota, señalándolo con el dedo—, haré que te saquen a rastras. —De nuevo, se volvió hacia Leonor—. Si un grupo de doctores te reconocieran, ¿qué encontrarían?

Era una pregunta muy delicada, ya que, respondiera lo que respondiera, estaría comprometida. Si confirmaba su virginidad, daba razón a su esposo, que siempre sería creído sobre su versión. Si contestaba que no lo era, daría razón a los rumores que la vinculaban con Darrell y con su cita de aquella misma noche.

—Yo… —fue lo que atinó a decir.

La Reina se afianzó en su titubeo para lanzar su estocada.

—Así que es cierto que eres amante de lord Lennox.

—Por supuesto que no —exclamó don Íñigo, escandalizado.

—Milord y yo apenas nos conocemos —se defendió ella.

La Reina había cambiado su actitud de manera radical. Ya no parecía furiosa, sino una helada figura de escarcha. Estaba allí plantada, ante ellos, con una mano sobre otra y la fría mirada clavada en ambos.

Cuando habló, su voz parecía tejida con hielo.

—Se te ha visto entrar y salir de su goleta. También de su casa en ausencia de su madre.

Don Íñigo no daba crédito.

—Eso no es cierto —protestó.

Pero ella era consciente de que si intentaba esquivar las preguntas directas de Carlota, solo lograría perderse. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero pudo contenerlas para que no resbalaran por sus mejillas.

—Lo es, padre.

Don Íñigo la miró, estupefacto. Aquella decepción en los ojos de su padre fue peor que si la hubieran apuñalado.

—Leonor… —murmuró.

Pero la Reina volvió a ser implacable.

—Así que reconoces que tienes un amante, y de la peor calaña. Un traidor que solo está en libertad por todo lo que esta Corona le debe a su tío, lord Hethersett.

—Lord Lennox y yo nunca…

Pero la decisión ya estaba tomada, y Carlota solo requería valorar qué pena les correspondían a cada uno por haber estado a punto de jugar con su buen nombre. No serían penas oficiales, por supuesto. Eso correspondía a la justicia, y los Mendoza estaban fuera de su jurisprudencia. Serían penas sociales, más duras, si cabía, que las otras.

—Mendoza, me prometiste que si apoyaba a tu hija…

—Majestad —contestó, aún afectado—, nada de esto puede ser cierto.

—Lo acaba de admitir —señaló Carlota lo evidente.

—No lo he hecho, Señora.

La reina miró a Leonor, cuyas últimas palabras no le habían gustado. Tenía muchas cosas que hacer, y tratar con aquellos españoles era lo último que le apetecía. La miró con una frialdad que helaría la sangre en las venas a cualquiera.

—Jugar conmigo es peligroso —advirtió—, porque siempre termino sabiendo la verdad.

Leonor suspiró. Miró a su padre. Parecía muy afectado. Después a la Reina.

—Mi intención fue entregarme a lord Lennox, lo reconozco. Pero no porque mi talante sea lujurioso, o quisiera ofender a mi marido. Os lo prometo.

—¿Entonces?

Se humedeció los labios. Sentía la garganta seca.

—Era la única solución para que el tribunal me creyera.

La comprensión se fue reflejando en la expresión de los ojos de Carlota.

—¿Me estás insinuando…?

Ella asintió.

—Lord Lennox se negó, me rechazó. Y, lamentablemente, los doctores pueden probar que es así.

Nada de aquello era convencional, tuvo que admitir la Reina. Se volvió hacia Mendoza.

—¿Dice la verdad tu hija?

Él se encogió de hombros.

—Ya habéis adivinado que sí.

De nuevo, había aparecido cierto brillo de curiosidad en la mirada de la soberana.

—¿En qué lugar me deja a mí todo esto? Porque el escándalo ya circula por Londres.

Don Íñigo dio un paso adelante. Aquella expresión de estupor había desaparecido, su rostro lucía de nuevo con la astucia que le caracterizaba.

—En el mejor posible, Majestad —confirmó—. Si seguís dando vuestro apoyo a mi hija en el baile…

—Su reputación destrozada caerá sobre mí.

—Así es —su sonrisa se acentuó—. Hasta que lord Newry esté seguro de que ha vencido, se jacte públicamente de ello junto a su reverendo tío y los doctores reconozcan a Leonor.

Una sonrisa involuntaria se formó en la boca de Carlota.

—Para comprobar que sigue intacta y el escándalo se dé la vuelta —terminó la reflexión.

Don Íñigo hizo una reverencia.

—Vuestra Majestad deberá exigir una reparación al arzobispo, y a lord Newry, por supuesto. Saldrá victoriosa y redimida.

Así era. Era una forma de victimizarse, era cierto, pero el fin bien justificaba los medios, y, al final, el arzobispo debería pedir disculpas públicamente, lo que no dejaba de ser delicioso.

Aún se volvió hacia ellos, alzando una ceja.

—¿Y qué ganarán los Mendoza de todo esto?

Don Íñigo volvió a encogerse de hombros.

—La bendición de nuestra Soberana, ante todo —hizo otra reverencia—, y la negativa a que el matrimonio se disuelva, por lo que Leonor volverá a Bray House, su reputación será restaurada, así como sus privilegios, y el reverendísimo…

La satisfacción en el rostro de Carlota era tan evidente que cuando habló, hasta su voz sonó más suave.

—Deberá suplicar públicamente mi perdón.

—Así es.

La Reina suspiró. Se la veía satisfecha, cosa rara en ella.

—Mendoza, me juego demasiado —advirtió—. Si algo se tuerce…

—Eso jamás sucederá, Majestad.

Pero Carlota quería dejarlo claro.

—Si algo se tuerce —dijo con toda gravedad—, tú y tu hija acabaréis en la Torre de Londres por un largo periodo. Ya se me ocurrirá la manera de conseguirlo.

Ambos respondieron con una profunda reverencia, y como si hubiera estado orquestado, el chambelán volvió a la habitación, escoltado por la guardia, y los acompañó a la salida de los aposentos reales.

Capítulo 27
Un escándalo en bandeja

María de Mendoza llegó a Chesham Manor tan alterada que ni ella misma era capaz de reconocerse.

Ni es sus momentos más arriesgados como Ponzoña había tenido aquella sensación de que todo podía desintegrarse ante sus ojos, como una pompa de jabón que roza la superficie delicada de un pétalo de rosa.

Y quizá eso se debía a que no le incumbía directamente a ella, sino que afectaba a una de sus hermanas, de quien se sentía protectora y responsable desde la muerte de su madre. Seis muchachas a las que los continuos viajes de su padre obligaron a pasar más tiempo del recomendable en manos de institutrices y ayas, y habían potenciado unos caracteres ya de por sí particulares.

Las instrucciones que había mandado su padre desde el palacio de Saint James eran claras: debía regresar cuanto antes a su casa de Bloomsbury y estar preparada para partir hacia España de inmediato si la entrevista con la Reina terminaba de manera trágica. Pero el mismo lacayo que había portado noticias tan funestas se presentó de nuevo en su casa horas más tarde para anunciarle que todo había salido bien y debía reunirse con su padre cuanto antes.

Solo entonces, mientras terminaba de leer la nueva nota que temblaba entre sus dedos, se dio cuenta de cómo había estado de asustada, porque una lágrima escapó de entre sus párpados cuando suspiró profundamente para calmarse.

—Reunámonos con ellos cuanto antes —dijo Ralf, su marido, abrazándola con ternura.

—Cuanto antes —convino—. Necesito abrazar a mi hermana y decirle que la quiero.

La carroza había volado hasta la mansión de los Mendoza, en la mejor zona de Londres, y cuando la señora Smith, visiblemente emocionada, los acompañó hasta la biblioteca, no pudo reprimir el llanto cuando estrechó a Leonor entre sus brazos.

—Si me dijeran que alguna vez te vería llorar, diría que es una blasfemia —dijo su hermana, tan agitada como ella.

—Cállate. —Volvió a abrazarla—. No sé qué habría hecho si esto se hubiera torcido de nuevo.

El trayecto desde el Palacio Real hasta Chesham Manor había sido tenso, pues don Íñigo, además de preocupado, parecía estar terriblemente enfadado por la actitud de Leonor. Apenas habían cruzado palabra padre e hija, y mientras ella intentaba serenarse, el marqués ultimaba los detalles de su plan, sobre el que albergaba serias dudas.

Ralf, más pragmático que su mujer quizá por primera vez, era consciente de que solo habían ganado tiempo, porque aún quedaba la prueba del baile real, y que el frágil plan trazado por su suegro y aprobado por la Reina llegara a salir bien.

Mientras las hermanas seguían abrazadas, Torlundy se acercó a don Íñigo.

—¿Está satisfecho con el resultado? —le preguntó.

El marqués permanecía junto a la ventana con la mirada puesta en la calle.

—Sí, sí —contestó poco convencido—. Aunque hubiera agradecido no ser el último en enterarme de que mi hija se relaciona con ese Lennox, con quien he advertido que no debemos mezclarnos.

—Fue solo para… —intentó explicarse por enésima vez Leonor desde el otro lado de la sala, pero su padre no la dejó terminar.

—No es necesario que me lo expliques de nuevo. Ya ha sido suficientemente humillante tener que descubrirlo delante de la Reina.

María intentó mediar.

—Padre, Leonor está avergonzada como para que insistamos en esto.

No, el ambiente no parecía estar todo lo sereno que debía para que las acciones del día siguiente en el baile se llevaran a cabo con la confianza necesaria.

Ralf se acercó un poco más a su suegro para que las dos mujeres no le oyeran.

—Esta mañana he estado en White's. El rumor ya es público.

Don Íñigo suspiró.

—Si la comidilla ha llegado a un club de caballeros, la tertulia de *lady* Wycombe debe conocer en este momento todos los detalles.

Así era. Desde las cocinas de los palacios a los vociferantes mostradores de las verduleras, todo el mundo en la metrópolis hablaba en ese instante de la inconveniente relación de un traidor y una extranjera que, para más desgracia, estaba emparentada por matrimonio con la Familia Real.

Torlundy suspiró, calando las manos en los bolsillos.

—Así que damos por hecho que todo Londres cree saber que Lennox y mi cuñada son amantes.

El marqués asintió, y señaló con el mentón un documento que estaba extendido sobre la mesa de lectura.

—Acabo de recibir carta de tu antiguo jefe, el mayordomo de *milady*. En ella, también me advierte de la cercanía entre mi hija y el duque. Toda Inglaterra lo sabe.

—¿Qué saben?

Ambos se volvieron. Leonor se había acercado sigilosamente, y los miraba con ojos reprobatorios. Su padre esbozó aquel rostro exasperado que esgrimía cuando las cosas se le escapaban de las manos.

—Tu hermana ha dejado claro que no debemos hablar de ello.

María también se acercó.

—Entiendo que estés molesto, padre, pero todos cometemos errores.

Aquella llamada a la calma pareció incendiar los ánimos del prudente marqués.

—¿Con Lennox? —exclamó—. ¿Con un traidor?

Leonor se envaró, por algún motivo, tenía la necesidad de defenderlo.

—Me niego a creer que lo sea.

—Murieron cinco hombres por su culpa.

Padre e hija permanecieron con la mirada en sus ojos. Ni él

quería ahondar más en el daño provocado ni ella se veía capaz de soportar otra acusación. Sin embargo, los dos necesitaban quemar aquella sensación funesta que los embargaba y llegaba a asfixiarlos.

María, como siempre, encontró la manera de romper aquella tensión y hacer algo práctico.

—¿Cuál es el plan?

Don Íñigo tardó en contestar. Apartó los ojos de Leonor, carraspeó y pareció recuperar su habitual compostura.

—Todos iremos al baile de Su Majestad —empezó a enumerar—. Leonor debe ser suficientemente visible como para llamar la atención sobre su persona, porque debemos aprovechar los rumores para convertirlos en una ventaja.

Ella esbozó un mohín cómico.

—Aunque fuera vestida de arpillera, todos se fijarían en mí. Al parecer, soy la nueva Popea para esta sociedad ciega y obtusa.

Pero su padre no tenía humor.

—Eres una Mendoza —dijo, alzando el dedo índice—, y llevarás el rostro alto y la dignidad que te corresponde.

—¿Y cómo debemos proceder? —preguntó María, temerosa de que volvieran a discutir.

Don Íñigo se encogió de hombros.

—La Reina le otorgará su protección, lo que debe indignar a Newry…

—¿Oswald irá al baile? —Leonor no estaba segura—. Porque me ha prohibido por carta que me presente.

—No creo que quiera perdérselo —le contestó Ralf—. Si no acudiera, sería derrotado en la batalla, pues nadie osaría ponerse en contra de la Reina.

—Solo Calpurnia —apuntilló María, que conocía la historia.

—Y nos dejó hace años —contestó su marido, guiñándole un ojo.

Don Íñigo volvió a suspirar, no quería mirar a Leonor, porque le partía el corazón darse cuenta de la situación en la que se encontraba. Carraspeó de nuevo, y alzó la cabeza.

—A partir de ahí, debemos esperar un movimiento de lord Newry. Es posible que amoneste a Leonor en público, o que quiera que abandone el baile. En ese instante, todo estará en manos de Carlota.

—Lo que es lo mismo que poder esperar cualquier cosa

—contestó la aludida.

Su padre sabía que era cierto, pero no podía dar muestras de debilidad ante sus hijas, o ellas mismas caerían en la desesperación.

—Debemos confiar.

La puerta de la biblioteca se abrió, y el flemático mayordomo apareció con una bandeja de plata en la mano.

—Milord, *La Gaceta*.

Se la tendió a su señor, sobre la que estaba doblada la publicación de curiosidades y cotilleos más famosa de Londres.

—¿Desde cuándo eres aficionado? —exclamó María al ver cómo su padre la tomaba y la desplegaba ante ellos.

—Desde que mi hija me oculta sus peligrosas amistades —apuntilló mientras buscaba lo que sospechaba que llevaría impreso el número matutino que tenía entre los dedos. Cuando lo encontró, suspiró una vez más, y procedió a leerlo en voz alta.

> *Los palacios más ricos de la ciudad, a veces, ocultan los más deleznables escándalos, como es el caso de Chesham Manor, una de las mansiones más codiciadas, propiedad del marqués de las Eras, diplomático y Grande de España, perteneciente a la familia de los Mendoza, una de las más reputadas de aquel país.*
>
> *De las muchas hijas del marqués, una de ellas está casada con lord Oswald Newry, que no solo es pariente de nuestros soberanos, sino que desciende de la exquisita lady Calpurnia, que tanto lustre dio a esta publicación.*
>
> *Pues bien, corre por Londres que la dama en cuestión, lady Newry en adelante, tiene un trato excesivamente íntimo y a espaldas de su marido con un hombre de lo más inconveniente.*
>
> *Estará el lector de acuerdo con nosotras en que cualquier manejo de una mujer casada con un caballero fuera del sagrado vínculo del matrimonio se reviste de la*

mayor de las inconveniencias, pero… ¿y si el caballero, además, es un traidor? Porque se trata de lord Lennox, de quien hemos escrito larga y tendidamente en esta publicación…

—Nada de eso es cierto —exclamó Leonor, furiosa.

Ralf tenía la frente fruncida por la preocupación.

—El escándalo está servido.

Don Íñigo arrojó la publicación a las llamas de la chimenea, que dieron buena cuenta del papel.

—Eso es lo que tienen los rumores —apuntó—, que una vez que empiezan a circular, ya no hay quien los detenga.

María intentó aliviar la tensión.

—Y nuestro apellido tiene una errata.

Los cinco permanecieron callados, con la vista prendida en el fuego que iba devorando las calumnias que la tinta intentaba volver perennes.

De nuevo, se abrió la puerta de la sala y apareció en esa ocasión la señora Smith, el ama de llaves, que, con una sonrisa crispada, se frotaba las manos, visiblemente nerviosa.

—Lamento interrumpir, señora —hizo una ligera reverencia dirigida a María—. La cocinera no sabe con qué acompañar el asado de esta noche.

Don Íñigo la miró intentando no parecer grosero.

—Señora Smith, me temo que esos asuntos son ahora insignificantes.

Pero María conocía bien al ama de llaves, y sabía que si había interrumpido la reunión con una excusa tan poco sólida, era porque necesitaba hablar a solas con ella.

Disimuló como pudo, alejando el rubor que se empeñaba en aparecer en sus mejillas.

—Nos vendrá bien dejar este asunto por un momento —se volvió hacia su hermana—. Leonor, hablemos de verduras, así podrás despejarte.

Su padre se encogió de hombros. Torlundy no dijo nada porque sabía que su esposa igual podía batirse en duelo con una horda de bandidos que tumbarse en el césped a leer una novela subida de

tono.

Las tres mujeres abandonaron la sala y, cuando llegaron al vestíbulo, donde estaban solas y seguras, la señora Smith extrajo un documento doblado del bolsillo de su vestido.

—Ha llegado esta carta. Es de *madame* Lanchester.

María no terminaba de entender la gravedad.

—Mi vestido para el baile ya debería estar aquí.

Fue Leonor quien ató cabos y tomó la carta que le tendía la criada. Cuando la extendió, la expuso para que todas pudieran leerla.

Muy Honorable marquesa de Newry.

Eras los terrores de la guerra en Francia, he intentado forjarme un futuro sólido en esta ciudad. Para mí ha sido un honor que las personas de calidad hayan decidido confiar en mis diseños, y un privilegio que la familia Mendoza se tenga entre mis clientas.

Sin embargo, uno de los pilares de mi firma es la decencia, y me veo obligada a rechazar entre mis clientas a cualquier dama que sea objeto de rumor alguno, aunque yo esté segura de que estos solo pueden ser

falsos.

Por eso me encuentro en la triste obligación de no poder entregarle, lady Newry, el vestido que me encargó para la fiesta de Su Majestad, pues sería impropio que mi establecimiento estuviera mezclado con la maledicencia.

Espero que lo comprenda y que vuelva a confiar en mí cuando estos absurdos rumores sean desmentidos.

Me permito, con la más absoluta humildad, aconsejarle que huya del caballero con el que se la relacione. Las líneas de la mano no mienten, y quizá callándome solo logré precipitar estos acontecimientos.

Créame, ese hombre solo logrará apartarla de quienes la quieren, por siempre jamás.

Las tres mujeres se miraron cuando terminaron de leerla. Leonor estaba muy pálida.

—Quizá todo esto se nos haya escapado de las manos —tuvo que

convenir María.

A la señora Smith se la llevaban los demonios. Nunca le había gustado esa *madame* Lanchester, y ahora se atrevía a despreciar a doña Leonor.

—¿Y qué se pondrá la señora? —dijo malhumorada.

María le quitó importancia.

—Tiene decenas de vestidos, incluso yo puedo regalarte uno de los míos sin estrenar.

Pero Leonor tenía la mirada perdida en las líneas sinuosas de tinta. Cuando miró a su hermana, sus ojos adquirieron un brillo que supo reconocer.

—Creo que todo esto es un error, María.

Estaba de acuerdo. Habían llegado demasiado lejos. Pero no tenían otra salida. El baile sería al día siguiente.

—Debemos fiarnos de papá.

Leonor dobló la carta y se la entregó a la señora Smith.

—Lo hemos dejado todo en manos de la Reina —dijo con cuidado—, la persona más tornadiza de Inglaterra. Es demasiado arriesgado.

María empezaba a leer más allá de las palabras de su hermana.

—Pero ¿qué otra solución tenemos?

Leonor alzó la cabeza. Allí estaba ese brillo que tan bien conocía.

—Quizá la haya.

Un escalofrío recorrió la espalda de la mayor de las Mendoza. Puso una mano sobre el antebrazo de Leonor, para que entendiera lo que iba a decirle.

—Prométeme que no cometerás una locura.

Pero su hermana no contestó.

—Señora Smith —se volvió hacia el ama de llaves—, avise a mi doncella y a una costurera. También necesitaré unas tijeras que corten. Que vengan mañana a primera hora a mi dormitorio.

Su hermana pensó que había perdido el juicio.

—¿Qué vas a hacer?

Pero Leonor sonrió, y de nuevo estaba allí la muchacha alegre a la que adoraba.

—Si no puedo lucir mañana una creación de *madame* Lanchester, luciré una mía.

Capítulo 28
Un inapropiado encuentro

Leonor era muy consciente de a lo que se exponía, pero si había un único resquicio para que todos salieran airosos de los acontecimientos, debía tomarlo sin duda alguna. Sobre todo, porque ya no solo le concernía a ella, sino que su padre estaba implicado ante la Reina y, seguramente, su ira llegaría hasta María.

Miró de nuevo hacia la oscuridad total que la envolvía. Había seguido al pie de la letra las instrucciones de Darrell Lennox, aunque lo realmente difícil había sido escapar de Chesham Manor sin ser descubierta.

No era necesario ser un genio para saber que su padre había puesto vigilancia, no solo dentro de la mansión, sino en cada una de las esquinas que perfilaban la manzana, de manera que, quizá, pudiera salir sin ser vista, pues era una Mendoza y tenía recursos, pero difícilmente podía ir muy lejos sin que la interceptaran.

Un vestido de criada le permitió bajar a las ajetreadas cocinas, teniendo cuidado de que nadie del servicio reparara en ella, y así había logrado abandonar la mansión por la puerta de la carbonería. Pero no era tan ingenua como para suponer que no la seguirían. Un callejón estrecho le había dado la oportunidad de arrojar la ropa en un rincón y salir por el otro lado vestida de muchacho, con un sombrero calado, llevando un petate bajo el brazo.

Solo cuando estuvo segura de que había logrado pasar desapercibida, acudió al punto de encuentro, donde le esperaba el carruaje que la había sacado de Londres por el camino de Oxford. Allí mismo se cambió, entre los traqueteos del malogrado pavimento, poniéndose un sencillo vestido blanco de algodón.

En aquel instante, cuando la carroza se había detenido, no tenía ni idea de dónde estaba, solo que la pequeña casa rural que se

alzaba sola en medio de un páramo era su destino, y debía terminar lo que había empezado.

Antes de descender, se persignó y rezó una oración. No era una gran devota, pero siempre había recurrido a su fe cuando las cosas se torcían a su alrededor.

Cuando puso el pie en la tierra mojada por el relente, vio que había una luz encendida dentro de la casa, algo tenue, quizá una vela, y estuvo tentada a mirar por la ventana, pero entonces el cochero jaló los caballos, y el carruaje emprendió su camino, dejándola completamente sola en medio de la nada.

Sintió miedo. Había cometido muchas imprudencias en su vida llevadas por su carácter espontaneo e impulsivo, pero aquella rubricaba el culmen de su carrera: todo Londres murmuraba sobre su relación con lord Lennox, que sería desmentida al día siguiente por la Reina…, y ella se entrevistaba con él en la oscuridad de la noche, dando fe a quien quisiera descubrirlo.

No quiso pensarlo más. Avanzó los escasos pasos que la separaban de la puerta, y golpeó la aldaba que emitió un sonido sordo y amaderado.

Mientras esperaba, su corazón latía a una velocidad que daba vértigo y las palmas de sus manos las sentía húmedas.

Escuchó unos pasos, que eran perfectamente audibles en la soledad de la noche, y el trasteo con el cerrojo metálico mientras era liberado. Poco a poco, la puerta se abrió, y cuando Lennox apareció al otro lado, absolutamente varonil, tuvo que tragar saliva para que su cuerpo reaccionara.

—Ha venido.

Había sorpresa en su voz, también alivio. Como si fuera algo que no se había atrevido a soñar. Estaba endiabladamente atractivo, con un frac oscuro y una camisa blanquísima que resaltaba su tez morena y la ligera barba que poblaba su mentón. Ella tuvo que tragar saliva antes de contestar.

—Necesito su ayuda.

Darrell asintió y se apartó de la puerta.

—Pase.

Aún lo dudó antes de hacerlo. Era una vivienda modesta, aunque había un alegre fuego encendido en la chimenea, que era el resplandor que había vislumbrado por la ventana. Se preguntó de

quién sería, o si se trataría de un refugio secreto del duque, donde escapar de las asfixias de la sociedad.

Cuando se volvió hacia él, Darrell tenía la mirada clavada en ella. Leonor sintió aquella opresión en la parte baja del vientre que ya vinculaba sin ninguna duda a su presencia. Algo tan agradable como anhelante que empezaba a reconocer. Cuando habló, su voz le sonó demasiado gutural.

—Me dijo que tenía un plan.

Él asintió, aunque también adquirió una seriedad inesperada.

—Quizá no sea lo que espera.

—Cualquier cosa será mejor que lo que tenemos.

Sirvió un par de copas y le tendió una. Era un jerez exquisito, que agradeció porque le ayudaría a templar los nervios.

El duque le indicó que se sentara, pero ella rehusó. Él tampoco lo hizo. Tardó en contestar, como si intentara encontrar las palabras adecuadas.

—Mañana anunciaré en el baile mi compromiso con Rosemary Rubens.

Por algún motivo, a Leonor aquella noticia le pareció algo terrible, aunque solo podía alegrarse por él.

—Debo felicitarle, pero no estoy segura de que eso sirva de mucho.

Él sonrió.

—Confío en su madre.

Se extrañó.

—Creo que es la persona en quien menos debería hacerlo.

Darrell alzó la copa. Brindar era un asunto de caballeros, así que se lo agradeció con una sonrisa y lo imitó.

—Le aseguro que tiene el mismo don para desmontar escándalos que para generarlos —le dijo Lennox, intentando aparentar que todo saldría bien—. En una semana, todos sabrán que la muchacha que me visitaba en la goleta y en mi casa era ella, Rosemary, y cualquier rumor sobre usted desaparecerá, mientras que el honor de la señorita Rubens queda restaurado.

Estaba claro que era un plan de *milady*, porque algo tan retorcido no se le podía ocurrir a nadie más.

—¿Se fía de ella?

Él arqueó una ceja.

—¿Y usted de mí?

Qué pregunta más difícil. Si no lo hiciera, ¿estaría allí?

—Lo intento —respondió.

Él la miraba de una manera que parecía querer saber lo que sucedía debajo de su piel, lo que le provocaba un ligero escozor en una parte muy íntima de su anatomía.

Darrell dio un par de pasos en su dirección, pero se mantuvo a prudente distancia.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó.

Lennox era un misterio para ella, pero los rumores…

—Dicen cosas terribles de usted —atinó a decir.

—Son todas ciertas.

No le creyó.

—¿Fue el causante de que cinco hombres perdieran la vida?

—Sí.

Analizaba sus pupilas cuando lo dijo, como si quisiera estar seguro de su reacción cuando lo oyera de sus labios.

Leonor mantuvo la mirada. Algo le decía que era una cuestión de matices, a pesar de que el hombre que tenía delante, el que provocaba que su cuerpo se comportara de una manera descontrolada, acababa de confesar algo terrible.

No supo cuánto tiempo se mantuvo aquel silencio pesado, solo roto por el crepitar de la madera en el hogar. Al final, él alzó una ceja y su boca esbozó una deliciosa sonrisa.

—No ha salido corriendo por esa puerta.

Leonor también sonrío.

—Quizá porque no tenga a dónde ir. Y quizá porque algo me dice que hay otra verdad.

—¿Quiere saberla?

No lo dudó.

—Sí.

La manera curiosa de mirarla tornó en cierto asombro.

—¿No le es más fácil despreciarme?

Leonor se humedeció los labios.

—No podría hacerlo aunque quisiera.

No lo había pensado. Si fuera una mujer cabal, jamás lo habría dicho. Pero era cierto. La imagen de Darrell Lennox no abandonaba su cabeza desde el instante mismo en que lo descubrió en casa de

Serena Bailey, y si estaba allí, era para ser absolutamente sincera.

Él tragó saliva. Su forma de analizarla había cambiado. Era como si se anduviera con más tiento, como si temiera no saber controlarse y recorrer unos pasos que era imposible desandar.

—Hubo una revuelta —empezó él a contar—. Aquella zona de la India es levantisca, y cuando llega la hambruna, son miles los que mueren de inanición. Solo querían grano, nada más. Pero el general al mando del destacamento creyó que no era una petición lícita y mandó que se reprimiera a toda costa —sus ojos se opacaron—. Aquellos hombres solo pedían comida. Yo podía luchar de parte de la Corona o de los hambrientos. Me decidí por los segundos. Aquella tarde, murieron diez veces más indios que británicos, pero tenían razón, fui un traidor.

Sin darse cuenta, respiró aliviada. ¿Qué habría hecho ella en un caso así? ¿Y su padre? Por algún motivo, quiso creer que lo mismo que Darrell.

—Le apresaron.

—Y me golpearon —volvió a sonreír para quitarle dramatismo—. Si le soy sincero, no me importaba demasiado lo que hicieran conmigo. Era consciente de que me esperaba la horca, y lo acepté sin miedo.

—¿Y cómo es que está aquí?

—El padre de Serena, tío Reginald, intercedió por mí. La Reina le adora.

Leonor dejó escapar el aire que contenían sus pulmones. ¿Por qué se sentía tan maravillosamente viva cuando él estaba delante?

—Así que esa es la verdad.

Él asintió.

—No sé si ha cambiado en algo la imagen que tiene de mí.

Ella tuvo que bajar la mirada. Cuando la alzó y se encontró de nuevo con sus ojos, una nueva bocanada le recorrió el cuerpo.

—No se ha movido un ápice de donde estaba.

Él se lo agradeció con otra sonrisa. Quizá fuera la primera vez que veía al duque sin otro equipaje que la verdad, y le gustaba aún más. Al día siguiente, sería juzgada ante la Corte como un juego entre poderosos. Agradeció aquellos minutos de absoluta felicidad, porque así era como se sentía. Iba a agradecérselo cuando Darrell se acercó otro par de pasos, con rostro grave.

—Hay algo más.

No era necesario.

—No tiene que contármelo.

Él tomó aire. Leonor se alarmó, sobre todo, cuando se pasó la mano por el cabello y, quizá, por primera vez, lo vio titubear.

—Estoy arruinado —dijo al fin.

Ella escuchó las palabras, pero parecían vacías de contenido. Nunca se había tenido que preocupar por aquellos asuntos. Solo necesitaba desear algo para tenerlo… Menos las cosas y experiencias que realmente le eran importantes.

—¿Arruinado? —se atrevió a preguntar.

Darrell se metió las manos en los bolsillos.

—Dos de mis barcos naufragaron en las costas de Goa. Lo he perdido todo.

—Pero su goleta… Su partida…

Él volvió a sonreír.

—Bedford me permitirá que comercie con su porcelana. Se paga con oro al otro lado del Índico. Es una buena manera de empezar de nuevo a hacer fortuna. Una que no deberé a nadie más que a mi esfuerzo.

Por algún motivo, a Leonor le daba igual. Si ella fuera libre y él hubiera mostrado algún interés, le seguiría a Goa y al Himalaya si fuera necesario con lo que llevaban puesto. Cuando descubrió que aquello era cierto, sonrió sin darse cuenta.

—Es usted un misterio.

—No más que usted. —Él se acercó un poco más, tanto que apenas los separaba unas pulgadas de aire electrizado—. Lo que vi en sus ojos cuando miró la carta de navegación…

—Siempre he querido… sentir algo. —¿Cómo decirlo?—. Es difícil de explicar. Abrazar la aventura. Explorar el mundo. Vivir la vida fuera de lo que dicen que es correcto para una dama.

Él la hubiera besado. Sin dudarlo un instante. Pero estaban allí para que al día siguiente Leonor recuperara su honra, no para desbaratarla.

—Si no estuviera casada —sonrió—, le pediría que lo hiciera conmigo.

—Puede hacer esa afirmación porque sabe que no tiene que cumplirla.

Darrell hizo algo inusitado. Se llevó una mano al corazón y la dejó allí.

—Él no miente.

Las mejillas de Leonor se encendieron. Pero no era de rubor ni de vergüenza, era de emoción. Algo que estaba explotando en su pecho y empezaba a recorrer cada ángulo de su cuerpo.

—¿Por qué me dijo que…? —era difícil encontrar las palabras—. ¿Por qué dijo que lo haría?

Para él no fue necesario una más clara explicación: que le haría el amor. De una manera salvaje, arrojada, sin pudor. Si aquella divina criatura fuera consciente de lo que su presencia provocaba en él, saldría huyendo de allí como ante una aparición. Pero logró controlarse. Cuando habló, su voz era tan cálida que quemaba.

—Porque no puedo pensar en otra cosa que no seas tú.

Ella no se apartó.

—Toda mi vida me han advertido sobre hombres como usted.

Él dio un paso. Más cerca aún.

—Y yo me he pasado la existencia pensando que no existían mujeres como tú.

—¿Hemos tenido la mala suerte de coincidir en el momento equivocado?

—Haberte conocido nunca puede ser una desgracia.

Fue Leonor quien se arrojó a su boca y lo besó. Y cuando Darrell sintió el cálido impacto de sus labios, supo que aquel era su lugar en el mundo, el reino perfecto donde quería residir.

Degustó su beso, torpe al principio, pero que aprendía con cada lametazo, con cada evolución de su lengua sobre la piel.

Se impuso la cordura, y él supo apartarse, porque mil ideas catastróficas nublaban su mente.

—No podemos —gimió—. Bedford… La Reina.

Pero Leonor no le hizo caso. Volvió a su boca, y un gemido delicioso se escapó de entre sus labios cuando Darrell la abrazó y la atrajo hacia sí. El contacto de la piel del hombre, de la sólida apertura de su cuerpo, provocaba en el suyo una marea de emociones. Cuando él le acarició la espalda, sintió que se quemaba bajo sus dedos. Y cuando ella le mordió ligeramente el labio inferior, él tuvo la confirmación de que le sería muy difícil parar.

—No quiero hacer nada de lo que nos arrepintamos —pudo

articular.

Pero ella no tenía dudas.

—Solo puedo arrepentirme de no hacer esto que deseo.

La cogió entre sus brazos y la llevó al lecho, que se ocultaba tras un biombo de rústica madera. Las manos del duque recorrían su cuerpo con un ansia que parecían necesitar saberlo todo de él; la deliciosa cara interna de los muslos, el exquisito vientre, la curva portentosa de su espalda. Cuando llegaron al abismo de su pecho, lo dudaron. Si se entregaba a ellos, tendría que amarla para el resto de su vida.

La miró a los ojos, y cuando vio el brillo dorado de su iris verdoso, supo que estaba perdido.

Sus manos acariciaron los senos femeninos. Primero con cuidado, pero al darse cuenta del placer que arrancaban, con más pericia, menos miedo, hasta trepar y descubrir las areolas endurecidas, vibrantes, que reaccionaban al contacto de sus yemas como la garganta de Leonor lanzando pequeños gemidos de placer.

Ella, por su parte, también indagaba en la anatomía masculina, muy diferente a la que conocía. La blandura de Oswald se volvía firmeza en Darrell, y cuando su mano topó con aquella dureza, se sorprendió, porque esperaba palpar la arrugada presencia que tan desgraciada la había hecho.

Él sonrió cuando sintió la mano de Leonor en una parte tan sensible.

—¿Te hago daño? —preguntó ella.

Él la besó.

—Si eso es daño, hazme todo el que quieras.

De nuevo, se entregaron al placer, y poco a poco la ropa fue arrancada de dos cuerpos que se permitían entregarse a lo que necesitaban, siguiendo un instinto que lo dictaba el deseo y, quizá, el amor.

Cuando, desnudos y abrazados, Leonor sintió la presencia de Darrell entre sus muslos, le mordió el hombro, y él lanzó un gemido de placer.

—No temas, no haré nada que no quieras.

Ella volvió a morderle, con más fuerza.

—Quiero que me hagas tuya.

Los ojos del duque brillaron.

—Eso no tiene vuelta atrás.

Ella asintió.

—Eso es precisamente lo que deseo.

Darrell volvió a sus labios, porque su cuerpo no se creía lo que estaba sucediendo.

Era un gran amante, al menos, eso decían las mujeres que pasaban por su lecho, pero con Leonor, era como si se tratara de la primera vez, como si todo lo que había sucedido hasta ese mismo instante solo hubiera sido una preparación para el momento preciso que tenía entre sus manos.

Fue cuidadoso y atento. Despacio, mientras la besaba, se fue abriendo paso dentro de ella. Y cuando tuvo la seguridad de que todo era perfecto, cuando ella lanzó el primer gemido de placer, comenzó a moverse, a disfrutar con su goce, y tuvo la certeza de que haría lo que fuese necesario para volver a aquel hogar tan delicioso.

Juntos llegaron al paroxismo. Juntos gritaron sus nombres en el momento preciso.

Y cuando él se derramó, sus labios esbozaron las palabras prohibidas: «te amo».

Capítulo 29
Una costurera arriesgada

Cuando la señora Smith, seguida por su doncella y las dos criadas que atendían sus habitaciones, hicieron acto de presencia, Leonor hacía apenas unos minutos que se había colado en su habitación y metido en su cama, esquivando al servicio y a los agentes de su padre, que seguían montando guardia alrededor de la casa.

—*Milady*, hace un día delicioso —exclamó el ama de llaves, dando una palmada para que se descorrieran las cortinas—. La Reina tiene el buen tiempo a su favor.

Leonor hizo el paripé de desperezarse, y tomó la taza de humeante té que le tendió una de las criadas.

La noche había sido… excitante.

Darrell y ella se habían amado, sin pudor, sin barreras, de todas las maneras posibles. O, al menos, así creía Leonor, aunque el duque le advirtió de que tenía una mente tan perversa cuando se trataba de ella que se le ocurrirían continuamente nuevas formas de disfrutar de su cuerpo.

Sonrió sin apartar la taza de los labios para que el ama de llaves no se percatara. Por el rabillo del ojo, vio una ligera rojez sobre un hombro que se tapó enseguida con el camisón. Era el lugar exacto donde él la había besado la tercera vez que su cuerpo, el de ambos, estalló de gozo tras amarse de frente, ambos sentados y ella sobre su regazo, tras dejar que todo lo que pasaba por su mente se cumpliera entre sus dedos.

A pesar de lo que implicaba, se sentía feliz. Nunca lo había estado tanto. Jamás había llegado a pensar que se pudiera sentir aquello, y no solo hablaba de lo que sucedía con su cuerpo cuando Darrell Lennox ponía sus manos, su piel, sobre él. Hablaba de la intensa felicidad que lograba su mera presencia.

—¿Está excitada por el baile? —preguntó el ama de llaves.

Estaba excitada, pero por un motivo bien distinto.

—Esperemos que todo salga bien —comentó.

La doncella, que había recogido su vestido de la silla donde estaba colocado, la miró con la frente arrugada.

—¡Qué extraño! —exclamó la muchacha—. Está caliente.

Leonor se lo acababa de quitar hacía apenas unos instantes, y durante el trayecto de vuelta, con Darrell jugueteando con ella en el interior de la carroza, era muy posible que hubiera alcanzado una temperatura inusual.

—Lo habré dejado cerca del fuego —dijo, señalando a la chimenea—. ¿Pudo encontrar una costurera?

Aquello pareció sacar de dudas a la doncella, que salió y volvió al instante acompañada por una mujer de mediana edad que le gustó por su rostro amable y tranquilo.

—Es mi madre —dijo la muchacha—. Es la mejor que conozco.

Se lo agradeció con una sonrisa y saltó de la cama con agilidad.

La señora Smith la miraba con rostro circunspecto. *Milady* parecía aquel día de mejor talante que nunca, a pesar de la terrible prueba a la que debía enfrentarse esa tarde en el baile. Era extraño.

Leonor, sin pedir ayuda a las criadas, abrió la doble puerta del enorme ropero donde se guardaban sus vestidos de gala. Los de diario estaban en baúles en otras estancias de la casa, y se seleccionaban en función de las necesidades de la señora para cada día.

—¿Qué idea tiene, *milady*? —preguntó la costurera, que parecía estar al tanto de la tarea que le quedaba por delante.

Leonor pasó la mano por la sucesión de vestidos de preciosos colores que colgaban de las perchas, y después se la llevó al mentón mientras lo pensaba.

—*Madame* Lanchester quería hacer algo sorprendente, en tono dorado y con ricos bordados. Una pieza donde joya y vestido fueran una misma cosa.

La modista asintió.

—Me parece una idea muy hermosa, y usted sabrá lucirla con éxito, pero… —Miró hacia el ropero— no sé si encontraremos los tejidos adecuados. ¿Quizá ese tisú plateado? Desde aquí se ve que está bordado en hilo del mismo material.

El ama de llaves entró en la conversación.

—Podemos despiezar el de terciopelo amarillo y recomponerlo cambiando la disposición de los dibujos. Tiene bordados en oro e incrustaciones de zafiros.

Leonor lo dudó.

—¿Y si hacemos algo… completamente diferente?

El ama de llaves y la costurera se miraron.

—¿Qué se le ha ocurrido, *milady*? —preguntó la señora Smith, temiéndose lo peor.

Leonor le dio indicaciones a la doncella.

—¿Podría sacar el último? El que asoma tras el de tafetán verde.

La doncella rebuscó, porque el que estaba en el orden indicado jamás podría ser un vestido digno de llevar a un baile real.

—¿Este? —se atrevió a decir, mostrando una manga.

—Ese —confirmó Leonor.

El vestido fue retirado de la pecha y expuesto a la audiencia. Hasta las dos criadas que arreglaban la habitación se tomaron unos instantes para contemplarlo.

La señora Smith, toda prudencia, se atrevió a decir lo que las demás no tenían valor.

—¿No es un poco… inadecuado?

Leonor le dio la razón.

—Totalmente. —El ama de llaves suspiró—. Le sobra casi todo.

Esa vez, la señora Smith tuvo que agarrase al respaldar de una silla mientras Leonor tomaba pluma y papel y trazaba líneas, tomando el vestido como referencia.

Cuando terminó, alzó el dibujo y lo mostró en público.

—Esto es lo que haremos.

La doncella y su madre se miraron. El ama de llaves se abanicó con la palma de la mano.

—Pero, *señora* —terció en su deficiente español—, es un baile real. No puede ir vestida así.

Leonor sonrió.

—¿No quieren que atraiga todas las miradas? Pues eso haré.

Unos golpes en la puerta hicieron que todas se giraran. Esta se abrió, y al otro lado apareció María, encantadoramente vestida para la mañana.

—Qué bien acompañada —exclamó—. Puedo tomar un té con

papá y subir en otro momento.

El servicio se apartó de inmediato para hacerle una reverencia a la señora.

—Nada de eso —convino Leonor—, quédate.

Después, se volvió a la costurera.

—Tome el dibujo e intente que se ajuste a él tanto como le sea posible.

—¿Puedo verlo? —terció su hermana, pero Leonor fue suficientemente ágil para no dejarla.

—Prefiero que sea una sorpresa. Y, ahora, me gustaría estar a solas con mi hermana.

Las criadas, la doncella, la costurera y el ama de llaves abandonaron la habitación llevándose el vestido que era menester transformar.

Leonor se sentó en una butaca, colocando los pies sobre la peinadora. Estaba extrañamente alegre, pensó María, con la mirada dispersa, mientras jugueteaba con los rizos sueltos de su cabello.

—Veo que has descansado —atinó a decir.

Leonor la miró sin comprender.

—¿Ups? Sí, claro.

María aguzó la mirada.

—El sueño lo cura todo. Incluso un mal constipado se alivia si duermes lo suficiente.

—Es milagroso, es cierto.

Su hermana paseó por la habitación. Allí pasaba algo e iba descubrirlo, porque Leonor se enfrentaría en unas horas al momento más crítico de su existencia y, que recordara, nunca la había visto de tan buen talante.

—¿A qué hora te acostaste? —preguntó.

—No lo recuerdo.

—Seguro que fue muy tarde. Los nervios, a veces, juegan esa mala pasada.

—Es posible.

—¿Y cómo te hiciste ese cardenal?

Leonor, entonces, miró a través del espejo a su hermana, que estaba detrás de ella y tenía los ojos clavados en una depresión exquisita de su cuello, al menos, a Darrell le había gustado, porque sus labios habían recurrido a aquel lugar en repetidas ocasiones

durante las refriegas de aquella noche.

Se puso de pie. Hasta ese instante, no había sido muy consciente de cómo lo explicaría, embriagada aún por las sensaciones que esa noche habían estimulado su cuerpo. Tampoco le había dado tiempo de localizar las marcas que una noche de amor había dejado sobre su piel.

Suspiró ligeramente cuando vio la sospecha en los ojos de María.

—Será mejor que nos sentemos —le dijo.

Su hermana así lo hizo, y ella también, aunque al tomar asiento y cerrar las piernas, cierta parte íntima de su anatomía, muy trabajada la jornada anterior, le devolvió un ligero escozor.

Cuando logró recomponerse, miró al fin a María. Estaba algo pálida y arrastraba una seriedad que solo esbozaba cuando había algo muy grave que tratar.

—Anoche…

—Estuviste con él —terminó su hermana por ella.

Leonor suspiró.

—Tiene un plan excelente.

—Leonor —su voz parecía helada—, tu nombre está manchado por el barro de esas calles, estás a los pies de los caballos por haberte codeado con él. ¿Cómo se te ocurre?

Tenía razón. ¿Cómo negársela? Pero seguro que María estaba de acuerdo con ella cuando se lo contara.

—Esta tarde hará público su compromiso con Rosemary Rubens —soltó de golpe, como si fuera una lección aprendida de manos de su institutriz.

María la miró sin comprender.

—¿Y en qué nos puede beneficiar con quién se case ese indeseable?

Leonor la tomó de las manos.

—Su madre hará correr el rumor de que fue Rosemary quien lo visitó en la goleta y fue a verlo a su casa.

—Una madre que expone así a su hija no es digna de confianza.

De nuevo, tenía razón.

—Pero Rosemary será duquesa —argumentó—, y mi honor quedará a salvo, sin necesidad de dejarlo a merced de los caprichos de la Reina.

María se puso de pie y empezó a pasear por la habitación

mientras se retorcía las manos enguantadas.

—¿Y tu cuello? —exclamó—. Porque yo también he sentido ese talante delicioso que tienes hoy, y solo lo logra una cosa.

Sí, María de Mendoza era una mujer perspicaz. Lo sabía mientras volvía a casa y Darrell jugueteaba con sus labios. Estaba segura de que su hermana mayor, solo con mirarla, sabría que ya no era la misma, que había conocido lo que se siente cuando quien te abraza quema como el fuego.

Se retiró el cabello de la cara, que caía desmelenado por la espalda.

—Fue culpa mía —lo defendió.

—¡Leonor!

¿Es que no se daba cuenta de las implicaciones?

—No pude refrenarme.

María volvió a sentarse a su lado, al borde de la silla, para que cada palabra se grabara en la piel de su hermana como lo habían hecho aquellos besos.

—¡La Reina dará hoy a entender públicamente que eres virgen! ¿Qué haremos cuando los doctores vengan a reconocerte?

Pero Leonor no la escuchaba. Parecía indiferente a aquella desgracia, arrebatada a un mundo donde los demás no tenían cabida.

—¿Por qué no me habías dicho que era tan maravilloso? —le preguntó, jugando con su cabello—. ¿Por qué no me explicaste que esa cosa pequeña y arrugada lograba…?

—¡Has perdido la cabeza! —convino María, volviendo a levantarse, escandalizada.

Era muy posible. Había leído en algún sitio que ciertos estados de dicha lograban aquel efecto. Seguramente, sería un libro piadoso y se referiría al descendimiento del Espíritu Santo, pero el efecto debía ser muy parecido.

Leonor miró a su hermana. Sí, estaba muy preocupada, y era su deber tranquilizarla.

—Todo saldrá bien —le dijo.

María abrió los brazos, dando a entender lo evidente.

—Por supuesto. —Su voz tenía un toque cínico que no le pasó desapercibido—. Lennox se casará y no volveremos a verle. Newry ganará la partida y se divorciará de ti. Si la Reina nos perdona

algún día, volveremos a obtener la gracia de la sociedad inglesa, pero… ¿has pensado en lo que te pasará a ti?

—No me importa —se cruzó de brazos.

Su hermana era implacable.

—Acabarás encerrada en esta casa, sin poder salir si no es en compañía de una vieja doncella, languideciendo en soledad el resto de tu vida.

Apretó aún más los brazos.

—Aun así, ha merecido la pena.

—¿Cómo puedes decir eso?

Cuando Leonor la miró a los ojos, vio en ellos algo que conocía bien, porque lo veía cada mañana cuando se miraba en el espejo.

—Dímelo tú, que sientes lo mismo por Ralf.

María bajó la cabeza. No había nada que hacer. Se puso de pie. Estaba mortalmente pálida. Incapaz de permanecer un instante más en aquella habitación. Se dirigió hacia la puerta, muy seria. Solo se volvió antes de salir.

—Os recogeremos esta tarde. A papá y a ti. Iremos en nuestra berlina. Sé puntual.

Leonor no respondió.

Cuando María salió de la habitación de su hermana y cerró la puerta a sus espaldas, suspiró, y una sonrisa deliciosa se formó lentamente en sus labios. Al parecer, y punto por punto, el absurdo plan de Ralf, su marido, estaba dando resultados.

Capítulo 30
Un baile Real

Aunque el tiempo era impredecible en Londres, los jardines del palacio de Saint James estaban encantadoramente decorados para acoger uno de los eventos más esperados del año, el baile de la Reina.

Había grandes macizos de rosas tardías por doquier, combinados en tonos cálidos, evitando el blanco. También encantadores veladores franceses muy bien equipados, con manteles de lino almidonado. Toldos y parasoles, con los colores de la reina y bordados con su escudo, para evitar que las delicadas pieles de las damas sufrieran por los últimos rayos de sol. No faltaba una orquesta, más amplia de lo habitual, perfectamente encajada en un entarimado forrado con terciopelo azul, y que en aquel momento amenizaba la entrada de los invitados, que era anunciada por el chambelán de la Reina. Ella solo aparecería cuando todos estuvieran allí para admirarla, y los entretenimientos que tenía preparados convertirían su baile en el más exquisito y recordado de los últimos años.

Ya habían llegado muchos invitados, y las carrozas engalanadas aguardaban en una larga fila a que damas y caballeros descendieran y pudieran ser presentados.

—*Lady* Rubens y la señorita Rosemary Rubens —anunció el chambelán, dando un golpe en el suelo con su larga vara, como hacía cada vez que vociferaba el nombre de algún asistente.

La camarilla de los Wycombe, encabezada por su anfitriona, se giró hacia la escalinata que daba acceso a los jardines, por donde descendían las damas que acababan de ser anunciadas.

—Ese vestido es nuevo —dijo una de ellas, ajustando un monóculo.

—Parece que la economía de nuestra querida amiga se ha repuesto —añadió *lady* Wycombe, agitando brevemente su abanico cerrado al aire para que pudieran verla.

Lady Rubens no cabía en sí de gozo. No solo *madame* Lanchester le había cedido aquel deslumbrante vestido color oro viejo que, según dijo la modista, se lo había dejado colgado una clienta, sino que en breve aparecería el duque de Lennox y anunciaría a quien quisiera escucharle que en unos días convertiría a Rosemary en su duquesa.

Ella cumpliría su parte del trato, por supuesto, así que la llamada de atención de *lady* Wycombe era de lo más oportuna, ya que allí sería el primer lugar donde dejaría caer que la dama que furtivamente visitaba al duque era su Rosemary.

—Querida —dijo una de la camarilla cuando se reunió con el ajustado grupo—, qué vestido tan soberbio.

Rubens le quitó importancia con un gesto de su mano, mientras su hija se escabullía a un rincón de la reunión para no tener que hablar.

—Ya les dije que me agota tener tantos vestidos colgados y sin estrenar.

Pero la líder de aquel grupo de cotillas había dejado de prestarle atención, y miraba fijamente en dirección a la escalinata.

—¿Es cierto lo que ven mis ojos? —exclamó *lady* Wycombe—. Porque esto es francamente inaudito.

Todas se volvieron en aquella dirección, llenas de curiosidad, a la vez que el chambelán golpeaba el suelo con su bastón y anunciaba a los siguientes invitados.

—El reverendísimo arzobispo de Canterbury y el marqués de Newry.

No solo ellas, sino todos los asistentes que ya estaban en el baile, observaron boquiabiertos las dos figuras enlutadas que descendían regiamente por la escalinata. El arzobispo llevaba lo que pretendía ser una discreta túnica negra con ajustado cuello blanco, pero que era de un tejido tan rico que parecía una casaca de gala. Bajaba con una majestad que daba a entender que era el dueño de aquellos jardines, y que merecía toda la pleitesía de quien se dignaba a comparecer. A su lado, su sobrino había elegido un frac de un negro profundo, que ajustaba al cuello con una corbata del mismo color.

Parecía mortalmente pálido, muy serio, y andaba un paso por detrás de su tío, que acaparaba toda la atención.

La presencia de los Newry en un baile de la Reina era algo que ninguno de los asistentes pensaba que presenciaría jamás. Como familia del Rey, tenían derecho a asistir, pero las antiguas rencillas familiares del pasado hacían que hubieran tenido especial cuidado en no desairar a la reina con su presencia… Hasta ese mismo instante.

El arzobispo miró alrededor cuando estuvo al fin en el jardín, y no tuvo más remedio que percatarse de la dama que agitaba su abanico y lo llamaba desde lejos.

—Empecemos por allí —le dijo en voz baja a su sobrino, y ambos se encaminaron a la camarilla de *lady* Wycombe, que parecía muy excitada con su presencia.

—Los Newry en un baile real —dijo la dama—. Qué cosa tan extraordinaria.

El arzobispo le hizo una casi imperceptible reverencia.

—Tenemos derecho a ello, *milady* —dejó clara su precedencia.

—No lo dudo, pero Su Majestad es puntillosa.

El prelado esbozó una sonrisa un tanto enigmática mientras miraba a su sobrino, que seguía tan serio como si aquello fuera un entierro en vez de un baile.

—Quizá hoy no lo sea tanto.

Las damas se miraron entre sí, pues a ninguna escapó que había una insinuación velada en las palabras del arzobispo.

Lady Rubens aprovechó para meter una pulla.

—¿Se refiere a los rumores?

El religioso se hizo el olvidadizo.

—No sé de qué rumores habla, querida.

Era una pieza dura de roer, pues el reverendísimo estaba criado en lo más encopetado de la Corte, y sabía esquivar las cuestiones que no quería atender. La dama, mujer sabia, decidió atacar el eslabón más débil.

—Lord Newry —su sonrisa era tan inocente que parecía una vestal—, ¿su esposa no ha venido con usted?

El marqués no se alteró, pero no se dirigió a ella, sino a su tío.

—Ya sabemos a qué rumores se refería.

Ella respondió de inmediato.

—Espero no haberle ofendido.

Pero el arzobispo reaccionó esbozando una sonrisa beatífica, a la par que juntaba ambas manos a la altura del pecho.

—Hoy la Corte sabrá la verdad, querida, y Carlota olvidará las viejas rencillas.

La anfitriona de aquella camarilla estaba encantada con el cruce de estocadas que había presenciado, así que se volvió hacia la que estaba segura de que sería su preferida en adelante.

—Será delicioso comprobarlo, ¿verdad, *lady* Rubens?

Milady esbozó una sonrisa enigmática.

—Quizá se sorprenda, reverendísimo. A veces, las cosas no son como imaginamos.

—Extrañas palabras —dijo él, y la duda brilló por un instante en sus ojos.

Pero la algarabía de las acompañantes pronto las sacó de la conversación.

—¡Vaya, están llegando los Bailey!

Todos se volvieron de nuevo hacia la escalinata, por donde ya descendían con la elegancia innata de la alta cuna, los marqueses de Cheriton.

Serena Bailey estaba tan radiante como siempre. Había elegido un vestido de color melocotón que hacía más dorado su cabello. Joyas, por supuesto, como correspondía a una ceremonia de gala, y todas estuvieron de acuerdo en que estaba de nuevo embarazada, ya que el pecho, al parecer, se le había desarrollado.

A su lado, irresistiblemente gallardo, Zachary Throwley, su marido, la llevaba del brazo mientras miraba alrededor con aquella ingravidez desinteresada con que lo hacía todo, y que distaba en mucho con su carácter decidido y apasionado.

—Son una pareja exquisita —dijo una de las damas.

—Un poco liberales para mi gusto —apuntilló *lady* Wycombe—. Esa idea de reconocer a sus hermanos bastardos me parece una insensatez.

—¿Vendrán al baile? —se escandalizó otra de ellas.

—Esperemos que no, querida. Esperemos que no.

El chambelán ya anunciaba a la siguiente pareja.

—Los condes de Hethersett y la condesa de Hethersett.

Un aguerrido George Bailey ya descendía por la escalinata

llevando del brazo a su esposa Shara. La muchacha era de una belleza inusual, menuda y morena, con deslumbrantes ojos azules. A pesar de su inapropiado linaje, se había adaptado de maravilla a las costumbres de la alta aristocracia, aunque mantenía un carácter firme que no permitía que nadie se pasara de la raya.

A su lado iba la madre de George, a la que hacía tiempo que sus jaquecas no molestaban y, últimamente, volvía a vérsela en sociedad.

—Anne parece más repuesta últimamente —dijo *lady* Wycombe, refiriéndose a la matriarca de los Bailey.

—Parece que la inconveniente noticia de que su marido tenía a toda una familia oculta a su vista le ha sentado bien —retorció otra de las damas.

No pudieron decir nada más porque el bastón del chambelán arremetía de nuevo contra el suelo para anunciar a más invitados.

—Su gracia el duque de Oldbury y la señorita Wootton.

Muchas cejas se alzaron en el grupo en cuestión, ya que la relación entre el joven duque y aquella muchacha soltera que había rechazado ventajosísimas proposiciones matrimoniales era más que sospechosa.

—He de reconocer que es una belleza —fue indulgente *lady* Rubens.

—Que estaría recogiendo algodón en el Caribe si alguien no hubiera transgredido la sagrada Ley Divina.

Hubo algunas risas, que únicamente no fueron secundadas por Newry y su tío.

Jane llevaba un precioso vestido de gala en color amarillo real, que hacía bellísimo el tono tostado de su piel, y que contrastaba con el frac de un gris muy pálido del duque, tanto como su piel y su cabello.

Lo innegable era que ambos formaban una pareja agraciada, un contraste exquisito, que descendía la escalinata con una seguridad que los volvía invencibles.

Cuando una de las damas se llevó una mano a la boca y otra hizo el paripé de desmayarse, todas supieron que empezaba lo más jugoso de la noche.

—¡Cómo se ha atrevido a venir! —exclamó otra de ellas, a la vez que su rostro adquiría todos los matices… del interés.

El chambelán era indemne a los escándalos, así que anunció con la misma voz vibrante y aguerrida con la que había vociferado los títulos y apellidos de los demás.

—Su gracia el duque de Lennox.

De nuevo, todas las miradas se volvieron hacia la parte alta de la escalinata. *Lady* Wycombe observó el rostro de Newry para percatarse de que este se había puesto ligeramente pálido mientras apretaba las mandíbulas.

Darrell se detuvo un instante allí arriba. Miró con templanza a la concurrencia y se ajustó el frac, que le quedaba como un guante. Solo entonces empezó a descender.

Que era un hombre atractivo no quedaban dudas. Que si su pasado no fuera una losa, todas las damas casaderas, o no, estarían suspirando por él, tampoco.

El terno gris muy oscuro era perfecto para la tarde. Se había decantado por un corbatín tan blanco como la camisa, lo que le sentaba bien. El cabello negro y corto y aquella ligera barba le daban un aire salvaje que hizo que más de una dama necesitara humedecerse los labios. Buscó con la mirada a su madre, *lady* Wildflowers, que parecía ajena a las impresiones que su aparición causaba a la audiencia. Estaba colgada del brazo de lord Carlton, y charlaban animadamente, junto al grupo que habían conformado sus primos Bailey en uno de los extremos de la pista.

—Ha de reconocer, querida, que es uno de los hombres más atractivos de Inglaterra —dijo *lady* Rubens a la anfitriona de aquel extraño comité.

—Eso nadie puede quitárselo —convino—, pero estará de acuerdo en que su reputación…

—¿Quién no tiene una mácula? —no la dejó terminar—. ¿Su marido, quizá?

El comentario no le gustó a su interlocutora. En las fiestas, su esposo solía… propasarse con las debutantes, lo que le causaba un terrible dolor de cabeza.

Cuando Darrell Lennox se giró hacia ella e hizo una ligera inclinación de cabeza hacia el grupo donde se encontraban, dos de las damas estuvieron a punto de desmayarse.

—¿Por qué nos saluda? —insistió una, muy ofendida.

—¿Les he dicho que hoy anunciaré el compromiso de mi

adorada Rosemary? —aprovechó, mirando a su hija, que bajó la cabeza, molesta.

—¿Insinúa que al final…?

Pero ella prefirió mantener la incógnita, y Darrell terminó uniéndose al grupo de caballeros que encabezaba lord Bedford y que, en un principio, lo miraron con crispación, pero decidieron aceptarlo por la buena acogida del duque comerciante.

—¡Dios Santo! —Una de las damas se llevó la mano a la boca.

—Querida, no blasfemes —la amonestó *lady* Wycombe.

Pero cuando dirigieron la mirada a donde esta la tenía clavada, condujeron que poco había sido lo que había salido de los labios de aquella mujer. Porque las Mendoza acababan de llegar.

Aunque María estaba preciosa, como siempre, y Ralf Torlundy la llevaba del brazo con el orgullo que mostraba siempre que estaban juntos, en esa ocasión, los ojos estaban fijos en la pareja que estaba justo detrás, y que esperaban ser presentados por el chambelán.

Lo propio hubiera sido, por orden de precedencia, que hubieran pasado delante. Pero debían ser conscientes del escándalo que supondría aquella aparición.

El chambelán de la Reina dio, al fin, dos golpes con su bastón en el suelo empedrado.

—El marqués de las Eras, Grande de España, y la marquesa de Newry.

Entonces sí, todos los ojos se volvieron hacia allí, como si hubieran empezado los fuegos de artificio y no quisieran perdérselo.

Don Íñigo tenía su típico aire bonachón, donde el chaleco no le cerraba del todo y las rodillas le temblaban al bajar cada escalón. Parecía muy relajado, y saludaba con sucesivas inclinaciones de cabeza, ahora a aquel caballero en la distancia, ahora a esa dama que conocía. Había encajado una sonrisa de mármol en el rostro y nadie podía adivinar qué pasaba por su mente.

Pero cada uno de aquellos pares de ojos no estaban fijos en él, sino en su hija.

Leonor había conseguido lo que su padre pretendía, captar toda la atención en su persona.

Al contrario de lo que *madame* Lanchester había dispuesto para ella, un rico vestido de color oro viejo que ahora portaba *lady* Rubens, ella había optado por lo opuesto.

El vestido elegido era una composición sencillísima de seda blanca, a la que la costurera había quitado las mangas para dejar a la vista los hombros, y había eliminado todos los encajes y bordados. El resultado era un vestido de escote amplio, ajustado, que caía al amor de su figura y terminaba con una discreta cola. A cada movimiento de su cuerpo se adivinaba como si estuviera desnuda, y la sencillez era tal que podría, incluso, contravenir las normas de etiqueta en las ceremonias reales.

Pero eso lo había resuelto Leonor con el collar de Wickes, aunque se lo había puesto al revés. De esa manera, su cuello estaba protegido por dos vueltas de diamantes, y una más que caía sobre su clavícula, pero las dos largas tiras, a modo de lazos al viento, que debían descender por su busto hasta más abajo de la cintura, caían ahora sobre su espalda y adornaban la parte trasera del vestido que resultaba admirable por donde se mirara.

El silencio se hizo alrededor. Admiradores y detractores por igual debían convenir que no había dama más hermosa en el baile.

Ella empezó a descender la escalinata del brazo de su padre. Aunque por dentro era un manojo de nervios, nada en su exterior podía indicar que fuera así. En breve, se decidiría su futuro y tenía que estar preparada para ello.

Solo levantó la vista del empedrado una vez, una sola vez, y sus ojos, como si estuvieran atraídos por algo invisible, se clavaron en los de Darrell, que, desde el otro lado del jardín, no podía apartar la vista de ella.

En el corazón de aquel hombre se estaba desarrollando una tormenta insospechada. Hacía apenas unas horas había tenido entre sus brazos a aquella deliciosa criatura y podía jurar sobre la Biblia que nunca había sido más feliz.

Entre abrazo y abrazo, habían extendido un mapa sobre las sábanas húmedas por su pasión, y habían imaginado los viajes que soñaban, que anhelaban, sin atreverse a pronunciar que nunca se volverían realidad.

Se humedeció los labios, porque sentía la garganta seca, e hizo una reverencia tan imperceptible que solo ella vio.

A su vez, Leonor sintió la tormenta y el dolor de que posiblemente aquella fuera la última vez que se encontraría con Darrell. ¿Podría saludarlo? ¿Tendría la oportunidad de cruzar unas

palabras con él? ¿De decirle lo dichosa que había sido entre sus brazos?

Pero cuando miró hacia un lado y vio la expresión enamorada en los ojos de Oswald Newry, supo que jamás la dejaría.

Cuando llegaron al final de la escalera, se reunieron con los Bailey mientras el chambelán daba tres golpes de bastón, se erguía y levantaba la voz para que a nadie le quedaran dudas.

—Su Majestad la Reina.

Capítulo 31
Una confesión inesperada

Carlota descendió la escalinata con una calculada lentitud. Mientras, los presentes se postraban en una profunda reverencia como correspondía ante la majestad real.

Se tomó su tiempo hasta llegar a la tarima donde estaba ubicado el sillón, a modo de trono, desde donde presenciaría el baile. Y solo entonces, cuando tomó asiento, los asistentes se alzaron y empezó la música.

Siempre se comenzaba con un baile, y un anticuado minueto era perfecto para mantener el aire de regia majestad que exigía Carlota. Más adelante sonarían las contradanzas, y cuando la reina se retirara, todos se relajarían al fin y empezarían a divertirse.

La pista se llenó de parejas que, al son de la orquesta, comenzaron las evoluciones de la danza. Alrededor, la nobleza se había organizado en espontáneos grupos de interés que se congratulaban de haber sido invitados un año más a uno de los eventos más exclusivos de la temporada.

—Un licor te sentará bien —dijo María, acercándose a su hermana, que intentaba que sus ojos no buscaran a Darrell entre la multitud.

—Cualquier cosa que entrara en mi estómago en este momento la vomitaría —contestó—. ¿Crees que esto saldrá bien?

María miró hacia el entarimado real. Carlota charlaba con algunas damas que no dejaban de halagar su peinado.

—Seguro que sí —intentó que su voz no delatara sus dudas—. Saldrás de aquí del brazo de Newry y con las bendiciones de la Reina.

Aquel pronóstico era el peor de todos, pero el único que podía esperar. ¿No estaba allí para eso? ¿Para defenderse cuando Oswald

expusiera su intención de divorciarse y la Reina se pusiera en su contra?

Lo buscó entre la multitud. Estaba con su tío, aquella despreciable sanguijuela tan pagado de sí mismo. Parecía especialmente pálido, y tremendamente serio. Sintió lástima por él. Aunque nadie la entendiera, era tan víctima como ella misma de aquellas inflexibles costumbres que obligaban a cada uno a mantenerse en lugares donde cada temperamento exigía algo diferente.

Después buscó, con enorme disimulo, los ojos de Darrell. Se cruzaron al instante. Sintió aquella ráfaga atravesándola, aquella pasión nunca antes sentida. Y cuando él sonrió con tristeza, tuvo ganas de llorar.

Su padre, hombre de mundo, la tomó por el brazo y la introdujo en una conversación sobre caballos que mantenía con Oldbury y la señorita Wootton, y ella se lo agradeció, aunque estuvo tan ajena a las palabras que si le hubieran preguntado, no habría sabido qué contestar.

Ninguno de aquellos acontecimientos había pasado desapercibido a *lady* Rubens. Había observado cómo el duque miraba a la española y cómo ella se derretía cuando sus ojos se encontraban. Pero sobre todo, le preocupaba que Lennox era incapaz de dejar de observarla, de buscarla, de anhelarla, mientras que ni siquiera había reparado en la presencia de su hija.

Se apartó del grupo de damas con las que continuaba, y fue al encuentro de Darrell.

—¿Su gracia no baila? —le preguntó.

—Nací con dos pies izquierdos.

Ella bajó la voz para que nadie se percatara.

—Es un momento perfecto para que saque a Rosemary y anuncie en su círculo el compromiso. Yo me encargaré de que la noticia corra como la pólvora.

Él sonrió.

—Demasiado pronto, ¿no cree? Le quitaríamos todo el protagonismo a la Reina.

Tenía razón, y Carlota no lo perdonaría. Pero algo le decía que las cosas no marchaban como debía, y cuando miró hacia atrás y vio al arzobispo, acompañado de su sobrino, ir hacia el entarimado

real, supo que debía esperar hasta que aquello se resolviese.

—¿Estás seguro de que este es el momento? —Newry dudaba de todo desde que había visto aparecer a Leonor.

El arzobispo apenas movió los labios.

—Quien da primero da dos veces.

Oswald no estaba tan seguro, aunque se había percatado de la manera en que su esposa miraba a aquel malnacido traidor, y empezaba a temer que los rumores fueran ciertos.

Según avanzaban y los nobles se daban cuenta de sus intenciones, las charlas empezaban a sofocarse y la atención de cada uno de ellos se centraba en la pareja enlutada que aguardaba pacientemente a que el chambelán les permitiera acercarse a la Reina.

Nada de eso era perceptible, por supuesto. Alguien no adepto a la Corte no se hubiera dado cuenta de nada, y tendría la impresión de que cada uno estaba en sus asuntos y los danzarines en el baile, cuando la verdad era que la atención estaba puesta en el arzobispo y su sobrino.

Carlota se tomó su tiempo para darles permiso para acercarse, y solo lo hizo cuando comprobó que el prelado y el joven marqués estaban lo suficientemente incómodos.

—Reverendísimo. —La Reina esbozó una sonrisa helada—. ¿Sabes que cuando se me disgusta no lo olvido?

—¿Quién ha podido disgustar a Su Majestad? —siguió el juego—. Nos mismos pediremos explicaciones a quien haya osado.

Carlota clavó la mirada en Oswald, que no tuvo más remedio que hundir la suya en la arena.

—¿He de explicarlo?

El reverendo unió las palmas de las manos, y adoptó una expresión de lo más pía.

—Nuestro sobrino no ha tenido más remedio que venir para amonestar a su esposa. ¿O no es un deber sagrado del esposo cuidar de la reputación de una mala mujer?

La Reina miró hacia la audiencia. Los más descarados se sintieron pillados y volvieron la vista a quienes tenían al lado. Aquello no era baladí. Todo lo que acontecía alrededor de la Real Figura era comentado, diseccionado, y ella debía ser la triunfadora.

—*Lady* Newry es mi invitada —articuló.

—Lo que lo vuelve aún más delicado.

Ella alzó la ceja.

—¿Insinúas que la soberana de Reino Unido se equivoca?

El arzobispo se apresuró a hacer una reverencia.

—Nunca nos atreveríamos, pero la maledicencia de los extranjeros sí ha podido confundirla.

Hasta ese momento, la conversación había sido en el tono habitual, pero la Reina se adelantó en la silla para que solo el prelado pudiera oírla.

—Lo estás haciendo muy bien.

Él sonrió.

—Usted también, Majestad.

Carlota volvió a la posición habitual y su tono adquirió el timbre llamativo de siempre.

—¿Qué queja puedes tener de mi invitada?

Moore se revistió de toda la teatralidad posible antes de decirlo, alzando una mano con el dedo índice apuntando al cielo vengador.

—Es una mujer adúltera.

Se oyó un murmullo alrededor que fue capaz hasta de sobreponerse a la música.

La Reina arrugó la frente, confundida. Volvió a inclinarse hacia él y a bajar la voz.

—¿No ibas a denunciarla por negarse a consumar su matrimonio?

—Un cambio de planes.

Aquello no le gustó, pero el juego era así. A veces, la yegua favorita se torcía una pata y era necesario sacrificarla. Volvió a su posición mayestática y a su voz de corno inglés.

—Me niego a aceptar algo así, reverendísimo.

Él abrió las palmas de las manos y miró alrededor, como si fuera algo evidente.

—Todo Londres lo murmura.

—Ella podrá defenderse, espero.

—Por supuesto, Majestad.

La Reina parecía satisfecha. A pesar de las novedades, había llegado al sitio justo donde deseaba sin mayores contratiempos. Ya paladeaba el placer de la victoria. Llamó a su chambelán con un gesto, que se acercó presuroso.

—Que traigan a *lady* Newry.

Este hizo una reverencia profundísima y salió en su búsqueda.

Mientras, Darrell, como el resto, no apartaba la atención de lo que estaba sucediendo en la tarima real. Desde donde estaba, no podía escucharlo, pero un murmullo recorría todo el espacio del parque, del que iban colgadas las palabras que había dicho o respondido cada uno de los actuantes.

Sentía las palmas de las manos sudorosas y el corazón desbocado. En aquel momento se estaba juzgando a la mujer que amaba. Sí, que amaba, porque no le quedaban dudas de eso, y las cosas que su cuerpo, su mente, su alma habían sentido la noche anterior no se podían equiparar con nada que le hubiera acontecido hasta ese momento.

—¿Todo bien, Lennox? —le preguntó lord Bedford, que no había podido dejar de apreciar el estado agitado de su socio comercial.

—Parece que sí —respondió, esquivo.

Milord lo analizaba con aquella expresión que podía parecer amable, pero que era afilada como la punta de una lanza.

—Me han llegado rumores.

—¿Qué tipo de rumores?

—Sobre usted y *lady* Newry, y espero que solo sean eso, habladurías de personas ociosas.

Darrell lo miró fijamente a los ojos. Si las cosas salían como le había dicho Leonor, esa noche ella abandonaría felizmente el baile del brazo de su marido. Si los asuntos sucedían como había acordado con *lady* Rubens, cualquier duda que quedara desaparecería de las maledicentes bocas de la Corte. Así que lo tenía fácil para contestar que eran solo eso, rumores, comentarios de salón sin fundamento alguno, y aquel caballero seguiría apoyándolo, y partiría mañana, o pasado, casado y con los recursos suficientes para generar su propia fortuna.

Pero lo cierto era que lo más cerca de la felicidad que había estado sucedió esa noche, mientras tenía entre sus brazos a una mujer única, maravillosa, a la que había perdido a la vez que conquistado. Y negarla, negarla delante de Bedford, era como perderla por dos veces.

—Si lo que me está preguntando es qué relación tengo con ella, he de decirle que la amo.

El viejo duque se le quedó mirando.

—Espero que sea cuidadoso con las palabras que usa, porque arriesga demasiado, amigo mío.

—Siempre lo soy.

El aristócrata bajó la voz.

—¿Es cierto entonces que es usted el responsable del escándalo que se desarrolla en este momento delante de la Reina?

Él sonrió levemente. Había vuelto de la India con el firme propósito de fletar aquel único barco que le quedaba, y estaba a punto de conseguirlo, y únicamente tenía que renegar de Leonor.

—Es absolutamente cierto que la amo como no soy consciente de haber amado nunca a otra mujer.

Bedford asintió lentamente, no dijo nada, pero se apartó de él, buscando la compañía de otras personas.

Solo entonces la buscó entre la multitud. Estaba al otro lado del enorme jardín, hermosa como nada que recordara haber visto, como si emitiera luz propia. Dio un trago de su copa que le supo a hiel, y solo fue capaz de apartar la vista cuando la voz de *lady* Rubens lo trajo a la realidad.

—Debe de hacer público el compromiso cuanto antes —exigió la dama.

Él apuró la copa de un trago y la dejó sobre una de las mesitas.

—¿Qué opina Rosemary de todo esto?

—¿Rosemary? —Pareció que hasta le costaba trabajo recordar a quién se refería—. Está encantada.

—Creo que es una buena chica.

—Lo es.

—Y necesita un buen marido.

—Va a conseguir al mejor. —*Lady* Rubens estaba un tanto extrañada por aquella conversación, cuando lo que aquel caballero debería estar haciendo era declarando a los cuatro vientos que se casaría en unos días.

—*Milady* —Darrell se metió las manos en los bolsillos—, quizá no haya sido del todo sincero con usted.

—Pero ahora no es el mejor momento. —Risa forzada—. Quizá mañana, o pasado.

—Estoy arruinado.

La segunda palabra se resistió a entrar en los oídos de la dama,

que esbozó una expresión de absoluta incomprensión.

—¿Cómo?

—Arruinado, pobre, sin blanca.

Ella boqueó varias veces, parpadeó otras tantas, hasta que fue capaz de hablar.

—Pero usted me dijo…

—Y lo pretendo cumplir, por supuesto —la tranquilizó—. Dentro de unos años, cuando me reponga económicamente, me veré en disposición de saldar mi deuda con usted. Espero que tenga paciencia.

Ella no pudo contestar porque, en ese instante, el murmullo de los allí reunidos se elevó de tono, mientras cientos de pares de ojos seguían al chambelán de la Reina, que se abría paso hasta el entarimado real seguido de cerca por la bella *lady* Newry.

Incluso la música se detuvo un instante y los bailarines pararon sus evoluciones. El tiempo justo en que Leonor hizo una profunda reverencia y se postró ante Carlota.

—Querida —la Reina le dio permiso para que se alzara—, se están vertiendo graves amenazas contra ti.

Ella miró a su marido. Seguía pálido, con las manos una sobre otra y la vista fija en el suelo. Tragó saliva.

—He cumplido en todo momento mi deber como esposa, Majestad.

El arzobispo, obsequioso, dio un paso al frente y le dirigió una amabilísima sonrisa.

—No nos referimos a eso, *lady* Newry.

La Reina sonrió.

—Insinúan algo atroz.

—Su relación íntima con el traidor Lennox.

De nuevo, se escuchó un murmullo alrededor, y voces ahogadas que repetían lo que se había dicho ante la tarima. Leonor palideció.

—Yo no… no… —fue incapaz de defenderse.

Volvió a mirar a su marido. Oswald permanecía ausente, como si todo aquello no hubiera estado provocado por él mismo.

La Reina, en cambio, estaba encantada.

—Solo hay una manera de probar esta insensatez —convino—, aunque tratar estos asuntos en mi baile de temporada es de un gusto terrible.

La forma de decirlo escamó al arzobispo.

—¿Y qué manera es esa, Majestad?

—Los doctores por supuesto. —Y la sonrisa encantada de Carlota acentuó esa sensación—. Mañana mismo. ¿Está dispuesta, querida?

—Yo no… no… —volvió a repetir, incapaz de decir nada más.

El arzobispo era muy consciente de que acababa de caer en una trampa. Solo había dos maneras de encarar aquel asunto: que Leonor estaba intacta, por lo que la responsabilidad caería sobre ella y la Reina no tendría más remedio que aprobar el divorcio. O que no lo estaba, lo que ellos argumentarían a que se debía a su infidelidad con Lennox, dando pruebas del malogrado carácter de Leonor. Al principio, había decidido acogerse a la primera, pero cuando la reina intervino, decidieron usar la segunda, seguros de que Leonor y Lennox… Sin embargo, la Reina parecía muy tranquila, lo que implicaba que Leonor seguía virgen y todo el asunto de Lennox era… ¿mentira? De ser así, ellos perdían por haber intentado manchar el nombre de una dama, y Carlota alcanzaría el triunfo.

En ese instante, esquivando los impedimentos del chambelán, se postró el marqués de las Eras, don Íñigo, que no había perdido detalle de lo ocurrido.

—¿Hay algún problema con mi hija, Majestad?

A la Reina le molestó su presencia, como cualquier cosa que escapara a su control, pero estaba demasiado excitada con el triunfo próximo como para protestar.

—Esperemos que no —fue lo que dijo.

Leonor empezaba comprender cómo de confundida estaba con todo aquello. Cómo había luchado toda su vida por… ¿Por qué? ¿Por ser ligeramente rebelde?, ¿ligeramente insumisa?

Miró a su marido. Seguía con la mirada caída, pálido y afectado. Quizá, si hubieran hablado más, con el corazón, y discutido menos por sandeces.

A su alrededor, las voces eran como susurros lejanos, como si estuviera encerrada en una fina vasija de porcelana y la multitud gritara en el exterior.

Buscó a Darrell entre aquella gente que olía perfumes caros y a aburrimiento. Lo vio a lo lejos y sus ojos impactaron de nuevo, como cada vez que se habían encontrado, como si algo magnético

los uniera de manera invisible.

Él sonrió. Parecía triste, o quizá muy solo. Pero ella tuvo las fuerzas que necesitaba para hablar, para defenderse. Se lo agradeció con otra sonrisa que ensanchó la de él en sus labios.

Iba a hacerlo cuando lord Newry, su marido, alzó la vista y dio un paso al frente.

—Majestad, todo ha sido un malentendido —sonrió, encantador, como siempre—. Un baile, el baile de la Reina lo arregla todo.

La Reina lo miró sin comprender. Su tío desencajó la mandíbula.

—¡Oswald!

Y cuando Newry se volvió hacia ella, le hizo una reverencia y le pidió un baile, todos se miraron, atónitos, hasta que ella correspondió con una inclinación, tomó su mano y, juntos, fueron hacia la pista central.

Los músicos, que se habían quedado anonadados, empezaron con torpeza a tocar una chacona. Los invitados lograron sobreponerse y volvieron a organizarse en grupos que intentaban comprender qué había pasado. María fue hasta su padre, que no supo qué contestarle. E incluso la Reina se atrevió a interrogar al chambelán por si hubiera algo que le pasara desapercibido.

En el centro de aquel universo que era la Corte, Oswald Newry y Leonor de Mendoza bailaban juntos con una gracia que les habían transmitido los mejores profesores de baile.

Se miraban a los ojos, fijamente, mientras las notas abrían paso a sus evoluciones, y los murmullos se iban acabando a cada vuelta.

Al otro lado del jardín, Darrell tragó saliva, tomó una copa al vuelo y la alzó.

—Por ti, mi amor. Sé tan feliz como te mereces.

Después, la vació de un trago, la dejó sobre la mesa y abandonó el baile, con las manos en los bolsillos, sin atreverse a mirar atrás.

Capítulo 32
Una visita a medianoche

Lo tenía decidido. A la mañana siguiente, levaría anclas y emprendería el regreso hacia la India. Si los vientos no le eran propicios, atracaría en un puerto, quizá de España o de Portugal, hasta que pudieran retornar al lugar de donde nunca debía haber regresado.

Por suerte, su madre aún no había vuelto. Estaría hasta muy entrada la madrugada en el baile real, disfrutando de la reconciliación de los Newry y del éxito de un evento que sería recordado por muchos como el más extraño en años.

Se sirvió una copa, pero la dejó intacta, porque no podía dejar de pensar en Leonor. ¿Conseguiría olvidarla alguna vez? Con suerte, el tiempo y la distancia irían limando la imagen de sus labios, el gusto de su piel, el sabor de su intimidad, el olor de la deliciosa hondonada de su cuello, el tacto de su sedoso cabello.

Un par de golpes en la puerta lo sacaron de unos pensamientos que no lo abandonaban. Casi lo agradeció.

El mayordomo entró e hizo una reverencia.

—Milord, tiene visita.

Darrell arrugó la frente. Era más de medianoche. ¿Quién podía venir…?

Pero no le dio tiempo a preguntarle, porque Leonor, absolutamente hermosa, entró en la habitación y, cuando al fin sus ojos se encontraron, sonrío levemente.

—¿No te han enseñado que marcharse sin despedirse es de pésima educación?

Él se había puesto de pie, y la miraba como si se tratara de una aparición, como si no fuera real. Observó la copa de *whisky* sobre la mesa. ¿Se habría sobrepasado? Había oído decir que cuando se

bebía demasiado, las imágenes le asaltaban a uno como si fueran sueños.

—¿Qué…? —intentó articular.

Pero Leonor parecía muy serena, muy tranquila, y paseaba por la biblioteca dejando que sus dedos arrastraran una caricia sobre el respaldo de uno de los sillones.

—Te has perdido el final del baile. Ha sido lo mejor.

Él arrugó la frente y se metió las manos en los bolsillos. Estaba en mangas de camisa, con la pechera abierta, y ella intentó no fijarse en el delicioso contorno de su abdomen, porque no sería capaz de cumplir el cometido que la había llevado hasta allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Darrell, de pésimo humor.

Ella chasqueó los labios, como si no fuera evidente.

—Ya te lo he dicho. Te has marchado sin despedirte.

Él ladeó la cabeza… ¿Habría una posibilidad remota…?

—¿Newry y tú…? —se atrevió a preguntar.

Leonor sonrió.

—Hemos hecho los paces, así que todo está arreglado, la Reina encantada y el arzobispo… Bueno, él creo que se ha llevado la peor parte, porque tiene que cederle una finca a Carlota, no me preguntes por qué.

Se había acercado hasta él, tanto que con un par de pasos estaría a su lado. Él se mostró aún más ceñudo.

—Te lo repito, ¿qué haces aquí? ¿Lo sabe tu marido?

Ella pareció escandalizarse por la última pregunta.

—¡Por supuesto!

Lennox no entendía nada. La mujer que amaba estaba allí, en su casa, para decirle que había hecho las paces con su marido. ¿Podía haber algo más humillante que aquello?

—Estás jugando conmigo —le advirtió.

Ella dio el par de pasos que los separaba, y le puso una mano en el pecho, que se abrasó solo con tocarlo.

—Pretendo hacerlo dentro de un rato. —Su voz se volvió gutural—. En cuanto te sientes y te tranquilices.

Él volvió a analizar sus ojos. Parecían brillantes, incluso alegres. Lo que indicaba que la ilusión de que ella lo hubiera amado alguna vez era solo eso, una ilusión, porque había recuperado la felicidad solo con volver con Oswald.

Se apartó y decidió sentarse, aunque tuvo cuidado de hacerlo lejos de ella.

—Estás muy serio —dijo Leonor, que se había encaramado al brazo de un sillón.

—Te he visto bailar con Newry como si no pasara nada, y me dices que habéis hecho las paces.

—Así es.

—Pues no pretendo jugar a ese juego.

—¿A qué juego? —Parecía intrigada de verdad.

La mirada de Darrell era terrible. Supuso que debía darle miedo, sin embargo, lo estaba disfrutando.

—No voy a ser el amante de una mujer casada —mordió él cada palabra—. No quiero las migajas.

Leonor volvió a sonreír, a humedecerse los labios, y supo que estaba perdido. Que podría hacer con él lo que quisiera, que se convertiría en una marioneta en sus manos, y sería incapaz de rebelarse. Y cuando ella fue hasta Darrell y se sentó en su regazo, cuando lo besó tiernamente en los labios, no le quedó más remedio que suplicar.

—Leonor, no, por favor. —La deseaba tanto como necesitaba apartarse de ella—. No podré resistirme, y me convertiré en un perro que solo existirá por migajas como esta.

Ella se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos, y dejó de besarle el lóbulo de la oreja.

—Oswald y yo hemos hablado —dijo, mirándolo a los ojos—. Lo hemos hecho mientras bailábamos. Es curioso. Nunca habíamos tenido una conversación que no versara sobre asuntos banales.

—Me marcho mañana. —Quizá aquello la hiciera desistir—. Regreso a la India.

Ella alzó las cejas, sorprendida, quizá no esperara que tomara aquella determinación.

—¿No me vas a preguntar de qué hemos hablado?

—No me interesa.

Al final, Leonor se levantó de su regazo, y continuó paseando por la estancia. Parecía una diosa hindú, una de esas que juegan con el destino de los mortales, como Kali.

—Seguiremos casados hasta que yo regrese —dijo al cabo de un instante, deteniéndose en la cubierta de uno de los libros de la

biblioteca.

—¿A dónde vas? —preguntó, sin entender nada.

Leonor se volvió de nuevo. La conversación era un auténtico galimatías. Lo miró como si fuera imposible que no lo comprendiera, hasta encogerse de hombros.

—Supongo que a la India. Eso es lo que me dijiste.

Darrell hundió la cabeza entre las manos y lanzó un suspiro. Cuando se incorporó, cuando se puso de pie, su rostro mostraba los más claros signos de la derrota.

—Leonor, Leonor, no puedes volverme loco.

Sí, había llegado demasiado lejos y no podía perder al hombre que amaba antes de estar juntos. Sonrió y fue hasta él, pero esa vez no hizo por rozarlo ni seducirlo, solo por mirarlo, para que entendiera lo que tenía que decirle.

—Oswald me ha pedido que le hable de ti, y le he dicho lo que siento —se detuvo un momento para que él lo asimilara—. Le he dicho que te amo, que nunca, jamás, había soñado siquiera con sentir esto que tengo en el pecho por nadie, que dudo que pueda dejar de hacerlo alguna vez y que sospecho que jamás alcanzaré la felicidad de esa noche juntos si no es contigo.

Él permaneció muy serio unos segundos, hasta que una sonrisa bobalicona se le fue formando en la boca. Ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y continuó.

—Oswald me ha dicho que lo ha visto en tus ojos y en los míos, y me ha propuesto algo que he aceptado.

Él se humedeció los labios. Su corazón era un potro salvaje en su pecho.

—¿Ahora es cuando voy a sorprenderme?

—Si no lo has hecho cuando he dicho que te amo, sí.

Tuvo que reírse, y cuando lo hizo, a Leonor se le saltaron ligeramente las lágrimas.

—Me he sorprendido un poco —tuvo que afirmar.

Ella volvió a separarse, un solo paso. Quería hacer las cosas bien. Todo lo bien que dos prófugos podían llegar a hacerlas.

—Antes tengo que hacerte una pregunta.

Él suspiró.

—Hazla.

Leonor hizo un mohín con la boca, buscando la forma de

formularlo. A Darrell le entraron unas ganas casi irrefrenables de comérselos.

—He indagado y he creído comprender que no, pero… ¿le has pedido la mano a Rosemary Rubens?

—No —contestó de inmediato—. Después de conocer algunos detalles sobre mi estado financiero, su madre ha decidido que no soy un buen partido.

—¡Bien! —Alzó una mano, algo del todo inconveniente en una dama—. Lo que Oswald me ha propuesto es que tú y yo desaparezcamos convenientemente por un tiempo mientras él regresa a Bray House y, dentro de un año, o dos, solicitemos el divorcio. Quizá por mi infidelidad o por la suya, porque pretendo ser muy infiel, y él me ha asegurado que también. Si esas son las normas, las acataremos.

Él pareció pensárselo, como si fuera un tiempo inapropiado.

—Un año o dos.

—O toda la vida.

Iba a besarla, a tomarla entre los brazos y llevarla a su habitación, cuando recordó algo importante.

—Bedford no me financiará.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y?

—Soy más pobre que las ratas.

—¿Y?

¿Es que no lo entendía?

—Eres la hija de un Grande. Dudo que sepas qué es una sopa de cebolla.

Leonor se colgó de su cuello y lo besó. Fue como si estallara un volcán. Pero se apartó de inmediato.

—Estoy abierta a todos los sabores.

No podía sentirse más feliz.

—¿Viajarías conmigo aun así?

—Viajaría contigo descalza.

Y volvieron a besarse, porque ambos tenían muchas cosas que contarse entre caricias, y siempre empezaban con un beso.

Epílogo

Las bujías de la goleta estaban encendidas y parecían luciérnagas con las últimas luces de aquel atardecer, una hora donde el cielo sin nubes se teñía de un azul intenso.

—No me lo creo —dijo Leonor, en medio de un ataque de risa, alzando su copa de champán.

—Te lo aseguro, y si Serena hubiera podido estar aquí, te lo habría confirmado.

Al día siguiente, partirían en un viaje incierto que debía llevarlos a la India.

Darrell había tenido el acierto de haber fletado su goleta hasta un pequeño puerto más allá de Greenwich, suficientemente discreto para no estar expuesto a las miradas de los curiosos mientras hacían los preparativos.

Hacía tres semanas desde el baile de la Reina y todos se habían afanado por guardar las apariencias.

Él, preparando su barco y aprovisionándolo para un largo viaje, y, sobre todo, cargándolo con las mercancías que llegaban de Filipinas y que su nuevo socio comercial, don Íñigo, se empeñaba en supervisar. Entre los dos hombres había surgido una amistad sorprendente desde el instante mismo en que Leonor contó a su padre el asunto por el que Darrell era tratado como un traidor. Las personas con criterio propio le atraían al marqués, porque, en un mundo de apariencias, encontrar a quienes hacen lo que deben era como hallar el Dorado.

Leonor, por su parte, se había hecho ver del brazo de Oswald por medio Londres, de manera que las maledicencias pronto encontraron otro foco y se apartaron de ellos.

Entre los dos había surgido una tierna camaradería, donde él era muy consciente de que su mujer no lo amaba y había perdido todas las oportunidades de formar una familia, y ella de que su instinto

sobre Oswald era cierto, siempre había sido un buen hombre.

Aquel anochecer era el último que permanecerían en Inglaterra, por lo que habían invitado a los más íntimos a una copa de vino en la cubierta.

Los Bailey habían acudido, por supuesto, menos Serena y Zack, pues ella no paraba de vomitar a causa de su segundo embarazo. También estaban los Mendoza, pues necesitaba tener cerca a su hermana, a quien no volvería a ver en mucho tiempo.

—Insisto en que no me lo creo —repitió Leonor, a quien Darrell tenía abrazada por la cintura—. ¿Tú te lo crees?

Él alzó la copa.

—Si esa idea salió de la cabeza de Torlundy, tiene muchos visos de ser real.

—Por supuesto no lo apostamos todo a una sola carta —intercedió su padre, explicándoselo a *lady* Wildflowers, que había acudido del brazo de lord Carlton—. Eso hubiera sido demasiado arriesgado.

Ella estuvo de acuerdo.

—He de reconocer que me extrañó que mi sobrina me invitara de manera tan precipitada a su casa e insistiera que fuera con mi Darrell.

Leonor le dio un beso al aludido, que le correspondió con las ganas de siempre.

—¿Somos tan predecibles, querido?

—Nos conocen bien.

Todos rieron de nuevo, y Leonor se volvió hacia su cuñado.

—Ralf, ¿cómo pudo ocurrírsete algo así?

Torlundy se sabía el centro de atención, algo que le encantaba. Además, en parte, era responsable de que ahora estuvieran todos allí reunidos.

Avanzó teatralmente hasta colocarse en el centro del corro.

—Si Newry iba a repudiar a Leonor, no teníamos duda alguna de que lo haría, así que nuestra actuación no consistía tanto en impedírselo…

—Que lo intentamos, por supuesto —añadió don Íñigo, tratando de dar a entender que eran una familia… normal.

—Como en fraguar un futuro para mi cuñada —le hizo una cómica reverencia.

Aquel día, cuando Leonor llegó a Chesham Manor cargada de maletas y baúles, fue cuando se fraguó el plan.

—Pero ¿por qué Darrell? —preguntó ella.

—En eso tiene que ver tu hermana.

María se puso de pie. Había tomado dos copas de champán y estaba un poco achispada, lo que la volvía graciosa y espontánea.

—Teníamos que encontrar a un hombre que te gustara, que no le importara que fueras una mujer divorciada y que resultara interesante. Era tan simple como difícil. Encontrar un caballero que te hiciera una propuesta matrimonial si Newry cumplía su amenaza, y con eso todo quedaría resuelto. Ralf me propuso que lo consultara con Serena, pero antes de hacerlo, ya sabía que Lennox era perfecto.

El aludido rio, y le dio las gracias.

—Así que hemos sido manipulados.

—Este era el segundo plan —añadió don Íñigo—. Si Newry no entraba en razón, tendríamos a un marido que solventara el problema. Porque, insisto, dentro de uno o dos años, cuando Oswald solicite la anulación matrimonial, esto debe cerrarse en un matrimonio.

Leonor se lo aseguró por enésima vez a su padre, pero seguía sin dar crédito.

—Y tus continuos desmayos y reprobaciones —le dijo a su hermana— eran todo mentiras.

El humor de María estaba delicioso.

—Ahora que a los escenarios de Londres pueden subir mujeres, creo que debo pensar en una carrera en el teatro.

Todos rieron, y la algarabía se distendió entre las copas de champán que, de nuevo, fueron rellenas.

—¿Y por qué no me lo dijiste directamente? —le preguntó Leonor—. ¿Por qué no me contaste el plan?

Su hermana abrió las manos, como si fuera evidente.

—¿Qué hubieras dicho si te lanzáramos esa propuesta?

—Que no, por supuesto.

—Pues ahí tienes la respuesta, y dudábamos de que lord Lennox hubiera respondido de diferente manera, cuando todos sabíamos que buscaba a la mujer perfecta.

Los ojos de Leonor se volvieron soñadores.

—Así que apostasteis todo a que nos enamoráramos.

Su hermana apoyó la cabeza sobre su hombro.

—No podía consentir que no conocieras el amor, cuando a mí me ha hecho tan feliz.

La tarde se volvió noche; las risas, abrazos y alegría, y todos, al fin, volvieron a sus residencias. A la mañana siguiente, muy temprano, embarcaría la tripulación, por lo que solo tenían unas horas para estar juntos y a solas.

Ella estaba apoyada en la popa, mirando al frente, al mundo que se le avecinaba, a las aventuras que quedaban por trazar. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado algo así. Ni aún deseándolo habría sospechado que amaría de la manera que amaba a Darrell.

Él apareció por detrás, abrazándola.

—¿En qué piensas?

Ella alzó la cabeza para darle un beso en los labios.

—En que los echaré de menos.

—Podemos volver, quizá, una vez al año.

Sería una buena idea. Se apretó contra él.

—Y en que hace tres semanas que no estoy contigo a solas.

Desde la noche del baile, habían evitado encontrarse y, a pesar del esfuerzo que había supuesto, lo habían conseguido.

Él la abrazó con más fuerza. La deseaba tanto que hasta le dolía.

—Podemos hacer el amor hasta que amanezca.

Ella rio, gozosa.

—Tienes soluciones para todo.

—Sobre todo, porque he pensado mucho en ti, y se me han ocurrido algunas cosas que…

No lo dejó terminar, porque se volvió para besarlo, para encontrarse con su cuerpo, y cuando Darrell se estremeció, tras morderle el lóbulo de la oreja, Leonor tiró de él hacia los camarotes, con una sonrisa en los labios que significaba muchas cosas, muchas promesas, que él se encargaría de sellar a besos.

Índice de contenido

Cubierta

Una dama inconveniente

Una noticia impactante

Un argumento insostenible

Una conversación entre hermanas

Una visita muy normal

Un trato complicado

Una sana curiosidad

Una cena entre caballeros

La mejor anfitriona

Un propósito de decencia

Un plan arriesgado

Un arzobispo acalorado

Una novia necesaria

Una goleta y una dama

Una decisión poco conveniente

Una virtud en peligro

Un plan arriesgado

Un descuido imperdonable

Una velada en White’s

Una chismosa malintencionada

Una propuesta deshonrosa

Una conversación casual

Una novia necesaria

Una carta inesperada

Un paseo imprudente

Una incómoda familiaridad

Una audiencia Real

Un escándalo en bandeja

Un inapropiado encuentro

Una costurera arriesgada

Un baile Real

Una confesión inesperada

Una visita a medianoche

Epílogo